

Memorias del último Gran Maestro Templario

Año del Señor 2211



J.A
Fortea

Editorial Dos Latidos
Benasque (España) 2012
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
www.fortea.ws
versión 7

Memorias del último Gran Maestro Templario

Año del Señor 2211



Memorias del último Gran Maestre Templario



El Gran Maestre se detuvo en mitad del valle. Dirigió su mirada al fondo, hacia la garganta que formaban aquellos montes completamente cubiertos de pinos. Las cuatro grandes torres se levantaban a buena marcha. La construcción de las fortificaciones defensivas seguía el plan previsto. Aquellas cuatro pesadas y enormes torres rectangulares de cúspides todavía irregulares aparecían salpicadas de blanco. Habían llegado las primeras nevadas. Las torres tenían la altura de un edificio de veinte plantas. Se levantaban inmovibles dotadas de una inevitable sensación de poderío contra un cielo que se cubría una y otra vez con nubes grises y opacas. En medio de aquel aire frío y húmedo caían pacíficamente algunos tímidos copos de nieve.

La ventisca agitó la capa negra que cubría las espaldas del anciano gran maestre. Mechones de cabellos plateados de su cabeza comenzaron a ondear según venían las ráfagas. El gran maestre y los cuatro soldados que lo acompañaban permanecían de pie, en silencio, con sus uniformes negro. En medio de aquel paisaje montañoso parecían marciales estatuas, pero la mente y los ojos del anciano no estaban ociosos. Calculaban alturas, estimaban la conveniencia de la situación de las fortificaciones, ponderaban el tiempo necesario para que todo el sistema defensivo estuviera acabado. Eran ojos expertos.

Detrás del grupo, treinta soldados a caballo escoltaban a prudente distancia a sus oficiales. La nevisca arreciaba y agitaba sus capas. Algunos de ellos acababan de llegar de África y era la primera vez que experimentaban aquel frío pirenaico.

-Regresemos –ordenó el gran maestre.

Oficiales y soldados se retiraron del lugar dejando otra vez solitarios y silenciosos aquellos húmedos y fríos parajes cada vez más cubiertos por la nieve de un invierno que no había hecho más que comenzar.

Un cuarto de hora después, el grupo de oficiales y la escolta revisaban y recorrían las construcciones que habían observado a lo lejos. Los constructores detenían sus trabajos en cuanto pasaba frente a ellos el grupo de militares que acompañaba al gran maestre. El anciano iba a paso ligero, haciendo muy pocas observaciones. El mariscal Von Gottenborg que le seguía los pasos, era uno de los recién llegados de Somalia. Hacía menos de dos horas que acababa de llegar. Y todavía no sabía qué hacían todos esos templarios, casi todas las fuerzas de la Orden, concentradas, fortificándose, en uno de los más pequeños estados de Europa, el Principado de Andorra. ¿Por qué tal concentración de fuerzas de toda la Orden en aquel diminuto punto del mapa? ¿Por qué la erección de aquella formidable línea defensiva? Se imaginaba que después de la hora de la refección, tendrían una reunión para recibir instrucciones y explicaciones. Tanto él como los cuatro mil efectivos de infantería estaban acostumbrados a obedecer sin hacer preguntas. Pero esta vez las preguntas se agolpaban de un modo casi irrefrenable. Si le había sorprendido que se le hiciera venir con cuatro mil hombres, pronto quedó más extrañado al observar el número de efectivos desplazándose en lo profundo de aquellos valles. Allí debía haber por lo menos cincuenta mil hombres. ¿Qué estaba sucediendo? ¿A qué habían venido? En ese lugar no había ninguna guerra. No había nada que defender en una pequeña nación europea que nunca había agredido a nadie, ni había

sido agredida, ni había recibido amenaza alguna.

Ya en el interior de las oscuras galerías del basamento del aquel complejo defensivo, el Gran Maestre marchó a su habitación.

-Caballeros, volveremos a vernos a la hora de la refección.

Ésa fue su despedida, breve, severa. Volviéndose enseguida en dirección al largo y penumbroso pasillo de paredes desnudas que conducía hacia su dormitorio. Su figura, de mediana estatura, ligeramente encorvada, frágil pero férrea se alejó por aquel tétrico corredor interno sin ventanas. Al entrar en su dormitorio con paso cansado, lento, buscó en aquella celda monástica el descanso de su sillón austero, de aire medieval, con dos grandes cojines de colores exuberantes y ricos en borlas. El Gran Maestre apoyó cansadamente su espalda en el respaldo de cuero, sujeto a la madera con clavos dorados de cabezas en relieve con forma de rostros. El anciano miró la luz blanca del mediodía invernal que penetraba por el arco de la ventana. Hacía días que la fatiga –quizá más el desánimo- había sentado sus reales en aquel cuerpo y aquel espíritu. Vestía una amplia sotana negra cuya gran capucha llevaba echada a causa del frío. Frío ambiente que hacía perfecto juego con la desnudez de su celda monástica. Era el Gran Maestre de la Orden y, sin embargo, sus posesiones se reducían a aquella mesa de madera basta y desnuda, y unos pocos libros en un nicho excavado en la pared. Sus ojos miraron hacia la cama, un colchón sobre el suelo con un gran edredón. De pronto se sintió como agobiado. No era la austeridad, ni la vejez, era lo que se venía encima.

Buscó un respaldo donde apoyar su blanca cabellera, pero aquel sillón antiguo no lo tenía. Inclino su largo cuello hacia delante

y miró al suelo con ánimo derrotado. En seguida levantó el rostro hacia la luz de la ventana.

Tras mirar el cielo gris desde su sillón, dirigió sus ojos claros hacia los escarpados valles que rodeaban los gruesos muros de la fortaleza, hacia el paisaje abrupto cubierto de pinos, donde la nieve se seguiría acumulando en los meses siguientes. El invierno sólo acababa de empezar. El gran reloj del pasillo tocó su carillón, la celda tornó a quedar en silencio. Aquel anciano, cansado, en medio del silencio, recordaba como él no había querido aceptar el nombramiento de Gran Maestre. Treinta años al frente de aquella orden militar eran muchos años. Dos veces había pedido en el pasado que se le liberase de esa carga. Dos veces por conductos reservados había enviado al Santo Padre la carta oficial pidiendo que se aceptase su dimisión. Treinta años era mucho tiempo. Pero la Santa Sede no era de la misma opinión.

Todavía recordaba la impresión que le había causado la llamada telefónica del Nuncio de Su Santidad cuando era un sacerdote en Dublín, a esa edad que el común de los mortales considera la mitad de la vida. Al día siguiente, se le comunicó en nunciatura, que él había sido designado para ocupar el puesto de Gran Maestre de la orden templaria. Hasta entonces había sido un sacerdote castrense al que muchos de sus colegas consideraban un hombre oscuro que seguiría toda la vida en su puesto. Pero desde hacía años, los informes que se acumulaban en la Congregación de Obispos le señalaban como muy digno candidato al episcopado. Sus dotes de gobierno y su prudencia habían quedado de manifiesto pocas veces pero de modo inequívoco. En los últimos años, había desempeñado en la sombra encargos muy

delicados al servicio de la Secretaría de Estado del Vaticano.

¿Por qué yo?, se preguntó repetidamente durante los días posteriores a que se le comunicara la intención de la Santa Sede.

-Reverendo -le había explicado el Nuncio sentado en su sillón, con las manos sobre la barriga tranquila y los dedos entre los botones forrados de negro de aquella sotana con borde púrpura-, siempre escogemos para ese cargo hombres ajenos a la Orden. Ya que sus integrantes son hombres embargados por nobles ideales, precisan de alguien que atempere, que imprima un sello de cordura, de contención. Si la orden se abandonara a sí misma, se autodestruiría emprendiendo empresas que sobrepasarían sus fuerzas y posibilidades.

-Pero no sé nada sobre la Orden. Lo desconozco todo de ella.

-Lo aprenderá. Tiene toda la vida por delante. Esto es como cuando a uno le envían como obispo a una diócesis. Un nuevo prelado tampoco sabe nada del rebaño que va a gobernar... al principio.

-Mire... no quiero parecer que pongo reparos a la designación pontificia, pero nunca he sentido ninguna vocación por ese tipo de vida templaria.

-¡Perfecto! Eso buscamos. No se trata de que le entusiasme o no ese modo de vida, se trata tan solo de que ejerza un trabajo, una función: gobernar con prudencia un barco. Eso es todo. Sólo eso. Además, todos los capitanes que ha tenido esa nave han sido hombres como usted. A todos se les comunicó la designación por sorpresa, ninguno pertenecía a la Orden. A unos les hizo más gracia el nombramiento, a otros menos. Pero todos dirigieron la congregación por el camino de la moderación, de la prudencia. Todos hicieron un buen trabajo y nuestras

expectativas con usted no son menores. No esperamos menos de usted, Alain.

Ah, y su poco entusiasmo por aceptar es otra característica que buscamos en los candidatos que elegimos. Jamás nombraríamos para este puesto a alguien que lo ambicionara.

-¿Y los templarios aceptan que un extraño ocupe el más alto puesto de gobierno de su Orden?

-Son religiosos muy observantes, cuya obediencia está fuera de duda. Además, la jerarquía de la Orden tiene su gran capítulo. El que una persona venida de fuera, ocupe el grado superior, les evita las luchas por el poder. Sus estatutos incluyen la particularidad de que el puesto más elevado de la pirámide jerárquica sea ocupado por alguien que hasta entonces no haya pertenecido a la Orden. Es una sabia medida que les pone a cubierto de la ambición. El servilismo, las intrigas, la adulación para alcanzar la cima, no tienen cabida, ya que la cúspide siempre es ocupada por alguien de fuera. Créame, los grupos cerrados prefieren que los gobierne alguien que no pertenezca al círculo endogámico, Un extraño no está atado a nadie. Usted llega sin tener que agradecer su ascenso a ningún miembro de dentro. La llegada de un nuevo Gran Maestro supone, en la práctica, una forma de hacer una auditoría moral y material a toda la congregación. Este estado de *revisión completa* cada veinte o treinta años, supone un enriquecimiento muy notable para esa institución. Quizá por eso va a tomar las riendas de una orden fuerte y con muy buena salud.

El sacerdote movía ligeramente la cabeza, no estaba de acuerdo. Todas esas razones no acababan de convencerle.

-Disculpe que insista, pero desconozco todo, absolutamente todo, sobre la Orden. No sé si soy la persona más apropiada.

-No se preocupe, vuelvo a decirle que tendrá años por delante para aprenderlo todo. De hecho, usted será la persona que más sepa sobre ella. No deja de ser una paradoja que la misma persona que ahora afirma desconocerlo todo sobre esa congregación, dentro de unos años será la persona del mundo que más sabrá sobre ella.

El Nuncio hablaba con afabilidad, con una mezcla de auténtica cordialidad y total seguridad. Quizá era la experiencia de su oficio. Había tenido ya, en sus años de servicio, muchas conversaciones semejantes. Estaba acostumbrado a insistir, a no doblegarse una vez tomada una decisión de la que él era mero transmisor de sus superiores. Y más cuando el proceso de designación para un puesto como aquel distaba de ser breve o sencillo.

-¿Y soy el más apropiado?

-Quizá nadie sea el más apropiado. Pero en la Iglesia hay funciones... alguien tiene que llevarlas a cabo. El hecho de que usted se pregunte si es digno de tal función, corrobora nuestra impresión de que es la persona conveniente. Si por el contrario, hubiera manifestado en los años pasados algún tipo de ambición de trepar por las lianas de la jerarquía, eso mismo nos hubiera llevado a descartarlo. En cualquier caso no se preocupe demasiado, ni le de excesivas vueltas. En las próximas dos semanas, se le pedirá que se desplace a Roma, donde será usted formado sobre la Orden por especialistas de la Congregación de Religiosos. Y después se le enviará de incógnito a recorrer los lugares que ellos determinen. Cuatro o cinco plazas fuertes de las que tienen repartidas por el mundo. Si al

cabo de esas semanas, usted se mantuviera firme en no querer aceptar esta carga, sería relevado de ella. El nombramiento no se hará público hasta dentro de dos meses.

El Nuncio le miró con picardía y preguntó paternalmente:

-¿Se queda ahora más tranquilo?

-Sí, sí... con dos meses por delante... y recibiendo toda esa instrucción de la que me habla... sí.

-Me alegro.

-¿Cómo resurgió esta Orden?

-En el año 2108, todo el centro de África se hallaba sumido en la más espantosa anarquía. Varios países sufrían la ausencia de un verdadero gobierno central dentro de cada Estado. Fue en Níger donde nació el embrión de la Orden, en medio de una contienda civil a la que no se le veía fin. Los guerrilleros y los grupos paramilitares saqueaban con frecuencia las aldeas, sin respetar ni siquiera los lugares sagrados. Aunque los habitantes de poblaciones pequeñas fueron los que más sufrieron, también nuestras iglesias eran periódicamente desvalijadas. En medio de aquella situación desastrosa, ni siquiera las monjas de algún que otro convento se libraron de ser violadas. A esa situación de anarquía, lejos de verle un fin, cada vez se percibía como más endémica. Más o menos alrededor del año 2010, no lo recuerdo con exactitud, fue cuando tres obispos comenzaron a organizar una pequeña cuadrilla de voluntarios para defender las iglesias de sus diócesis.

Al comienzo eran alrededor de cuarenta hombres armados con quince ametralladoras y poco más. Aquel grupo minúsculo, lleno de buena voluntad y escasamente armado, supuso una incipiente protección para esos templos que cada poco eran asolados. Protección que pronto se extendió a los bienes eclesiásticos en general.

Dos años después ya estaban protegiendo algunos poblados de las razias de las guerrillas. Fueron cada vez más los poblados que, en medio de aquel colapso del Estado, solicitaron algún tipo de protección de aquellos hombres.

Los obispos pronto se percataron de que aquel ejército, que ya contaba con unos dos centenares de miembros, iba a seguir creciendo mientras persistiera aquel vacío de poder. Así que, con muy buen sentido, fueron organizando ese grupo armado de acuerdo a una estructura que, como se reveló paulatinamente, era más propia de una congregación religiosa que de un ejército.

-¿Seguro que fue eso algo acertado?

-Sin duda. Los obispos eran conscientes de que aquel grupo iba a seguir creciendo, pero no querían sustituir al Estado. No deseaban constituirse en un grupo de poder paralelo al poder central, que más tarde o más temprano se reharía. Cuando se forma un ejército para un fin transitorio, una vez que la necesidad ha finalizado, no es tan fácil deshacerlo. Los ejércitos que nacen en medio de la anarquía, no se desmovilizan con una simple carta que viene de arriba.

Los obispos, sabían que estaban al borde de suplantar al poder establecido, pues ese ejército que había nacido de un grupo de cristianos movidos por los más nobles ideales, dedicado a defender iglesias y conventos, estaba creciendo extraordinariamente. Los obispos previeron los peligros futuros. Por más que creciera ese ejército debía procurarse que se mantuviera fiel a los ideales de sus inicios.

Si hubieran tardado más, aquel poder se les hubiera ido de las manos y hubiera cobrado vida propia. La autonomía de aquel grupo armado hubiera supuesto un enfrentamiento con el poder central que con el tiempo, sin duda, sabían que se reorganizaría.

Por ello establecieron una especie de regla austera que alejara de aquella milicia a quienes no ingresaran en ella movidos más que por los más nobles ideales. Aunque había entre ellos hombres casados entre sus integrantes, los nuevos oficiales debían ser hombres con voto de pobreza, castidad y obediencia que vivieran en casas comunes en las que el cultivo de la oración y la virtud fuera su primera preocupación.

Ni que decir tiene que este tipo de condiciones tan estrictas implicaban necesariamente limitar el crecimiento de aquel ejército que todavía constaba sólo de un par de centenares de hombres. Pero aquellos obispos no buscaban el poder. Desde luego un ejército constituido como una orden religiosa dejaría las armas en cuanto se lo ordenaran sus legítimos pastores.

Aquellos prelados sabían que debían cimentar su ejército sobre unas bases que no supusieran un obstáculo para el Estado que resurgiría. Como ve eran mitrados sin ambición, pero los planes de Dios no siempre son los planes de los hombres. Y cuando se sacrifica el éxito a corto plazo a cambio de hacer las cosas de un modo más puro, cuando se limita el crecimiento de algo para servir mejor a Dios, a veces lo que se logra son unos resultados que desbordan todas las expectativas -el nuncio levantó la mirada hacia el techo en un gesto ambiguo. No quedaba muy claro si el gesto era de callada admiración ante sus inescrutables caminos, o de fingida insatisfacción ante un Dios que siempre estaba sorprendiendo; incluso a los nuncios y a las conferencias episcopales.

El restablecimiento del Estado no llegaba y la Orden cada vez más se veía en la obligación de caridad de proteger un creciente número de poblados que, aunque pequeños, ya comenzaban a formar un número bastante notable. El instinto de la gente, la población

sencilla, comenzó a ver en aquella orden de guerreros, a hombres justos, en los que se podía confiar. Aquellos hombres ni extorsionaban, ni violaban, ni eran crueles. Y, encima, los contratos de protección podían rescindirse cuando se creyera conveniente sin temor a represalias, como sí que sucedía con otros grupos.

-Ah, ¿hacían contratos?

El Nuncio se sonrió. Después añadió:

-Las armas, los vehículos, todos los equipamientos cuestan dinero. Hay que mantenerlos, repararlos. Aunque aquellos soldados hicieran voto de pobreza y no poseyeran nada como propio, el ejército sólo protegía a aquellos que pagaban un canon. Si no, todos hubieran querido ser protegidos. La Orden desde su mismo se guió con un claro sentido práctico y realista. Los obispos son hombres prácticos. No son profetas visionarios, ni eremitas aislados en su gruta, nada de eso, son hombres de gestión. Eso ha sido así desde la Edad Media.

Por supuesto que también ayudó a esta situación de saneamiento de aquellas pequeñas arcas el que apenas había combates. Los saqueadores preferían dirigirse a zonas donde sus lugareños aun confiaban en sus propias fuerzas para su autodefensa. Aquel grupo de basilicarios tenía pocas arcas, pero los grupos armados que saqueaban tampoco disponían de grandes caudales. Como ve, la correlación de fuerzas...

-¿Basilicarios? -le interrumpió- ¿Entonces no se llamaban templarios?

-No. El nombre original con el que se les nombra en las primeras constituciones es el de *basilicarios*. Ya que el núcleo primitivo, nació para la defensa de la Basílica del Sagrado Corazón de Ngnu-Butum-wa. Allí, también residía el prior de la Orden.

Once años después de la constitución de aquella congregación de derecho

diocesano, la Orden contaba con ochocientos religiosos y trescientos auxiliares. Los auxiliares eran los casados que militaban bajo órdenes de los oficiales religiosos. La Orden fue extendiendo su poder a más y más zonas de Níger, Chad y Nigeria, cuyas fronteras se hallaban bastante desdibujadas, ya que el colapso de los poderes centrales fue absoluto en el centro del continente.

Cuando veinte años después, esos los Estados fueron comenzando a formar ejércitos regulares propios, la Orden fue progresivamente replegándose a sus monasterios. La transición se hizo de un modo progresivo y pacífico; minuciosamente pactado entre los obispos y los presidentes de esos países. La visión noble y carente de codicia de los prelados evitó la guerra civil en esas tres naciones.

Pero cuando los hombres llevaban ya una vida monacal en sus monasterios-cuarteles en los países originarios de la Orden, las pocas casas establecidas en otras zonas del Continente experimentaron un auge lento pero constante. Y no sólo eso, los monasterios basilicarios echaron buenas raíces también fuera del continente africano, en zonas selváticas donde las guerrillas centroamericanas y asiáticas habían asolado a sus pobres lugareños durante años. De manera que si la Orden en los tres países de origen era ya esencialmente monástica, fuera de allí seguía ejerciendo las funciones de protección que fueron la justificación de su origen.

Fue entonces, cuando la Congregación de Religiosos en Roma se dio cuenta de que había que hacer algo con la nueva orden, que a la sazón contaba con unos tres mil miembros. Habían esperado tanto para tomar una decisión definitiva porque consideraban que la asociación inicial de voluntarios para proteger iglesias era un remedio excepcional pero transitorio. ¿A quién se le puede negar el

derecho a defenderse? Pero las cosas habían ido muy lejos. En Roma las opiniones de los monseñores estaban divididas. Muchos albergaban serias dudas acerca de otorgar carta de naturaleza a esa orden, se consideraba que era una congregación de derecho diocesano establecida exclusivamente para una necesidad particular en una situación de verdadera emergencia. Las situaciones de emergencia requieren de remedios a veces excepcionales. Pero acabada la situación de emergencia, esa congregación de derecho diocesano debía disolverse.

En general, en Roma no eran favorables a la restauración de una orden de monjes-guerreros, pero para cuando el problema llegó a la mesa del Santo Padre la cuestión se había vuelto ya sumamente delicada. La congregación era por número de miembros de unas dimensiones notables. Además, y eso no había que olvidarlo, ejercían una protección real. Numerosos obispos de lugares paupérrimos y alejadísimos hicieron ver a Roma que aquellos hombres eran su única protección. Incluso varios países habían dado múltiples muestras de reconocimiento a una institución de fines altruistas que siempre se había enfrentado a movimientos guerrilleros y sólo contra ellos.

Por eso, en el año 2129 llegaron las primeras constituciones provisionales con aprobación de Roma. Fueron muchos, en todos los dicasterios romanos, los que expresaron grandes aprensiones hacia ésta nuevo género de monjes-guerreros. Pero todos comprendieron que se trataba de un hecho consumado, gustase o no. Roma podía influir sobre la Orden o dejar que ésta se escapase totalmente de sus manos. Entre una posición y la otra, se optó por la vía más política, la menos extremista: no extinguir aquella realidad, a condición de encorsetarla

en rígidos moldes. Las medidas fueron draconianas.

Los requisitos para ingresar en la congregación se volvieron todavía más exigentes. Los mecanismos de control por parte de la Curia, se institucionalizaron como cargos permanentes. Eso sí, para compensar, quince años después de aquella nueva regla, el papa Urbano XXXII les concedió la gracia de poder retomar el nombre de *templarios*. Todo el mundo, de hecho, les llamaba así desde hacía tiempo, aunque en los membretes el nombre oficial de la orden seguía siendo *Congregación de los Basilicarios*, y en los sellos seguía apareciendo inalterado el nombre primitivo de aquel grupo: *Congregación para la defensa de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús*.

Cuando salí de la nunciatura aquel 2 de abril de 2181 era evidente que no salí como entré. Me fui a mi casa a tratar de componer mis ideas. Estaba claro que mi futuro había cambiado completamente. Aquella tarde yo no albergaba la menor duda de que mi mandato sobre semejante institución sería catastrófico. (En otras congregaciones no se habla de *mandato*. Pero en la Orden del Temple, dado que es un ejército, se habla de mandato refiriéndose al tiempo en que un Gran Maestre está al frente de la Orden.) Sin embargo, he sido un buen Maestre.

Me limitaré a reconocer que ejercí de forma adecuada mi *gestión*. (El nuncio siempre se refería a mi trabajo como una *gestión*.) Quizá no fue una administración brillante. Pero creo que Roma precisamente buscaba eso. Ante todo había que alejar del puesto que he desempeñado a visionarios, a hombres que se consideraran providenciales. La orden necesitaba serenidad ante todo. Mantener sus monasterios-fortaleza,

conservar sus plazas, de acuerdo, muy bien, pero huir de toda tentación expansionista. El éxito de la Orden podía constituir su mayor fracaso.

Después de un curso intensivo de dos semanas a cargo de la Pontificia Academia Diplomática y de la Congregación de Religiosos y cuyo único alumno fui yo, me dirigí por primera vez a un monasterio templario. Faltaba un mes y medio para que mi nombramiento se hiciera público. Nadie por tanto sabía que yo era el elegido. Parece ser que era normal que cada Gran Maestre, antes de ser investido como tal, pasara un tiempo en la Orden sin que nadie supiese que él era el sucesor del difunto maestre. De esta manera podía tener un contacto directo con aquella realidad desde la base, como un hospedado que no llama la atención en nada y que por tanto ve todas las cosas en su ser cotidiano. Pues una vez que se hiciera pública la designación, ya nunca resultaría posible tener ese contacto como un religioso más.

Mi helicóptero militar avanzaba hacia un castillo situado en lo alto de un arrecife. Me encontraba en la costa continental de Mauritania, cerca de la isla de Tidra. El sol del atardecer se reflejaba en las gafas oscuras de los dos pilotos del aparato, que pronto aterrizaron en el gran patio interior de emplazamiento defensivo.

Al salir miré a mi alrededor. Un amplísimo patio de armas, extenso, rodeado de un perímetro amurallado. Dentro de aquel recinto había varias aeronaves, así como grupos de técnicos trasladando maquinarias a distintos lugares, revisando motores, apilando un tipo de bidones amarillos con unos extraños vehículos concebidos para ese fin. Aprecié que el perímetro del lugar formaba un cuadrado perfecto con cuatro torres menores en cada ángulo. En el centro del patio, una

torre de ocho plantas que constituía, al mismo tiempo, el edificio del monasterio y el cuartel

-¡Así que usted es el nuevo confesor!

Ése fue el saludo vigoroso de un monje-soldado de voz recia y dos metros de altura, apenas salió de una de las puertas del edificio-torre hacia mí.

-Bienvenido -añadió con energía.

-Gracias.

-Nuestro anterior capellán fue enviado a un nuevo destino. ¿Es la primera vez que está en una de nuestras casas?

-Pues sí -respondí mirando a mi alrededor.

Aquel hombretón cogió mi maleta grande y otra pequeña (no me dejó de ninguna manera que le ayudara) y me señaló el camino hacia mi celda. El robusto fraile iba vestido con un mono de trabajo negro muy viejo y con manchas de aceite de motores. Dado que era la hora de trabajo, a los monjes que vi, los vi vestidos con el mismo tipo de mono negro.

-En el interior de esta torre están todas las celdas, almacenes, hangares, todo -me explicó el monje-. En lo más alto de ella está situado el complejo antibalístico -se acercó a una ventana y asomándose me señaló algo-. Eso que ves allí, ese pabellón que sale de esa parte, es la iglesia.

-Ajá -me empecé a dar cuenta de que allí, en esa plaza, todos se trataban de tú. En otros castillos templarios con más miembros residiendo entre sus muros, el trato era más formal. El monje andaba incansable con el peso de mis dos maletas en sus manos. Y no perdía el resuello, porque hablaba sin parar y con energía.

-Todas nuestras casas son iguales. Unas más grandes, otras más pequeñas. Pero vista una, has visto todas. Un gran perímetro cuadrado, una gran torre en el centro y la iglesia anexa. Si el cuartel crece, las dependencias se adosan al perímetro o la

torre. Si la iglesia se queda pequeña, se le hacen ampliaciones. Nunca tirando muros, sino añadiendo. Por eso algunas iglesias de nuestros castillos son tan laberínticas. Pero el plano esencial es el mismo siempre, como ves muy geométrico. Para nosotros tiene un gran simbolismo, ya te lo explicará fray Guillermo, sin duda el más versado en esa materia.

Dentro de la gran torre, vi a algunos monjes ocupados en otros menesteres que iban vestidos, no con el mono de trabajo, sino con su hábito: túnica negra y un cinturón de cuero oscuro. Pronto se me enseñó mi celda. Más vacía no podía estar. En cuanto dejé mis maletas en el suelo, me dijo que me llevaba ante la presencia del prior para presentarme.

-¿Y usted qué destino pastoral tenía antes? -me preguntó el monje de camino hacia el despacho del prior.

-Era capellán castrense. Ya no quedamos muchos, je, je.

-Ah, entonces se sentirá en un ambiente muy próximo al que tenía.

En el trayecto advertí que no había un sólo cuadro por los pasillos. Todas las paredes eran de hormigón, la austeridad, el rigor del espíritu de la Orden era evidente.

-¿Con cuántos religiosos cuenta este monasterio?

-En esta casa hay cien monjes. También hay veinte personas que vienen a trabajar, pero son laicos y viven fuera. Son lo que llamamos *los auxiliares*. Algunos tienen familia.

-¿Cuál es la jerarquía en estos monasterios?

-Sobre los monjes hay un prior. Uno en cada monasterio, es la máxima autoridad religiosa y militar. Le siguen dos subpriors. Después los rangos son como en cualquier ejército. El prior casi siempre es un presbítero. Los dos subpriors son diáconos.

En esta casa hay también cuatro acólitos y ocho lectores. Cada monasterio debe contar con un presbítero, pero junto a él debe haber un vicario, que es el confesor. El confesor no tiene ningún rango, ni pertenece a la jerarquía militar de la casa. Hay confesores que son incluso sacerdotes seculares o de otras órdenes religiosas. Resulta gracioso cuando lo contamos a los de fuera que el vicario de un monasterio templario sea un franciscano o un dominico. Algunos vienen a nuestras casas a hacer un tiempo de retiro espiritual que va de oscila entre un año y dos por lo general. Otros, entre nosotros -y bajó la voz en tono de confidencia-, vienen como castigo por haber incurrido en algún pecado... externo. Ya sabe.

-¿Algún escándalo?

-Exacto. También son enviados a nuestras casas aquellos que tienen que superar algún vicio. Por ejemplo, si alguien ha caído en el pecado de la bebida y no puede superarlo, aquí encuentra un ambiente ideal para superar esa mala tendencia. Los que vienen de esa manera, vienen ya de antemano con los años determinados que pasarán entre nosotros: dos, cuatro, los que haya fijado su obispo. El capellán que viene aquí no encontrará ningún incentivo a la buena vida, únicamente incentivos a la austeridad y a la oración. También nos envían a los clérigos que han pecado contra el séptimo mandamiento. Si se han llevado algo de dinero, ser expulsados del estado clerical o pasar aquí una pena. En el fondo -y se sonrió-, estas casas aisladas cumplen la función de cárceles clericales para los pocos casos que se dan en el mundo. En este entorno apartado y ascético a uno sólo le queda volverse hacia Dios.

El monje me miró preguntándose si habría metido la pata. ¿Sería yo, el recién llegado, uno de esos curas castigados a esos

retiros forzosos durante varios años por alguna falta contra la disciplina clerical? Por un momento pensó que yo podía ser un cura alcohólico, concubinario o indisciplinado con mi prelado. Sí, la sospecha estaba puesta ya en su mirada. Si hubiera sabido que dentro de mes y medio se haría pública mi designación, le hubiera dado un soponcio.

-¿Y estará mucho tiempo entre nosotros? -me preguntó con aire de desconfianza. Se asentaba en su mente la idea de que era un cura problemático castigado.

-Nunca sabemos los planes del Señor. Lo que Dios disponga.

Aquella contestación todavía dejó más intrigado al religioso, que seguían andando delante de mí, guiándome hacia el despacho del prior.

-¿Pero no tiene ni una ligera idea, si poco o mucho?

-Pues... yo creo... -jugué con la tardanza de mis palabras, disfrutando por un momento como un gato con un ratón sencillo y frailón. Aquel hombre campechano esperaba mis palabras, me hice el remolón. Finalmente, como dándole una zanahoria, acabé con esta contestación-: No sé, sólo el Señor lo sabe... pero y diría que me espera una larga, muy larga estancia entre los hermanos de su orden.

Su curiosidad ya estaba satisfecha: o aquel cura era un sinvergüenza que ni siquiera se atrevía a revelar a cuanto tiempo de reclusión allí le habían condenado, o se trataba de alguien con posible vocación a la Orden que se estaba planteando abrazar ese estilo de vida. De momento, no podía indagar más, ya estábamos a punto de llegar al despacho del prior.

Al doblar la esquina del pasillo tocó la puerta. El prior dio permiso para que entrásemos. Le dijo algo al religioso que me acompañaba y pronto nos quedamos solos. El

despacho era espartano, un templario del siglo XII lo hubiera encontrado familiar, el mismo prior era tan anciano que parecía provenir de ese siglo.

-Bienvenido, padre -me saludó.

-Gracias -me senté. Nadie sabía el verdadero propósito de mi estancia allí. Eso incluía al prior. El cual me preguntó:

-¿Es su primera estancia en un monasterio templario?

-Pues si.

-Bien, aquí encontrará tiempo, tranquilidad y ambiente de oración. La poca gente que sabe de nuestra existencia debe tener la idea de que siempre estamos guerreando -se sonrió-. Eso es como pensar que las empresas privadas de seguridad se pasan todo el día a la carrera por las calles, persiguiendo cacos.

Dijo eso con seriedad pero con mucha gracia. Reí entre dientes y dije:

-No, no, lo sé. Soy consciente que las empresas de seguridad lo que más hacen es patrullar.

-Ni nosotros, ni ningún ejército del mundo está todos los días luchando. Aquí conocerá la realidad de los templarios, no el mito. Ya verá que la realidad es muy distinta. La guerra es contra las pasiones, contra los enemigos del alma. Ésa es la verdadera batalla. La vida en nuestras casas es tranquila tanto como pueda ser la de un benedictino o un cisterciense. Sólo que ellos ordeñan vacas y cultivan campos, mientras que nuestro trabajo es mantener siempre a punto esta maquinaria de guerra por si hace falta. El monasterio es como una gran máquina de guerra, siempre dispuesta a entrar en acción.

-¿Y aquí suelen entrar en acción?

-En tiempos sí, ahora no -con un puntero cercano señaló un gran mapa que pendía de la pared-. ¿Ve toda esta zona? Estaba infestada por los pulaars-haal.

-¿Qué es eso?

-Son una escisión de un grupo de tipo neo-maoísta, muy ideologizado y muy sangriento, que tuvo muchos seguidores hace treinta años en esta parte de la costa africana. Pronto le serán familiares los nombres de todos estos grupos y clanes.

Hace veinte años, nuestra tarea consistió en acotar un área e ir la limpiando lentamente. Nuestras aeronaves partían cada día a patrullar. Y cada semana aerotransportábamos un regimiento entero de infantería a esta otra zona a cazar partidas de guerrilleros, estas otras montañas y esta región eran su zona de influencia -señaló otra parte del mapa-. Los guerrilleros sabían que no nos podían ganar. Una vez que se estableció este castillo su destino estaba decidido. Podían matar a más o menos templarios, pero la Orden seguiría enviando nuevos contingentes. No había posibilidad de victoria para aquellas partidas de irregulares.

Finalmente, optaron por alejarse a zonas del país donde no encontrarían un adversario tan terco. Desde hace más de catorce años nuestra misión aquí consiste en mantener nuestras posiciones, en vigilar, en recordar a esos grupos guerrilleros que ésta es nuestra zona. Así que la vida que llevan aquí los hermanos es muy tranquila.

-No sabe lo que me alegro. Soy un hombre de paz, la guerra...

-Todos aquí somos hombres de paz -le interrumpió el prior-. Pero alguien tiene que dedicarse a la guerra -dijo extendiendo las manos y después juntándolas. Como si en ese lento y resignado gesto expresara su conformidad con el orden de las cosas, por cruel que fuera.

El prior se extendió explicándome que esta tierra donde se instalaron, era un valle de lágrimas y que, al menos, ahora se podía

vivir. Al menos eso trató de explicarme. Tras escucharle, comenté:

-No sé, de momento pienso que los laicos... los laicos son los que deberían ocuparse de eso. A lo mejor cambio de opinión.

-Los laicos llevaban ocupándose de eso aquí, en esta región, más de treinta y ocho años. Pero hasta que no llegó un ejército insobornable, obstinado, inflexible y sacrificado, los pobres lugareños estuvieron a merced de los grupos irregulares de uno y otro bando. Cuando no eran los guerrilleros, eran los paramilitares. Y cuando no, las del Gobierno, que no eran precisamente unas Hermanitas de la Caridad. Fue el mismo Presidente de esta nación en persona quien pidió a nuestro superior que se encargara al menos de poner orden en un territorio del país y les delimitó esta región. Y con muchos menos hombres, nosotros logramos lo que ellos no pudieron.

-¿Fue Lawal el que lo pidió?

-No, fue el presidente Alhaji Maduabebe. Tanto el Ejército de este país, como los insurgentes, no querían nuestra presencia. Todos los altos mandos del Ejército eran unos corruptos. Los insurgentes eran unos bandidos. Entre ellos la única diferencia era que unos trabajaban para el Gobierno y los otros para sí mismos. Nosotros impusimos orden. Por fin, después de tantos años, estos parajes tuvieron un ejército que se hacía respetar y que era respetable.

-Pero tuvieron que matar.

-¡Por supuesto! Matamos. No me tembló la mano al hacerlo. Matamos a miles. Mi conciencia me recordará por otras cosas, pero no por ésta. Durante años y años, los templarios limpiamos esta zona. Para limpiar hay que matar. Cuando entramos nosotros, cuando se implanta un castillo de este tipo, es porque que las palabras ya no bastan.

-Comprendo.

-Veo por su mirada que no comparte mi visión de las cosas, pero créame, puede estar bien seguro de que a veces las palabras no bastan.

-Estoy convencido de ello.

El prior advirtió mi renuencia a sentirme entusiasmado por la misión que habían ejercido allí en el pasado. No quiso perder más tiempo, así que cambió de tema.

-Bueno, pasemos a tratar de su trabajo aquí. Es usted el nuevo confesor. Cada día estará una hora en el confesionario. El horario está fijado en el tablón de entrada a la armería. Confesar a cien hombres, hombres muy religiosos, ya verá que da trabajo, pero no da trabajo para todo el día. Como es lógico si quiere vivir en esta casa, bajo nuestra hospitalidad, tendrá que trabajar en algo más. Todos los que residen aquí se ganan el pan. Así que deberá ocupar cada día un mínimo de horas en labores del monasterio. ¿Tiene algún conocimiento especializado? ¿Electrónica, ingeniería informática...?

-No, ninguno.

-Siempre andamos más necesitados de trabajadores especializados, en lo que sea. Pero no pasa nada. La cocina, la limpieza de la casa, siempre dan trabajo. Reservamos a nuestros hombres más especializados para las tareas que no pueden hacer otros, y al resto y a los recién llegados los dedicamos a labores que no requieran más que manos y tiempo. Aquí todos trabajan ocho horas, el resto del tiempo es para usted. Puede hacer con él lo que quiera.

Muchos clérigos vienen como penitencia durante un mes o algo más de tiempo. Aquí no hay televisión, no hay vanidades de ningún tipo, ni distracciones. Como no sea pasear por los alrededores. Eso sí, la costa es muy bonita. También podrá dar largos paseos en barca -el prior miró un reloj

de sobremesa con dos grandes asas de bronce dorado. Tras comprobar la hora, dijo:- Quedan casi tres cuartos de hora hasta la vísperas.

Usamos el breviario romano, no tenemos liturgia propia. Los oficios litúrgicos no son en latín, nosotros somos guerreros, no monjes ilustrados, no somos dominicos. Los juegos de azar están completamente prohibidos, así como el alcohol, de cualquier tipo. Si es abstemio mejor, sino lo siento, pero aquí se hará.

-¿A qué hora se levantan?

-Eso depende de a cual de los dos turnos pertenezca. En todas nuestras casas repartidas por el mundo hay dos turnos fijos. De manera que a cualquier hora del día o de la noche, la mitad de los hombres están dispuestos a actuar, sea en una emergencia que sobrevenga o en una misión que hayamos planeado de antemano. Las tres de la noche es lo que llamamos el *quicio*. A esa hora unos se acuestan y otros se levantan. El monasterio está vigilante en todo momento. Como ve unos se acuestan muy entrada la noche y otros se levantan de sus camas muy pronto, pero el resultado que el monasterio como tal nunca duerme. Cada monje tiene un turno u otro, y en él continúa año tras año, incluso aunque cambie de monasterio.

-Una vida muy regular.

-No se espera otra cosa de unos monjes.

-¿Y siempre viven dentro de la muralla?

-No, siempre tenemos cuatro unidades de templarios recorriendo la zona puesta bajo nuestra protección. Los hombres de las cuatro unidades se van turnando. Los monjes de este castillo están divididos en cuatro unidades.

-Bien, espero que yo realice mi labor de un modo adecuado.

-Estoy seguro de ello. Nadie interferirá en su trabajo como confesor o director espiritual. Además, aunque yo soy el superior aquí, usted depende del vicario general. Los vicarios de cada monasterio están bajo la jurisdicción de los dos vicarios generales de la Orden. Pues nada, nos veremos antes de vísperas en la sacristía. Hoy son solemnes y nos revestiremos con alba y estola y capa pluvial los dos subpriors y yo.

-Una preciosa espada –comenté mirando la impresionante espada que estaba colgada de la pared. Estaba verdaderamente reluciente aquella espada medieval, pesadísima-. ¿Los monjes llevan espada?

-Nuestra costumbre es que sólo haya una espada por monasterio. Sólo los priores la llevamos. Y eso sólo en los momentos más solemnes. Los templarios con el uniforme únicamente suelen llevar al cinto una pistola. Las espadas sólo son un símbolo. Luchamos con armas reales y efectivas, con símbolos no se gana una guerra. Incluso en las formaciones de protocolo solemos portar ametralladoras. Con símbolos no se hace una guerra. Pero el prior pasa revista con esa espada al cinto, que además de larga pesa cinco kilos.

-Sí, parece pesada.

-Reconocerá que las espadas medievales son muy parecidas a la cruz.

Mis dos semanas de estancia en las costas tropicales de Mauritania supusieron una experiencia valiosísima. Nunca más pude volver a tener contacto con aquella realidad desde la base, mirando a todos de igual a igual. Escuchando cada comentario procedente desde la más absoluta franqueza. Cada cual me comentó las cosas sin ambages, sin premeditación. Aprendí en ese lugar mucho más sobre la Orden que en cualquier otro momento.

También allí comprendí que eran hombres de buena voluntad, sencillos, nobles, movidos por ideales caballerescos.

Dos semanas después dejé el monasterio. Me encontraba ya en París cuando se hizo pública mi designación. Me imagino que en la fortaleza de San Anastasio, donde había residido, todos debieron quedarse de piedra. Se preguntarían una y mil veces por qué una casa vulgar y corriente, como aquella, había sido la elegida para mi estancia de incógnito. Pero precisamente ahí estaba la respuesta: por ser una casa vulgar y corriente. Aunque visité cuatro castillos más, antes de que mi designación se hiciera pública.

Mi investidura tuvo lugar tres semanas después de darse la noticia, en la Casa Madre, la Fortaleza de San Miguel, que hace las veces de monasterio central y que está situada en Madagascar. Así como los obispos son ordenados por otros obispos, o los cardenales reciben el capelo y el anillo del Papa, en la orden templaria el Gran Maestro es investido de su dignidad por el Gran Capítulo de la misma orden. Nombrado por el Santo Padre, pero investido por el Gran Capítulo.

La investidura, según las normas, puede realizarse en cualquier castillo donde se convoque al capítulo. Desde hacía más de setenta años, la investidura se realizaba en el castillo de San Miguel, la Casa Madre. Dos días antes de la ceremonia arribé a la fortaleza a bordo de un pesado helicóptero de cuatro rotores y más de ochocientas toneladas de peso. En la pista del helipuerto, dentro de la aeronave y mientras descendía la rampa, observé que formaban dos batallones de templarios con sus corazas. Con paso tímido, pero a la altura de las circunstancias, pasé revista a aquella formación flanqueado de varios jefes de la Orden que ya habían llegado a la isla.

Los templarios vestían sus corazas negras con un casco también oscuro y reluciente. Aquellos guerreros me recordaban mucho en su uniforme al clásico personaje de Darth Vader., pero a cara descubierta. Ver aquella formación de guerreros, en medio de la noche, guardando aquel silencio, fue un espectáculo que jamás olvidaré. No se oía ni una respiración, sólo se escuchaba el silencio de centenares de hombres.

Mi humilde figura avanzaba entre los impresionantes jerarcas caminando a ambos lados y detrás, también ellos cubiertos con sus corazas. Aquella noche no hubo más actos, sólo aquel pasar revista a esos batallones. Fue razonable que no hubiera ningún otro acto, eran las dos de la mañana, estaba cansado

Dos días después, presencié la ceremonia de investidura en primera persona. Un ritual bellísimo que prolongó durante una hora. Quien va a ser investido como Gran Maestre coloca su mano derecha sobre la espada que se le presenta sobre un cojín de terciopelo rojo. Después un cruciferario inclina el hasta de roble coronada con la gran cruz de hierro para que el investido pueda besarla. Lo hice con toda devoción. Curiosamente todos estos ritos tienen lugar a puerta cerrada. Mil trescientos templarios armados esperaban en el patio de armas frente a la gran portada de la iglesia de la Casa Madre. Dentro del templo sólo había una treintena templarios: la cúpula jerárquica de la Orden. Desde hacía varios decenios, se había decidido favorecer la intimidad de los rituales a costa de sacrificar la presencia de millares dentro del templo.

Recibí las bendiciones en latín, leídas de un voluminoso y pesado ritual de grandes letras y coloridas iluminaciones de estilo carolingio. El Gran Capítulo repitió las antífonas en las que se pedía que sobre mí vinieran las gracias convenientes a mi alma y

a mi cargo. Me arrodillé delante del altar durante la letanía de alabanzas a Dios, me postré en la invocación final que se hizo a Dios antes de pasar a la segunda parte del ritual: mi unción.

Aquella congregación era una orden soberana. Es decir, la Orden poseía un pequeño territorio que constituido en Estado independiente. Un territorio de poco más de treinta mil metros cuadrados. Pero la soberanía sobre aquel pequeño enclave era la razón por la cual fui, como mis predecesores, ungido como monarca de ese territorio y demás posesiones de la orden.

Se me ungió con crisma el pecho y la espalda. Pero no se me coronó, ni se me entregó un cetro, sino que se me entregó el yelmo y la espada. Se podría decir que mi corona era mi yelmo y mi cetro mi espada. Así como los sacerdotes van vestidos de negro, así también nuestras corazas y cascos son negros: símbolo de nuestra renuncia al mundo. Yelmo y espada fueron dejadas sobre la gran mesa de cedro sobre la que estaban plegados y ordenados mi uniforme militar y sus corazas, ya que yo vestía un alba blanca con estola. Tras el canto del *Te Deum*, los miembros capitulares me besaron uno a uno el anillo.

Aunque eran pocos los templarios presentes, siempre asistían por propio deseo un cierto número de obispos de las diócesis cercanas. Más de veinte obispos revestidos con sus mitras doradas y sus impresionantes capas pluviales, ocupaban silenciosos sus lugares en los sitiales de madera oscura del coro. Ellos no besaron mi mano ya que no estaban sometidos a mi jurisdicción. Es más, yo seguía siendo un sacerdote, un mero presbítero. También resulta curioso que todos los miembros del Capítulo y yo mismo, realizábamos la investidura revestidos de ropas clericales y no caballerescas. Quizá para

realzar el hecho de la superioridad del carácter sacerdotal sobre la dignidad que recibía el investido. Quizá también para recordarnos que ante todo éramos una orden.

Tras el sencillo homenaje de aceptación del Gran Capítulo, el obispo del lugar avanzó con su báculo al centro del presbiterio y pronunció en latín hierático su bendición en nombre de todos sus hermanos obispos presentes. Hicimos una larga genuflexión ante el sagrario y salimos procesionalmente del templo. Vista la procesión desde casi el altar, donde yo me encontraba, la alta cruz que presidía la hilera de clérigos se recortó en la claridad de la luz que penetró en cuanto se abrieron los portones de la iglesia. Nada más entreabrirse aquellas puertas de bronce, resonó el fragor de la aclamación de tres millares de gargantas gritando a pleno pulmón. Desde lo alto de la escalinata de piedra miré a la muchedumbre de templarios que vociferaba entusiasmada y enardecida.

Yo había salido inmediatamente detrás de los maestros. La gran cruz procesional fue sostenida a mi derecha. A ambos lados se colocaron mis senescales. Según su jerarquía, se fueron situando a ambos lados míos los miembros del capítulo: los maestros, los comendadores, los vicarios generales. Situados en los extremos del plano que coronaba la escalinata, los obispos completaban el cuadro que formábamos aquel grupo. Era un espectáculo bellísimo y vigoroso.

Las campanas no dejaban de ser volteadas con toda fuerza desde que había acabado la investidura. Me limité a saludar moderadamente alzando mi brazo ante aquella muchedumbre de soldados enfundados en sus corazas. Hacia cualquier lado al que mirase, veía los metales oscuros de sus uniformes de gala por todas partes. Tanto las ventanas,

como las terrazas o las galerías porticadas que daban a aquella gran plaza rodeada de escalinatas, hacia cualquier espacio que dirigiese mi vista, me encontraba con aquellos cascos de superficie brillante, con aquellas gargantas que lanzaban un único ¡hurra! sin fin.

Pronto trajeron una sede y me senté allí mismo. Formando una larga fila, los templarios fueron subiendo las escalinatas para besarme la mano derecha como signo de aceptación de mi mandato sobre la Orden. Nada más acomodarme sobre el asiento, el chambelán de la Casa Madre me colocó un guante de armadura, de color metálico oscuro. Ésa era la tradición: besar el guantelete del Gran Maestro. Cuatrocientos hombres besando el guante con entusiasmo y devoción obligaba a pasar un lienzo con colonia cada cierto rato.

Jamás olvidaré aquel día. Es difícil que alguien olvide una experiencia así. Muchas emociones ese día. No obstante, esa noche me dormí tan pronto apagué la luz en aquella celda espaciosa pero que no disponía ni de un solo lujo.

En cuanto me hice cargo de la máxima dignidad de la Orden se convocó a Capítulo General. En él pasamos revista al estado de la Orden. 50.000 monjes, 27.000 auxiliares, una flota marítima de 127 barcos de guerra, una flota aérea de 230 aeronaves de transporte y 340 cazas, la plataforma de treinta mil metros cuadrados en el Índico, enclavada en el Mar de Tasmania, la impresionante fortaleza de la Casa Madre situada en Madagascar y una cadena de castillos templarios entre el paralelo 23 norte y el 24 sur de la costa occidental del continente africano. Tanto efectivo podía parecer mucho, pero en un planeta con 20.000

millones de habitantes, éramos una gota de agua. Nuestro ejército era incluso menor que la Guardia Nacional de California.

Hacerme idea cabal de ese inventario me llevaría años. Pero si quedé impresionado por lo que se había acumulado en varias generaciones, no me admiró menos conocer en detalle la obra de ingeniería canónica que había realizado el Vaticano con aquella Orden. Sus constituciones eran muy simples, pero todo estaba perfectamente equilibrado y contrapesado tratando en todo momento de conciliar elementos desemejantes.

Cada monasterio, un prior. Los priores estaban agrupados en provincias. Cada provincia estaba bajo un condestable. Los condestables estaban agrupados en regiones, en cada región había un maestro. Los diez maestros constituían el Gran Capítulo junto con los tres comendadores. Los tres comendadores siempre eran escogidos entre clérigos ajenos a la Orden, desde el momento en que Roma los nombraba pertenecían al Gran Capítulo y a él asistían. Pero no tenían ningún mando, ni ejercían ninguna otra función que la de asistir a las deliberaciones. Eran observadores que ni siquiera solían intervenir, pues su misión era observar y sólo hablar en las reuniones para advertir de aquello que les pareciera menos recto o prudente. El Vaticano estaba tranquilo con la Orden, ya que si el Gran Maestro algún día comenzaba a tomar un sesgo preocupante en sus decisiones, los tres comendadores lo advertirían al capítulo. Y si el capítulo seguía en una línea que ellos consideraran errónea, advertirían de ello al Vaticano. Por eso aquellos tres personajes siempre discretos, siempre revestidos con su hábito negro algo distinto del resto de los maestros, eran unos personajes muy respetados, e incluso temidos. Sin ningún poder, sin autoridad alguna para tomar decisiones de gobierno, pero siempre

ojo avizor, siempre con la potestad de asistir a cualquier reunión o deliberación que se celebrase en la Orden.

En el Capítulo, junto a los tres comendadores, tenían su asiento los dos vicarios generales, que eran los superiores y visitantes de todos los vicarios esparcidos por todos los monasterios. Cada monasterio contaba, al menos, con un vicario que se dedicaba a confesar a los miembros de esa comunidad. Trabajaba en el monasterio pero nunca entraba en combate.

Todos los integrantes del Gran Capítulo estaban sentados en dos hileras de siales enfrentados, siete en cada lado. En el lado de los comendadores se sentaban los dos condestables más ancianos. El Gran Maestro situado en el centro de la presidencia, con un gran tapiz a sus espaldas, que representaba una cruz griega muy antigua. En la tela del viejo tapiz, un crucificado serio, adusto, con una corona sobre su cabeza y la palabra REX sobre la corona. Cristo era el rey al que servían. En la Orden todos eran siervos y todos iguales, sólo había un Señor. Él, el Nazareno del tapiz, presidía silencioso las reuniones de aquellos monjes-guerreros.

Es importante observar que las dignidades en la Orden eran vitalicias, todas. Nadie era jubilado, salvo que expresamente lo pidiera. Cada monje por anciano que estuviera, sin importar las mermas que su físico padeciera, era mantenido en su cargo, considerándose la experiencia de la senectud como uno de los mayores tesoros que poseía nuestra congregación. Si somos observantes y oramos y recibimos los sacramentos con rectitud, cada día seremos más santos, más sabios y más prudentes, había repetido una y otra vez fray Gottenborg, octavo Maestro de la Orden.

Nuestras constituciones hacían incapié en que se considerara a toda la Orden como

una gran familia. Y en una familia los padres no se retiran. Uno podía encontrar monasterios en los que de facto los subpriors eran los que llevaban el peso del gobierno de la comunidad, aunque nominalmente siguiera al frente un prior encorvado y débil que ya apenas salía de su celda. Pero ni en los casos en que la decrepitud era más evidente, el prior abandonaba su cargo. Esta práctica ocasionaba una gran inmovilidad de nombramientos. Se trataba de una especie de fosilización de cada uno en la pirámide jerárquica. De ahí que la avidez o la codicia por ascender resultaba una continua frustración, en el caso de que alguien la padeciera.

Esto también era tan válido para el último subprior de la Orden como para mí. Permanecería en mi cargo de gran maestro hasta que la muerte me jubilase. Desde mi puesto no se ascendía a ninguna otra función eclesiástica. No requería poco tiempo hacerse con los conocimientos necesarios para gobernar la Orden, de modo que no se podía estar cambiando de Gran Maestro cada diez años. El puesto no sólo era vitalicio, sino que la Regla pedía que se ejerciera hasta la muerte. La vida como combate. Había habido Grandes Maestros que en sus últimos años estuvieron muy enfermos, saliendo muy poco de sus celdas. Pero cuando salían y participaban en las deliberaciones del Gran Capítulo sus palabras eran tesoros de sabiduría, luz para los más intrincados asuntos que se estuviesen discutiendo, por lo menos así me lo refirieron los maestros que vivieron los mandatos de Darmstadt y de Abubakar, ambos enfermos durante muchos años y cada vez más incapacitados.

No obstante, antes de aceptar mi designación, el subsecretario de la Congregación de Religiosos me explicó que, aunque yo había aceptado el nombramiento,

cosa que él me agradecía, debía saber que si al cabo de ocho años decidía ser sustituido lo harían sin poner el inconveniente alguno. La remoción se haría por vía de ascenso, siendo destinado yo como monseñor a alguna función de la Curia Romana. El carácter vitalicio del cargo de maestro de la congregación se trataba de una medida llena de lógica, pues se precisaban de muchos años para tener conocimiento completo de la Orden. Y después, si el gran maestro hacía bien su labor, era preferible mantenerlo a correr el riesgo de hacer sustituciones. De ahí que era consciente de que allí acabaría mi carrera; eso que algunos llaman *carrera*. Un clérigo nunca debe aspirar a hacer carrera. Hacerse sacerdote supone abandonar toda ambición mundana. Se hace necesario desechar la codicia de los cargos que se insinúa bajo la excusa sibilina de que uno tiene esas ambiciones para hacer más bien. Siempre aborrecí de esos honores, pero a veces parece que esos honores precisamente persiguen a los que los aborrecen. Y aborrecen a los que los persiguen. Es cierto que después, veinte años después, envié la primera carta pidiendo al Santo Padre que aceptara mi dimisión. Pero para entonces el Papa, según me dijeron, estaba tan encantado con mi trabajo que no quería ni oír hablar de tener que empezar todo el proceso de búsqueda y consultas para designar otro candidato. No era cierto que se encontrase “tan encantado con mi trabajo”, se contentaba con que la orden templaria no fuera una fuente de problemas. Se contentaban con eso y con que sus miembros estuvieran fielmente sometidos a la jerarquía eclesiástica. Ambos cometidos se llevaron a cabo bajo mi mandato con pulcritud y eficacia.

Desde antes de entrar al seminario, en el seminario y después de mi ordenación,

siempre pensé en seguir a Cristo, pobre, desnudo, indefenso, crucificado. Seguirle adonde me pidiera y como me lo pidiera. Nunca pensé que ese seguimiento me llevaría a ser el comandante en jefe de un ejército. A veces los caminos del Señor son cuando menos, sorprendentes. Me siento tentado de pensar que son incluso retorcidos. Pero no, retorcidos no, Dios no puede trazar caminos retorcidos. A pesar de ello, pienso en Cristo crucificado, Cristo desnudo, solo, abandonado, indefenso, pobre, despreciado, poniendo la otra mejilla. Le veo así, y me veo a mí con cincuenta mil hombres armados. *Si mi Reino fuera de este mundo mi Padre hubiera enviado veinte legiones.* Y sin embargo, entre esta construcción que es la Orden y su Evangelio no hay contradicción. No hay contradicción entre el más extraño pasaje de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino y el más extraño de los pasajes del Levítico o de las profecías de Amós. Todo forma parte de esa fabulosa catedral plurisecular que es la Santa Iglesia Católica. No hay contradicción entre el cantero de una catedral que adora a Dios con toda su alma, pero que talla la imagen de un demonio que se ríe y se retuerce descarado en un recodo de su capitel. Ciertamente, debo reafirmarme en estos razonamientos.

Reafirmarse en aquello a lo que nos ha llevado la obediencia. La razón... mi mente a veces, ociosa, se divierte imaginando a un Gran Maestre disolviendo la Orden, a los maestros conspirando y enfrentándose contra el Gran Maestre, a la orden templaria confrontada contra Roma, a los soldados templarios en rebelión armada contra todos sus jefes de su misma congregación, a los monasterios corrompiéndose en mil herejías cada vez más tortuosas, cada vez más intrincadas. Todas las posibilidades... una vida da para imaginar todas las jugadas

posibles sobre el tablero de ajedrez. Mi razón a veces se abandona al ejercicio intelectual de mover todas las fichas en todas las posiciones posibles, en todas sus combinaciones de agresión o de autoconservación.

Pero miro por la ventana de mi despacho y al ver, a cien metros, a ese joven monje lego que barre, al otro que un poco más cerca, anciano, acarrea unos pequeños contenedores de la cocina, vuelvo a la realidad y recuerdo que soy yo el que pone la malicia sobre el tablero. Ellos son fichas inocentes. Les mueve a estar aquí el mismo amor a Dios que a mí. En realidad, ni yo pongo esa malicia. Son meros juegos de mi razón en momentos de aburrimiento, de ociosidad, de apatía. Meros juegos, nada más.

Pero el apartamento del mundo en el que vivimos, reclusos en estos alcázares de la virtud, dan lugar a momentos de desierto interior. Horas de aridez en las que la imaginación se desboca. No faltan razones, no faltan piezas, para imaginar mil jugadas. En momentos de debilidad, en medio de esos esparcimientos de mi mente, me entran ganas de pensar que el juego ha comenzado.

Agobiado por el peso de semejantes responsabilidades, por el retorno de la sequedad en la vida espiritual, me levanto de la sobria silla de mi monacal despacho y estiro las piernas, miro por la ventana, trato de distraerme. Fijo la vista en el recio candelabro de bronce que decora un armario de mi antesala, muevo unos papeles sobre mi mesa, paso mi mano sobre la página de una Biblia de gran tamaño, al azar merodeo por unas cuantas páginas de ella, dejo de vagabundear por sus párrafos, busco un versículo familiar, lo encuentro, allí está con todos los desasosiegos que me pueda producir: *si mi reino fuera de este mundo, mi Padre...*

Al ser prendido en el Huerto de los Olivos, lo dice claramente: mi reino no es de este mundo. Pero aunque su reino no es de esta tierra, sí que está en este mundo. En cierto modo, paradójicamente, el versículo me desasosiega y me apacigua.

Me inquieta por lo que parece decir a simple vista, pero me tranquiliza porque puedo usar de todo este poder que se me ha conferido, con la más desinteresada de las políticas, con la más celestial de las miras. Ya que estamos en el mundo, influyamos en él. Pero hagámoslo de acuerdo a una estrategia que sea la opuesta a la que nos dicta la carne y el mundo.

Pocos días después de mi investidura, recibí la visita de uno de mis mejores amigos, elevado a la dignidad de arzobispo de la archidiócesis londinense de Westminster un par de años antes. Éramos amigos desde hacía muchos años. Apenas apareció por la puerta, extendió sus brazos y exclamó en alta voz con una sonrisa como un sol:

-¡¡Alain!!

Aquel saludo era de quien grita tu nombre con la mayor de las alegrías, con la satisfacción de ver que su amigo ha sido elevado a altos puestos.

-¡Digo *Alain*, pero quizá debería decir *fray Alain*!

-No me vengas con ésas -y le di un gran abrazo.

Charlamos de nuestras respectivas responsabilidades, intercambiamos noticias acerca de familiares. Poco después estábamos dando un paseo por el claustro de la Casa Madre. No tardamos mucho en internarnos en una seria conversación. Era inevitable que ciertos temas aparecieran. Había bastado hora y media de despreocupada charla para que la alegre despreocupación del amigo diera lugar

al gesto grave del prelado que habla con conocimiento de la materia. Con aire confidente, me dijo:

-El Vaticano no quiere que esta Orden se extienda. La mantiene, pero su deseo es que las cosas sigan como están y no vayan a más. El éxito de esta orden sería sumamente preocupante.

-Reconozco que la unión de las dos cosas, el poder y la fe, siempre es preocupante.

-Desde luego.

Después, el prelado británico ponderó, con conocimiento de la materia, la hábil labor del jardinero en los setos de la plaza que formaba el recinto más interno del castillo. Sentía mi amigo el impulso de acariciar aquellas rectas aristas que habían logrado las largas tijeras del monje, pero se contuvo. A continuación, sin venir a cuento, comentó el arzobispo mientras seguía mirando el seto y las magnolias:

-Desde luego, no cabe duda... difícil relación entre la fe y el poder. Pero tampoco olvides que estás al frente de la más obediente de las órdenes de la Iglesia.

-¿Ah, sí?

-Sí. Así está considerada.

-Obediente, pero preocupante. ¡Curiosa contradicción! ¿No parece un contrasentido que la Iglesia posea una institución cuyo éxito no desee?

-Sólo lo parece, pero en la Curia saben lo que hacen. No me imagino a Cristo a caballo con una espada en su mano. Pero la Iglesia se enfrentó a un dilema: o una orden controlada por ella, o una secta herética esparcida por todo el mundo ¡y con un ejército! La Santa Sede obró con gran sabiduría. Y habrás visto que las constituciones de la Orden son un monumento a la más consumada de las prudencias. El

procedimiento seguido para elegir al Gran Maestro y la manera de constituir el capítulo general demuestran una mente política magistral.

-Que sí, que sí. Ya sabes que soy el primero en alabar la mente que diseñó la estructura jurídica de esta institución que dirijo.

-¿Qué me dices de los comendadores?

-Pues que me sorprendió el que existiera esta figura en la Orden, me sorprendió, sí. Esos tres hombres con su capucha, silenciosos.

-El Vaticano se fía de ti, pero por si acaso te coloca a esos tres presbíteros vigilantes –me dijo sonriente mi amigo el arzobispo, mientras se sacudía un insecto que se le había posado cerca de un hombro.

-Los comendadores... no los puedo cambiar, su cargo es vitalicio como el mío. A veces me pregunto qué pensarán ellos de mí.

-Oh, les has causado buena impresión, no lo dudes. Por lo menos eso es lo que se cuenta por los pasillos de monseñor Amanti.

-Me fui al seminario a mis dieciocho años con la idea de decir misa, dar catequesis... visitar enfermos. Y ahora... me veo investido Jefe de Estado de un estado soberano. Me acuesto y sé que probablemente algunas de mis aeronaves estén patrullando algún lugar del mundo, que los turnos de soldados vigilan a cualquier hora en mis castillos. Curiosa idea cuando uno tiene apoyada la cabeza en la almohada.

El arzobispo, que se había parado a mirar un extraño pequeño pájaro posado en una rama, se sonrió ante lo que su amigo decía. Después añadió con el mismo buen humor:

-El servicio al Evangelio nos lleva a veces a parajes extraños. Tampoco el pobre pescador Pedro, se imaginó que algún día la

Biblioteca Vaticana sería todo un laberinto de archivos.

-No sé. Jesús hizo guardar la espada a Pedro en el Huerto de los Olivos. Qué hubiera dicho Simón Pedro a su sucesor viéndole con un ejército de templarios.

-No me hagas hacer de abogado de esta orden.

-No, en serio, ¿qué le hubiera dicho aquel pescador a su sucesor? –la insistencia del Gran Maestro indicaba que era un tema que le preocupaba.

-Pedro llevaba una espada cuando fueron al Huerto de los Olivos. ¿Crees acaso que Jesús no se percató de la espada? Eran sólo doce, vivían juntos todo el día. Sabía que la llevaba, y cuando la va a utilizar no le dice que la tire, no le ordena que la arroje, sólo le dice que la guarde.

-No me convence demasiado tu explicación.

-¿Qué me dices del rey David o de Salomón?

-Buf -el resoplido del Gran Maestro y sus ojos levantados al cielo fueron toda su respuesta.

-Tú me has pedido que haga de abogado de la Orden.

-Esperaba argumentos más sólidos de alguien como tú. Un solideo tan ilustre, un biblista de tu talla.

-Muchas gracias. Pero, oye, no te tortures. Prometiste obediencia el día de tu ordenación a tu obispo y sus sucesores. No estás aquí porque hayas escogido tú este puesto. Además, no olvides que los templarios realizan una labor humanitaria. No atacan a nadie, solo defienden. Recuérdalo.

-Mira, en el fondo, no dudo de la Orden, aunque a veces pida a gente como tú que me confirme en la legitimidad de esta institución. Pero, bueno, veo claro que esta Orden no es un escándalo para el Evangelio,

como dicen algunos. Es más, incluso veo la conveniencia de que exista una orden templaria legítima, claramente legítima, para evitar la eclosión de grupúsculos heréticos nutridos con sus ideales. Encima, como tu decías, son obedientes. Desde hace años, veo claro que la malicia ha sido puesta por parte de los acérrimos defensores de la verdad y pureza evangélica. No por parte de estos benditos que cumplen con su trabajo día a día.

-No te entiendo.

-Son los otros... los que imaginan fantasmas donde no los hay, los que se esfuerzan en ver peligros y más peligros donde no los hay. El poder, el poder... repiten. Como si la única Iglesia auténtica fuera la perseguida.

-A mí puedes hablarme claro, soy tu amigo.

-Con todo esto, lo que quiero decir que algunos de tus hermanos obispos curiales han introducido en la Regla normas sumamente mortificantes. ¿Qué otra congregación hubiera admitido una figura como la de los comendadores? Y, no obstante, la única respuesta de esta congregación ha sido la sumisión.

Cuando cualquier congregación o instituto secular se extiende y prospera, le felicitan, se alegran. Cuando esta orden prospera, fruncen el ceño. A veces, te lo aseguro, tenemos miedo de que las cosas nos vayan bien y tengamos un año con más beneficios de los esperados. Y desgraciadamente, desde el Cielo parecen empeñados en que nuestro poder crezca año tras año.

-Sí, estoy al tanto de las maquinaciones que se urden contra vosotros. Pero tampoco pienses que la orden es inmaculada. ¿Sabes por qué es poseedora de la fortaleza de San Jorge en el Mar de Tasmania?

-Yo que sé. ¿Necesitaban otro baluarte?

-Nada de eso –repuso sonriendo maliciosamente-. La plataforma se levantó, porque se dieron cuenta de que si tenían un terreno soberano, completamente independiente, serían un Estado. Por eso construyeron esa plataforma en aguas internacionales y la constituyeron como nación independiente. Aunque, eso sí, una nación de 30.000 metros cuadrados, un estado minúsculo. A partir de ese momento, la Orden del Temple no sólo tenía posesiones y fortalezas en distintos países, sino que ella misma tenía un país, aunque diminuto.

El Vaticano tardó varios años en entender la jugada varios años. Roma podía disolver una orden religiosa, entraba dentro de sus competencias. Pero no entra dentro de las competencias del Derecho Canónico disolver un estado independiente. De manera que esos pocas decenas de miles de metros cuadrados suponen un recuerdo constante de que la Orden puede disolverse, pero el Estado continuará. Y si la Orden es disuelta, el Estado quedará libre de reorganizarse como desee. ¿Te das cuenta?

-Creo que eres un poco retorcido. La letra de las constituciones no les prohibía hacer lo que hicieron. Pienso que estás juzgando las intenciones.

-Tranquilo, no es una crítica. Sí, sí, de acuerdo, tus predecesores y el Gran Capítulo actuaron con escrupulosa obediencia al Derecho Canónico y al Derecho Internacional. Eclesiásticamente hablando, los que constituyen la cabeza de la Orden son conscientes de que no pueden propasarse en las atribuciones conferidas a su jurisdicción, pero saben que tampoco el Santo Padre ni sus sucesores pueden ir más allá de las atribuciones propias de su potestad. Un país completamente independiente lo es con todas

sus consecuencias. El Derecho Canónico establece unas reglas de juego claras y precisas, un mecanismo transparente y delimitado de derechos y deberes. Es como un grandioso juego de ajedrez. Ellos se mueven dentro de ese tablero regido por reglas invisibles, se mueven en orden a su conservación. ¿Se les puede culpar por ello? Por supuesto que no. Pero hay que reconocer que es un juego con muchas fichas, con muchas fichas con muchos movimientos, cada ficha con sus propios derechos, jurisdicciones y reglas. Es lógico que en los dicasterios haya gente nerviosa con este asunto.

-Me hace gracia que uses esa comparación. El otro día estaba pensando en ese mismo símil. Pero lo pensé más bien referido a la partida interna de ajedrez que pueden jugar las fichas que constituyen la Orden.

-Pues querido amigo...

-¿Sí, querido arzobispo?

-Que no olvides que hay ajedreces internos y externos. Y en el tablero, las fichas están bastante mezcladas: cardenales, arzobispos, civiles, intereses de este mundo, ideales del otros.

-Y señor arzobispo, ¿contra quién jugamos? -la pregunta del gran maestro a su amigo había sido pronunciada con soniquete travieso.

El prelado británico, sin dejar de pasear, levantó la vista de las flores, hacia el frente. ¿Estaría divisando frente a ellos la formación de fichas oscuras? Era un hombre de gran ironía. Su amigo lo sabía mientras aguardaba la respuesta. El hábil, político y diplomático arzobispo habló como un sucesor de los Apóstoles.

-Las fuerzas de la Luz frente a las fuerzas de las Tinieblas. Los ejércitos de Dios contra las huestes del Adversario. El bien, la

nobleza, la verdad, los más altos valores frente a lo que es malo y oscuro.

-Ah, muchas gracias. ¡Ahora ya lo veo todo claro!

La ironía del Gran Maestro fue contestada con una sonrisa, la última antes de pasar a la cena. Eso sí, al entrar me agarró del brazo y me preguntó:

-Explícame eso de que eres conde de no sé donde y señor de no sé qué.

Me reí a gusto y le dije que lo dejara. Pero insistió. Me contó que lo había leído en una inscripción latina de un salón. Un salón de las varias salas que atravesó antes de llegar a mí. El caso es que no me dejó hasta que se lo expliqué:

-Aunque no lo uso nunca, mi título completo es Gran Maestro de la Orden Templaria, Monarca de Georgeland, Conde de Artois y Señor de North-Wessex.

Mi amigo se echó a reír. Sólo cuando se calmó, siguió pidiendo explicaciones. No paró de preguntar hasta que se lo aclaré todo.

-El primer título, Gran Maestro, es un título religioso, es decir, soy superior de la Orden. El segundo significa que soy rey de un Estado que aunque sea pequeño como una isla, es completamente independiente. A ese Estado, donde está la fortaleza de San Jorge, se le llama Georgeland. Este segundo título es civil y va unido inseparablemente al primero, pero son dos títulos distintos.

Los otros dos títulos son honoríficos y van unidos al título de Gran Maestro. Hace ya muchos años, la República Europea concedió a mis predecesores el título de condes de Artois. La razón era que los templarios siempre habían sido una orden europea y como nosotros habíamos hecho tantas obras filantrópicas por el mundo, quisieron reconocer nuestra labor. Concedernos este honor no le costó nada de dinero a la

República, así que la moción fue aprobada sin mayor problema.

Al recibir este título, el presidente de Níger no quiso ser menos, y concedió al Superior de la Orden y a sus sucesores el título de Señor de North Wessex. El nombre de North Wessex es como se llamó a la ciudad de nueva creación donde estaba situada la Basílica para cuya protección nació la orden. Hoy día tiene un nombre nuevo esa ciudad: Ngnu-Butum-wa. Pero el nombre del título continúa inalterado. ¿Estás conforme ya?

Mi amigo estaba encantado, tenía tantas cosas que contar cuando regresase a la lluviosa Londres. Por el momento se limitó a decir sarcásticamente:

-¿Tantos títulos y vistes con ese sencillo hábito negro y sólo esa cruz sobre el pecho? ¿Puedo llamarte conde?

-Adelante, hoy tenemos pollo para cenar.

-¿En la intimidad basta con que te llame *Excelencia*?

-Si sigues así, te voy a enviar a Londres en el primer vuelo que salga.

A riesgo de su vida, una anaconda debe medir el tamaño de la presa que ha de engullir. No importa que ya haya sofocado a su víctima, que el abrazo de sus músculos haya quebrantado todas sus costillas y vértebras, no importa que obre en su poder la habilidad de desencajar sus propias mandíbulas para que, con la paciencia de lentitud reptiliana, con horas por delante, pueda tragar esa captura. La digestión, la disgregación de esa carne por parte de los jugos, supone un proceso que requiere de varios días. Si la presa es excesivamente voluminosa para el tamaño del ofidio, entonces el proceso de putrefacción de lo

engullido irá más rápido que el de disolución gástrica. Si la putrefacción se adelanta a la digestión, entonces el cuerpo corrompido comenzará a rezumar líquidos cada vez más tóxicos. No pocas anacondas se han retorcido intoxicadas por los humores de su presa antes de morir. Si no somos prudentes, lo mismo podría suceder con la orden templaria.

Debemos medir cuidadosamente el tamaño de cada empresa que acometemos. Defendemos el bien y la justicia, pero si la defensa de esos valores nos llevara a acometer la resolución de conflictos en los que nuestro enemigo es muy superior, entonces nuestra Orden desaparecería. Debemos encargarnos de misiones en las que el enfrentamiento siempre sea contra adversarios claramente inferiores a nosotros. Únicamente así la lucha nos irá fortaleciendo. Nuestra posición puede parecer cómoda, nada idealista. Pero es la única posición posible. El idealismo requiere de una ingeniería de los números que lo hagan posible: correlación de fuerzas, ingresos, gastos. Sin números, no hay idealismo. Sin esos discretos contables en la retaguardia, nuestro idealismo sería nuestra tumba. Podremos seguir siendo idealistas mientras los números sigan manteniéndose en salud. Al templario soldado raso que patrulla en un pueblo de Centroamérica se le pide arrojo, al contable en la Casa Madre se le pide la prudencia del contable.

El ardoroso y sacrificado monje-guerrero puede despreciar al apacible monje encargado de la contabilidad. Pero si el monje-guerrero está allí, donde está, en su puesto, es porque el contable está en la retaguardia, oculto, pero realizando su labor. Por eso nuestra orden no ha medido sus fuerzas con oponentes poderosos, sino que ha preferido enfrentarse a guerrillas, plantar batalla a pequeños grupos de insurgentes y

situar sus castillos en zonas devastadas por la anarquía donde sólo existían grupúsculos.

Estoy convencido de que algunos de nuestros ardorosos hombres que han dejado todo por servir a la causa del Altísimo, deben pensar en sus corazones que gestionamos la Orden como si fuera una empresa. Se equivocan y tienen razón en parte. ¿Qué empresa es ésta a la que sólo la mueven los más altos ideales? ¿Qué empresa es ésta cuyos miembros no sacan ningún beneficio? ¿Qué empresa es ésta que sólo busca el bien de aquellos a los que sirve y la gloria de Dios? No, es evidente que esto no es un negocio. A no ser el negocio de proteger al desvalido que no te puede pagar. Pero por otro lado, esto sólo se consigue si cada año hay beneficios. Luego la congregación debe tener campos que generen ingresos para poder invertirlos en los campos que únicamente dan y darán pérdidas. Cada año las arcas de la Orden deben presentar beneficios, y debemos acumular capital, porque el día que sobrevienen las pérdidas, éstas vienen de golpe. Los años de vacas flacas vienen sin avisar. Todos los priores, condestables y maestros tienen muy grabado en la memoria cuando hace tres décadas, varios descalabros económicos nos obligaron a tomar la decisión de abandonar bastantes misiones que teníamos encomendadas y tener que replegarnos a nuestros monasterios. Por supuesto que no abandonamos físicamente nuestros cuarteles en esas zonas depauperadas. Pero tuvimos que

conformarnos con mantener nuestras posiciones, sin salidas, sin operaciones que supusieran gastos. Años de espera y ahorro para que los beneficios de las pocas misiones que sí que generaban ganancias, fueran rehaciendo nuestras finanzas.

-Creo que debería impregnar el texto de un tono más espiritual -me interrumpió mi secretario-, parece que está hablando al capítulo general. A los condestables, y más cuando se les dice algo por escrito, no conviene hablarles de este modo tan material.

Miré a mi secretario, en los años que ya llevaba como gran maestro, había podido comprobar que sus críticas siempre resultaban valiosas, aunque ésta en concreto no me complacía en exceso. Continué leyendo en voz alta el resto de la carta que debía enviarse a los condestables de la Región IV, donde la murmuración acerca de cómo se estaba llevando la guerra de Nigeria crecía mes tras mes. Nigeria y Chad estaban enfrentadas entre sí en una guerra abierta. Lo que había comenzado como un enquistado conflicto menor había degenerado en una lucha a muerte entre los dos países. Debíamos por todos los medios evitar el vernos involucrados. Ya que si aquella guerra la ganaba Chad, seríamos barridos de Nigeria. Pero muchos de nuestros hombres procedentes del país agredido, no compartían un punto de vista tan aséptico como el mío. Ni siquiera el capítulo general mantenía una visión tan imparcial de aquella guerra.

Contar ^(*), uno no se hace cura para contar, para hacer números. Pero si el servicio al Evangelio nos lleva a convertirnos en los contables de Dios, pues adelante. Una y otra vez, en los años siguientes a mi investidura, me preguntaría si lo ideal no hubiera sido comenzar desde el principio de la historia de la Iglesia una institución espiritual en vez de una Iglesia implicada en las realidades materiales. Las realidades de la materia, las realidades de este mundo... la materia y el espíritu, su aleación siempre es compleja. Una y otra vez no dejaba de preguntarme si aquellos veintidós siglos de historia no habían sido un pacto fáustico. Pero se trataba de una pregunta teórica, más bien una tentación. Dentro de mi corazón, en el interior de mi alma, la seguridad hacía ya mucho tiempo que brillaba. Por eso seguía siendo superior de esta Orden. En ocasiones para hacer el bien al necesitado hay que parecer pecador. Si ése es el precio que hay que pagar por ayudar al prójimo indefenso, páguese

Un mes después, sucedió lo que yo había tratado de evitar con todas mis fuerzas. Siempre quise que la Orden se viera al margen de la guerra de Nigeria, pero Chad había atacado nuestros monasterios. La mitad de nuestros castillos fueron arrasados en un sólo día. Había sido un ataque premeditado y largamente preparado, a sabiendas de que habíamos tenido un cuidado exquisito en no inmiscuirnos para nada en la guerra entre esos dos estados. Un ataque a pesar de que expresamente se había enviado a Djamena, la capital, un legado de la congregación para ofrecer todo tipo de seguridades de que los

templarios se mantendrían en sus monasterios ajenos a cualquier intervención. El presidente Hamin había iniciado en su país una persecución contra la Iglesia Católica desde hacía un año, pero jamás pensé que osase atacar nuestros castillos.

Por eso hoy hago lo que jamás creí que iba a hacer: dirigir el ataque templario contra una parte de la frontera de Chad. El Gran Capítulo unánimemente decidió que las fuerzas templarias de Nigeria debían unirse en un gran ataque, en un supremo esfuerzo que demostrase al presidente Hamin que no se ataca nuestros monasterios en vano. Si las casas de nuestra orden en Nigeria iban a ser barridas, desde luego no desaparecerían sin plantar cara.

¹ *Y Jesús les dijo: el que tenga una bolsa cójala, también una alforja, y el que no tenga, venda su manto y cómprese una espada.*
Evangelio de San Lucas, capítulo 22, versículo 36

La Galia está toda dividida en tres partes: una que habitan los belgas, otra los aquitanos, la tercera lo que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos éstos se diferencian entre sí por en lengua, costumbres y leyes. A los galos separa de los aquitanos el río Garona, de los belgas el Marne y Sena. Los más valientes de todos son los belgas, porque viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia...

GUERRA DE LAS GALIAS
COMIENZO DEL LIBRO I



Lo mismo que Cayo Julio César dio inicio a su narración de la campaña gálica describiéndonos la Galia de aquel tiempo lejano, así yo también debería comenzar con la descripción del África en el momento histórico en que estoy escribiendo estas líneas: el año 2193. Tanto tiempo he pasado en este continente que en verdad debo llamarlo mi continente, aunque yo, fray Alain, Gran Maestro de esta orden de guerreros y a pesar de mi nombre francés, sea un irlandés oriundo de Carrantuohill.

El África de este siglo XXII no tiene nada que ver con el África que recorrió Livingstone, aquel continente inexplorado, virgen, cubierto de junglas que nadie había pisado aún. El misterio que embargó a aquellos exploradores victorianos al internarse en tierras incógnitas nunca volverá. Esa magia desapareció para siempre y ya no volverá. Esos hombres del bello Imperio Británico entraron en este continente como el que pone sus pies sobre nieve virgen, como el que abre una caja cerrada durante milenios: un cofre de miles de kilómetros de extensas sabanas y poblados, cataratas y montañas.

África ya no posee lugares ignotos sin cartografiar. Y no es porque las tierras

africanas no sigan cubiertas por impenetrables selvas, ni por doradas sabanas. El 80% de las tierras de este continente siguen en una situación de relativa preservación y ofrecen la placentera sensación de que el tiempo no ha pasado. Aunque cualquier cosa puede dejar de pasar, salvo el tiempo. El tiempo nunca pasa en balde. Las fronteras entre países siguen más o menos como se dejaron en el proceso descolonizador del siglo XX.

Pero la anarquía que se extendió como un fuego destructor a finales del siglo XXI por todo el centro del continente produjo dos ligeros cambios en el mapa: la aparición de tres microestados creados a los comienzos del siglo XXII, y la fundación de una veintena de ciudades-estado. Los portentos de la revolución biológica con su secuela de fecundaciones *in vitro* masivas para clonaciones de repoblación humana, hicieron que el territorio del Estado de Nueva Escandinavia fuera enteramente colonizado por europeos de raza nórdica.

Jamás nadie llegó a imaginar que tendríamos en la frontera entre Níger y Chad ese país nacido de la nada, poblado por unos cuantos millones de habitantes todos rubios, de ojos azules y con el rostro alargado típicamente noruego. Jamás nadie llegó a imaginar que veríamos erigir sobre nuestro suelo una veintena de ciudades verticales y populosas, que en el aire de sus construcciones son enteramente hijas en la estética de la Hélade y los foros itálicos. Quién iba a decirnos que aquellos zulús, dinga y masai, hombres de piel de ébano y pelo crespo algún día andarían por las calles de ciudades erizadas de rascacielos que suponían una brutal ruptura con la tradición de sus antepasados. No obstante, estas ciudades repartidas por la geografía del continente afortunadamente habían preservado el aspecto típico de nuestro

continente negro, concentrando el desarrollo urbanístico en áreas muy localizadas.

He dicho *continente negro*, aunque ya no sé muy bien si llamarlo *negro* puesto que esta colonización de masas fecundadas *in vitro* se ha encargado de fundar enteras colonias europeas en este solar ancestral. Lo que los griegos hicieron en su día en las costas mediterráneas, ahora se repetía en este vasto continente de llanuras inacabables.

Pero prosigamos con la descripción de estas tierras, como lo hiciera antes César con las que recorrió hace dos mil doscientos años. África esta dividida en tres grupos de naciones. Las naciones pertenecientes al ámbito de influencia de Europa, las naciones que gravitan alrededor del eje del poder de la potencia trasatlántica -los Estados Unidos-, y por último el grupo de naciones que mantienen tenazmente su resistencia a entrar en los campos de influencia de las superpotencias. Una tercera parte de los países siguen sin abandonarse a los beneficios de los tratados comerciales preferentes ni a la seguridad de los pactos militares. Pero los grandes poderes mundiales ejercen, como si de agujeros negros se tratase, una fuerza gravitatoria verdaderamente descomunal.

Los dos gigantes del mapamundi son la emergente y pujante República Europea y el consolidado poder de las naciones del continente americano, con los Estados Unidos de América como centro. Ambos poderes militares y tecnológicos compiten comercialmente a escala planetaria. Convenios económicos, alianzas de defensa, acuerdos sobre intereses comunes, van conformando las distintas alineaciones de las capitales africanas. Capitales que no infrecuentemente juegan un papel ambiguo. Gobiernos que a veces mantienen una postura altivamente neutral, mientras dejan que los embajadores extranjeros y los enviados

especiales flirtean con ellos. En este escenario de negociaciones, en ocasiones, hasta el distante poder de Japón hace sentir su lejana pero sin duda titánica influencia.

La fuerza de los grandes bloques de naciones no se deja sentir de manera violenta, salvo en los contados casos en que dos pequeños países rivales en guerra tengan detrás de ellas a dos colosos planetarios. Desde hace veinte años, la lejana y pretérita guerra de Vietnam es como si volviera a reproducirse en cuatro o cinco puntos del inacabable mapa africano. Europa apoyando a un bando y Estados Unidos al otro, y ninguno queriendo ceder. Ambas superpotencias se enseñan los dientes, sacan músculo, venden material militar y envían asesores. Ninguna quiere perder ni un solo kilómetro cuadrado de influencia.

Y en uno de esos focos de tensión estaba radicada mi orden. Mis templarios sabían por qué luchaban, no creo que los pobres soldados rasos nigerianos que he visto camino de este frente lo tuvieran tan claro. Seguro que esos desgraciados reclutas de reemplazo no acaban de entender las insondables razones de sus generales para haberlos metido en esta guerra. La razón de la desavenencia entre esta aparente democracia y la ficticia democracia vecina es lo de menos. La razón es tan antigua como farragosa. La causa profunda, como ya he dicho, está en el choque de aquellas dos grandes placas tectónicas, la del Viejo Continente y la washingtoniana, placas tectónicas del poder. Los dos gigantes geopolíticos se hallaban presentes también aquí en estas tierras del hemisferio sur, jugando su gran juego, su gran partida planetaria. Nosotros, en medio, éramos lo de menos. Ellos ponían la maquinaria de guerra, el pueblo llano los muertos.

Pero una vez hechas estas aclaraciones, diré que hice aterrizaje en mi campamento un 30 de mayo. Jamás olvidaré la experiencia que supuso para mí el primer día que llegué al frente, el ver a nuestras fuerzas acampadas diez kilómetros en el interior de Chad y prestas para entrar en combate. Por un momento creí en el noble arte de la guerra. Por un momento me obnubiló el espectáculo estético de aquella maquinaria de guerra acumulada, destructiva, perfectamente engrasada, demoledora, precisa, rezumando fortaleza.

Veía llegar a los soldados de infantería nigerianos con sus mochilas a cuestas, con sus uniformes color verde oscuro camuflaje, y lo primero que hacían era contener el aliento ante las alineaciones de casamatas metálicas que sobresalían por encima de la espesura de la jungla. Se trataba de estructuras defensivas rectangulares de color blanco, coronadas por antenas y baterías cargadas de obuses. Aquellas defensas habían sido situadas tan solo un día antes, y ya llegaban hasta el punto más lejano de la vegetación que alcanzaba la vista, se perdían en aquel horizonte de densas junglas oscuras. Junto a aquellos grandes elementos metálicos rectangulares pintados de blanco se movían fatigadas hileras de infantería. Acababan de llegar todas esas columnas de la infantería nigeriana para reforzar nuestra posición. Los templarios tenían asignado aquel sector del frente. Debo decir que las fuerzas templarias suponían el 8% de las fuerzas desplegadas en esa zona de la frontera entre Chad y Níger, el resto eran nacionales.

Puesto que he mencionado que era de noche, no estará de más referir que cuando llegué al campamento eran las tres de la mañana. *Mañana se levantarán a las seis*, me comentó un coronel señalando a las hileras de infantería que seguían llegando

ininterrumpidamente al extenso cuartel y a cuyos soldados se les estaba asignando sus tiendas de campaña. Los todoterrenos iban y venían por aquella línea de defensas metálicas. Detrás de aquella línea defensiva de vigilancia, estaba la selva sin caminos, el enemigo, un ejército tan impresionante como el nuestro.

Había insistido yo en inspeccionar rápidamente el campamento antes de irme a la cama. Pronto llegamos al sector donde estaban las tiendas de campaña. Detrás estaba la franja con todos los vehículos-orugas cargados con las baterías de misiles tierra-tierra. Al día siguiente entrarían en combate.

Podía imaginar como en esos momentos, dentro de aquellas tiendas, los nuevos reclutas se meterían dentro de sus sacos, oyendo al veterano de turno de al lado. Unos hablarían de deporte o de conquistas amorosas. Quizá un veterano les contaría que allí, en el campamento en el que estaban acampados, sólo había fuerzas de infantería y que el apoyo aéreo venía de bases situadas en la llanura de Bobo-gna-lasso. Quizá les contaría que los grandes aparatos aéreos venían de bases situadas en suelo europeo, que cumplían su misión y que volvían de nuevo a sus hangares en Sicilia o en Alemania. Explicaciones de ese tipo, de muchos tipos, más o menos exactas, más escuetas o más adornadas de detalles, se oírían en las tiendas mientras todos, metidos en sus sacos, tratarían al mismo tiempo de oír y de dormirse cuanto antes.

Mañana verían en acción todo aquello de lo que les hablaban los más veteranos. Indudablemente que a los recién llegados les resultaría interesante escuchar las cosas que decían los que llevaban más tiempo allí, pero seguro que estaban tan cansados que se dormirían al instante. Todos se dormirían de inmediato, agotados por tantos kilómetros

recorridos, seguro. También yo, agotado, me dormí al instante.

Antes de amanecer, todos tendrían que levantarse de nuevo y los más veteranos retomarían sus explicaciones en la tienda mientras todos se vestían y mediolavaban. Les explicarían que las llamadas *fortalezas volantes* -grandes bombarderos- despegaban cada mañana de las plataformas flotantes que la República Europea tenía fondeadas a veinte kilómetros de las costas de Somalia, a descargar su pesado cargamento de pesados obuses (de una tonelada cada uno de ellos) sobre la larga línea del frente.

Aquellos reclutas al oír aquello tendrían miedo, nada sabían que, en cambio, los Estados Unidos disponían en una base de Gabón de un nutrido número de cazas supersónicos. Se supone que aquello debería haberles tranquilizado de haberlo sabido. En cualquier caso, poco importaba saberlo o no, pronto ellos estarían en medio. Verían todo desde la mismísima primera fila. Yo, como comandante en jefe de las fuerzas del Temple, sería espectador de todo lo que ocurriera a muchos kilómetros, desde el puesto de mando, a través de las pantallas. Yo sería un espectador seguro, no llevaría una mochila a mis espaldas, ninguna mina explotaría bajo mis pies. Ir a la guerra así, era como ir al cine. Me sentía mal, pero sabía que las cosas tenían que ser así. El orden de este mundo era ése. A esos muchachos, no les ayudaría en nada lanzándome con ellos por esos caminos. Y dado que la guerra debía hacerse, era mejor hacerla bien.

Cuando dieron orden de avanzar, una de nuestras columnas templarias flanqueada por tropas nigerianas, se internó por aquella selva en la que nuestra maquinaria había practicado en un tiempo record, dos horas antes, anchos senderos arrasando lo que

encontró en su camino, compactando la tierra que iban a pisar las botas de los soldados. Los hombres penetraron en aquella masa vegetal como hormigas introduciéndose en la hierba. No tardaron ni veinte minutos en escuchar unos silbidos. A lo lejos vieron expandirse grandes esferas de luz muy brillante: eran explosiones.

Nuestros regimientos, que comenzaban a desplegarse, no debían saber a ciencia cierta si esas explosiones eran nuestras o enemigas. La verdad es que unas eran de las fuerzas del Chad y otras eran nuestro fuego de réplica. En medio de aquellos estallidos, los sargentos recordaron a gritos a aquellos hombres despavoridos que la orden era avanzar justamente hacia allí, hacia la zona donde más explosiones resplandecían. Pronto comprenderían lo que significaba la expresión *carne de cañón*. La columna era de muchos millares de hombres y morían como moscas, como hormigas, como pequeños insectos en medio de fuerzas gigantescas. Metralla que salía disparada en todas direcciones, explosiones, silbidos continuos que pasaban a un palmo de todos aquellos hombres: de todos los regimientos nuevas hormiguitas humanas caían. *Avanzad, avanzad*, les gritaban guturalmente nuestros subtenientes. Nosotros teníamos conexión directa en audio y video con la cabeza de nuestras columnas. La resistencia de las filas enemigas se movía en los límites de lo previsto.

Era de suponer que alguien quedaría vivo en medio de aquellas detonaciones que hacían temblar el suelo. Más atrás, el grueso de nuestras fuerzas de infantería avanzaban, pero eran más bien aquellas explosiones las que cada vez se aproximaban más hacia nuestros regimientos. Seguro que esos hombres de buena gana hubieran querido tirar sus pesadas mochilas y huir hacia atrás corriendo, pero no hizo falta que huyeran,

pronto vimos en el centro de mando que una gran explosión surgió de la nada en el lugar donde se hallaban tres batallones que con la hierba hasta la cintura trataban de alcanzar la posición señalada.

Antes de que se dieran cuenta de qué pasaba, una bomba de vacío les fulminó allí donde estaban, ni siquiera saltaron por los aires. Me volví con cara indignada hacia uno

de los oficiales que tenía a mi lado. En teoría, esa zona estaba protegida por el sistema antibalístico. Pero ya se veía que no del todo. No le dije nada a ese coronel que, de pie, se limitó en silencio a inclinarse un poco y a apoyar sus manos sobre la mesa que tenía delante. No pasaba nada, eran sólo tres batallones. Eso ni decantaba la guerra, ni siquiera la batalla.

Teniendo César aquel invierno sus cuarteles en la Galia Cisalpina, veníanle repetidas noticias, y también Labieno le aseguraba por cartas que todos los belgas se conjuraban contra el pueblo romano, dándose mutuos rehenes; que las causas de la conjura eran éstas: primera, el temor de que nuestro ejército, sosegadas una vez las otras provincias, no se revoliese contra ellos; segunda, la instigación de varios nacionales: unos, que si bien estaba disgustadas con la larga detención de los germanos en la Galia, tampoco llevaban a bien que los romanos se acostumasen a invernar y vivir en ella tan de asiento...

GUERRA DE LAS GALIAS
COMIENZO DEL LIBRO II



La batalla había terminado y dos días después me encontraba atravesando la gran sala corrida del hospital militar de Bangassou. Vestido con mi coraza, seguido de otros oficiales, rodeado por varios médicos, saludaba a mis hombres heridos. Visitaba lo que quedaba de una gran mortandad, pero el frente enemigo había cedido. La Orden había conocido su primera victoria en una guerra abierta de grandes dimensiones. Dimensiones mucho mayores de lo que hasta entonces habían conocido nuestras crónicas.

La larga sala corrida de techo muy alto, estaba llena de camas bien ordenadas en seis hileras dobles. Aquella sala era inacabable. Sólo en ella debía haber, por lo menos, doscientas camas. Las sábanas eran blancas, las batas del personal eran blancas, también el suelo. Despertar en uno de esos lechos debía ser como despertar en un cielo blanco, cuyos ángeles eran los miembros del personal sanitario. Doctores de raza negra y negras enfermeras en medio de aquella

blancura hospitalaria. Aunque me acercaba a alguna que otra cama, me limitaba más bien a saludar desde el pasillo del centro de la sala, a los convalecientes. Saludaba a aquellos hombres a aquellos hombres sin manos ni piernas que en la lotería de la vida les había tocado vivir.

Nuestros templarios habían perdido sus ojos, sus mandíbulas, otros miembros, por una noble causa considerada en su conjunto. Pero los otros soldados, los nigerianos de reemplazo los jovencitos enviados al frente a la fuerza... Saldrían de este hospital, mostrarían sus muñones y se sentirían muy orgullosos de haber quedado inválidos por una disputa comercial entre grandes superpotencias.

Como es lógico esto último lo digo con ironía. Lo que no es una ironía es que alguien en un despacho de unas tierras del norte de otro continente, tierras que ellos nunca visitarían, decidió que no iban a permitir la pérdida de su influencia en el paralelo 38 de África.

Una decisión en un limpio despacho enmoquetado, que supuso la pérdida de los miembros de estos chicos. Una decisión que supuso que en un sola mañana se llenaran las camas de este hospital con cuatro mil heridos de guerra. Y eso que la suma total de heridos de esta batalla los heridos está distribuida en ocho hospitales. Ocho hospitales se llenaron de dolor y amputaciones por el honor de unas banderas que ondean en latitudes mucho más frías y norteñas. Ni todo el esplendor de Occidente les devolvería su mano o volvería a llenar la cuenca de su ojo.

Pero Occidente sigue luchando en esta frontera. Nigeria y Chad están asolados por esta riña entre colosos. Pero después de tanto tiempo nadie (ni ellas, ni las naciones que están detrás de ellas) daría su brazo a torcer. Ceder supondría ofrecer la evidencia de que la

potencia que hay detrás de los peones, comienza a dar signos de debilidad. Una gran potencia debe dejar bien claro que una vez que da su palabra de proteger a un peón, no cederá. Ya no queda mucho país por el que los nigerianos deban continuar su lucha, pero mientras queden hombres será posible el suministro de material para continuar.

Cuando uno medita acerca del mundo tras una visita a estas hileras de camas, se siente una cierta inclinación a considerar que el mundo va hacia la hecatombe, pero no es así. El mal de la guerra está focalizado en unos cuantos puntos. El resto del continente africano vive una época económicamente floreciente. Mi continente, ya lo llamo mío, florece. Casi todo el año lo paso en la Casa Madre radicada en Madagascar, así que, después de tanto tiempo afincado aquí, ésta es mi tierra.

Nuestros intelectuales africanos han llamado a esta época *nuestro siglo de Pericles*. A lo largo del siglo XXII, hemos visto emerger toda una constelación de excepcionales pensadores africanos. En cierto modo, podemos decir que hemos gozado por fin de nuestro Empédocles zulú, de nuestro Sócrates batusi, de nuestro Platón boshongo.

Aunque no deja de ser curioso el que los libros más leídos en África son *El corazón de las tinieblas* de Conrad, y *Memorias de África* de Dinesen. Tiene gracia, los africanos

siguen leyendo las visiones que de esta tierra han escrito los que han venido de fuera. Y, además, visiones de un África que ya no existe. Quizá ésa es la razón de que sean clásicos. Ellos contemplaron con sus ojos un continente que ya nunca volverá.

Desde luego, a partir de ahora, algunos de estos pobres soldados van a tener toda una vida para poder dedicarla a la lectura. Un buen número de estos chicos saldrán de aquí no andando, sino en silla de ruedas. Claro que ellos no deberían quejarse, al menos viven.

Una vez más, aunque siento tentaciones de hacerlo, voy a ahorrarme explicar el origen del conflicto. Es un asunto tedioso, intrincado y hay varias versiones sobre el tema. Además, para ellos, para los técnicos vestidos de civiles que vienen pagados por las superpotencias y que tienen sus casas en los barrios residenciales de sus grandes urbes, esto no es para ellos una guerra, sino un mero conflicto regional, una mera campaña más dentro de un marco mucho más amplio. El problema es que estas campañas se han enquistado, todas se prolongan de un modo tal que jamás lo esperaron. Son como una enfermedad cuya cura todos esperan pronto, pero que no acaba de cicatrizarse. Estos chicos heridos que tengo a ambos lados del pasillo, son las células en medio del pus y la infección.

Estando César de partida para Italia, envió a Servio Galba, con la duodécima legión y parte de la caballería, a los nantuates, veragros y sioneses, que desde los confines de los alóbroges, del lago Lemán y del río Ródano, se extienden hasta lo más encumbrado de los Alpes. Su mira en eso era franquear aquel camino, cuyo pasaje solía ser de mucho riesgo y de gran dispendio para los mercaderes por la tribu de los protazgos. Dióle permiso para invernar allí con la legión...

GUERRA DE LAS GALIAS
COMIENZO DEL LIBRO III



Mañana dejo Nigeria y vuelvo a la Casa Madre, el frente se aleja de aquí día tras día, y nuestras columnas prosiguen su avance en territorio enemigo. Hago mi última visita a los hospitales. Salgo ya de las salas donde están los pacientes templarios y me dirijo a la sala de los soldados regulares de Nigeria. Allí, en medio de mis recorridos, de mis preguntas, de mis breves conversaciones con algunos de ellos, veo a dos pacientes, con un tablero entre las dos camas, que interrumpen su partida de ajedrez al entrar yo y mis acompañantes en la sala. No digo nada, pero imagino que para ellos será inevitable tener la sensación de que al final han jugado con ellos al ajedrez. La sensación de que la victoria del rey negro o blanco no es la de ellos dos, convalecientes. Que ellos son los peones. Y que los peones caen como moscas.

Después de mis visitas a los hospitales, comprendo mejor que Julio César, Napoleón y el resto de sanguinarios forjadores de la Historia no eran héroes, sino jefes de matadero. No sólo no deben ser

honrados como grandes hombres, sino que deben ser repudiados como despreciadores de los hombres.

A pesar de las estatuas y pinturas que los honran, ellos son los hombres que pusieron sus ambiciones por encima de la vida de otros seres humanos con una vida tan maravillosa como la de ellos. Hoy tienen sus efigies en mármol gracias a ciegos, mutilados, amputados como los que tengo ante mi vista. No, no fueron grandes hombres. Mi desprecio hacia ellos crece de día en día. Ya nunca podré volver a leer los libros de Historia con la inconsciencia de antes. Cada trozo de terreno que conquistaron, lo hicieron con muchachos como estos, también ellos fueron arrastrados a la fuerza, ninguno fue por propia voluntad. Los soldados nunca tienen nada que ganar de la guerra.

La visita al hospital ha acabado. Al volver sobre mis pasos para salir por donde había entrado, un joven templario me detiene desde su cama, llamándome, quiere dirigirme unas palabras. Me paro, me acerco a él y le escucho. Presiento que él es de ese tipo de personas, que siempre te quiere retener durante unos minutos, porque tiene que decirte algo muy importante. Aunque al final siempre es lo mismo: unas veces visionarios, otras veces mentes simples que encuentran la solución a todo en recetas de gran sencillez. Siempre me esfuerzo por oír condescendentemente as mismas cosas que ya he escuchado mil veces. Éste joven pertenece al grupo de las mentes simples. Me da una serie de consejos que él considera esenciales para el bien del mundo. Su minúsculo discurso, inútil, contiene un dato que me parece muy curioso. Y es que una de las cosas que me comenta es que se dirigió al frente, aquella mañana, escuchando a Haendel, a través de unos auriculares ocultos por su casco. Está prohibido escuchar música

durante las operaciones militares, para poder oír con más claridad las instrucciones de los suboficiales, pero no obedeció. Me dijo, que si le mataban, quería pasar de este mundo escuchando a Haendel. Me imagino que jamás se le pasaría ni remotamente por la cabeza a aquel músico alemán de casaca y peluca, afincado en la corte londinense, el que un hombre de color, en Nigeria se dirigiría a la guerra escuchando un aria suya en este lejano siglo XXII. Su *Música Acuática* en medio de la selva centroafricana... jamás pudo imaginar algo así. La vida sigue dando vueltas, el bombo de la historia sigue moviendo las bolas produciendo las más extrañas combinaciones, las secuencias más inverosímiles.

Por fin de nuevo en la Casa Madre, la Fortaleza de San Miguel, el único lugar del mundo que ya considero mi hogar. Otra vez la vida regular, la paz. No deseaba otra cosa al volver que sumirme de nuevo en mis pacíficas ocupaciones de gestión, que mi vida monástica prosiguiera su tranquilo curso.

Mientras atravesando aquel aire despejado, nos aproximábamos en mi aeronave, la sola visión desde la ventanilla de mi aeronave del monasterio-fortaleza alegró y al mismo tiempo serenó mi corazón. Mis ojos se quedaron pacíficamente fijos en el gran alcázar de hormigón que como una peña de piedra gris sobresalía orgulloso entre toda esa vegetación tropical.

Al día siguiente, al sentarme en mi despacho, me esperaban los amenazadores informes de lo que estaba sucediendo en Europa. El Viejo Continente se estaba lanzando hacia una posición de mayor enfrentamiento contra la Iglesia. Afortunadamente en Europa y Estados

Unidos, nuestra Orden no tenía ningún interés que defender. Dos lugares donde no nos habíamos establecido. Algo lógico, pues nosotros debíamos estar donde nos necesitaran. Y eso suponía, casi siempre, radicar nuestras casas en lugares pobres. Aun así, los informes resultaban especialmente preocupantes. Sin embargo, pronto otros informes sobre cuestiones prácticas relativas a nuevos asuntos, desplazaron aquellos papeles.

Fui a dar un paseo, una noche de insomnio, veinte años ya al frente de la congregación, el calor tropical de la isla se hacía notar. Dar vueltas sin rumbo por el monasterio central de la Orden, mientras los monjes duermen, supone un placer lleno de misterio. La Casa Madre tiene el templo en el centro justo de la fortaleza. Una iglesia que goza de dimensiones catedralicias. Sin ser pretender caer en el vano orgullo, pero siendo sinceros, nuestro templo tiene más longitud que cualquier catedral francesa medieval. Para qué negar que es una construcción soberbia. Una vez que se han atravesado los pórticos y el atrio, se encuentra uno frente a una verdadera selva de columnas góticas.

La entera iglesia semeja una gran sala capitular. Como una sala capitular dividida en nueve partes cuadrangulares. En una de las innumerables capillas que se le han ido adosando generación tras generación, se halla la entrada a la cripta. Digo *a la cripta*, pero debería decir *a la cripta de San Olav*, porque la iglesia posee tres criptas: la de San Olav rey de Noruega, la de San Luís rey de Francia y la de San Fernando rey de Castilla.

En mitad del silencio de la noche, recorrí las salas la cripta de San Olav. En esas estancias subterráneas, unas situadas a más profundidad que otras, unidas por galerías y escaleras, están enterrados todos y cada uno de los monjes que han fallecido en ese

monasterio. Un mundo subterráneo verdaderamente poblado de sombras, ya que carecía de iluminación alguna. Cada uno de los que ingresaban en él, debía portar uno de los faroles que se hallaban en las hornacinas de la entrada.

Dado el entorno en el que se desarrollaba mi paseo, no hace falta insistir en que atravesar ese lugar a aquellas horas hubiera supuesto para muchas personas una experiencia impresionante. Pero no para mí. Sabía que no son los muertos los que nos deben dar miedo, sino los vivos. En una cripta sólo hay cuerpos sin vida. Paseaba como un modo de meditación. Aquello para mí era como un libro donde se explicaba la vanidad de las cosas, la fugacidad de la vida, el sentido de todo.

Suponían para mí un especial motivo de reflexión, las estatuas de los frailes difuntos, hermanos míos que en vano buscaría en el mundo de los vivos. En cada sala subterránea había en su centro varios sepulcros que representaban en piedra a caballeros con sus armaduras, con sus protecciones de cota de malla, como si estuvieran durmiendo sobre las losas. Unos era como si durmiesen, otros tenían las manos juntas sobre el pecho como si rezaran. Alguno en un alarde de singularidad (que debía corresponder a alguna singularidad de su vida) tenía algo entre sus manos. Uno mantenía abierto un libro en un acto de eterna lectura, otro agarraba un mapa, uno más lejano sostenía una extraña pequeña maquinaria. Más frecuente era encontrarse con figuras que hacían gesto de, en un supremo esfuerzo, desenvainar la espada: eran los que habían muerto en combate. También había muchas urnas con cenizas, ya que no todos habían podido ser traídos desde lugares distantes con su cuerpo.

Sí, ese paseo nocturno era como la lectura de un excelente libro de meditación. Buena parte de la tarde antes de la cena, la había dedicado a leer una obra de Santo Tomás de Aquino, su *Explicación sobre el Evangelio de San Juan*. Allí, en un párrafo, el Doctor de la Iglesia había enseñado hacía ya muchos siglos:

El oficio del buen pastor es la caridad; de donde se dice: el pastor bueno da su vida por sus ovejas. Nótese la diferencia entre el pastor bueno y el malo: el pastor bueno busca el beneficio de la grey, el malo su propio beneficio.

Aquellas breves líneas me habían impactado notablemente. El sacerdote es un pastor y busca el bien de sus ovejas. Si está enferma, la cuida. Si necesita enseñanza, la instruye. Si es pobre, la socorre. Pero si la oveja es asesinada, extorsionada o atemorizada, ¿no deberá protegerla? El báculo de los obispos simboliza la larga y dura vara de los pastores, arma con la que se golpea a las bestias que tratan de llevarse entre los dientes alguna cría. El báculo de los templarios -sonreí- no era precisamente una vara, sino regimientos, aeronaves de transporte, cuarteles. ¿Buscaban su propio beneficio? Nada tenían propio. Su vida era más austera, en ocasiones, que la de aquellos a quienes defendían. ¿No debía el pastor proteger la vida de sus ovejas? El beneficio de la grey primeramente. Sí, no debemos vacilar, si la caridad precisaba de hacer la guerra, se hacía, sin contemplaciones. La vacilación ya es una forma de debilidad, una debilidad en la práctica del bien.

Miraba aquellos sepulcros de hombres valientes, aguerridos, monjes que dedicaron muchas horas a la oración, religiosos virtuosos, ardorosos. Nadie entra en la Orden sin ardor. No tenía ninguna duda. Aquellos monasterios-castillo eran baluartes no de un

poder meramente terrenal, sino baluartes de la virtud. Di gracias a Dios aquella noche de haber recibido sobre mis hombros la protección de aquella orden militar. Hacía tiempo que ya había alcanzado la tranquilidad de mi espíritu, la resignada aceptación de mi cargo, incluso desde antes de aceptar la investidura. Pero entonces, en esa cripta, en esa noche calurosa que no se sentía bajo tierra, aprecié más plenamente el deber sagrado de proteger la vida corporal de mi rebaño espiritual.

La cripta de San Olav, en cierto trecho, descendía a través de unos amplios escalones, hacia todavía mayores profundidades. Los peldaños de esta caliza menos dura, por el uso estaban encantadoramente más desgastados y pulidos por el centro- Estos escalones daban a una sala con bóveda de crucería y columnas. A mitad de la sala, había una verja formada de nudos y entrelazamientos célticos. Abrí con mi llave aquella cerradura. Detrás de ese enrejado, comenzaba la capilla de Santa Sunniva, donde descansaban los sepulcros de los Grandes Maestres.

Los seis sepulcros los representaban con sus ojos abiertos, con esos ojos fríos y hieráticos sin pupilas, como mirando al más allá, al infinito. La piedra los mostraba con sus hábitos religiosos, con la capucha echada, agarrando la empuñadura de una espada sobre su pecho. Uno tenía un león a sus pies haciendo las veces de escabel, otro un pequeño dragón, otro un águila, un cuarto reposaba sus pies sobre un basilisco, otro sobre dos halcones que agarraban una sola serpiente. Observando con detalle las figura de mármol blanco del halcón de la izquierda, me percaté de que con su pata izquierda agarraba, casi aplastándolo, un pequeño escarabajo. Al día siguiente, encontré la razón histórica de esta peculiaridad en las crónicas

de la orden, guardadas en la pequeña biblioteca circular de la Torre Este.

El sepulcro marmóreo de mi inmediato predecesor se hallaba vacío. Su cuerpo todavía estaba en un ataúd en tierra. Allí debía pudrirse aún cinco años más. Después se exhumaría y se colocaría en la cripta. Y aun así, dentro del sepulcro, el ataúd sería cubierto de abundante tierra. Mis antecesores en el cargo, aunque han podido poseer luminosas almas, han vivido en moradas terrenas de carne que se descomponen de un modo terrible. Una a una miré la inscripción de cada uno de los Grandes Maestres. Éste había sido antes benedictino. Ni más ni menos que abad de Beuron: ABBAS BEVRONENSIS EMERITVS. Toda una vida, antes de entrar en la Orden, resumida en tres palabras. Una existencia resumida en una inscripción. El de más allá fue obispo de la isla de Mallorca. Éste fue aclamado por todos como afamado teólogo en París. Éste otro monseñor ostentó elevadas responsabilidades en la Congregación para la Doctrina de la Fe. Cada gran maestre tenía una historia detrás. Cada uno había debido tener una gran historia para llegar a ocupar este puesto.

Cada templario recibía sepultura en la cripta del monasterio donde fallecía. Sin embargo, los Grandes Maestres estaban todos enterrados en la Casa Madre, todos habían muerto en ella. En esta capilla de Santa Sunniva se celebra misa tres veces al año. En el amanecer del día 2 de noviembre, día de todos los difuntos, un sacerdote revestido con casulla negra, acompañado de dos acólitos, celebra en latín la misa *pro defunctis*. El 2 de diciembre, justo al mediodía, yo soy quien celebra misa por el descanso de sus almas. El 2 de enero, ya en el nuevo año, los maestros presentes en la Fortaleza de San Miguel y yo concelebramos, a las seis de la tarde, la última misa de la serie. Durante nueve meses, se

cierra la verja, nadie dice misa sobre este altar y ninguna luz vuelve a iluminar estos reinos de quietud. Salvo que el custodio de una de las tres llaves de la verja que hay en la fortaleza, en una ardiente noche tropical, decida darse un paseo solitario atenazado por los fantasmas, no de los muertos, sino de sus dudas y vacilaciones.

Claro que mis dudas no tienen que ver con la licitud de la obra por la que lucharon estos hombres enterrados aquí. Sino con la trascendencia que cada decisión mía tiene sobre la vida y la muerte de otros seres humanos hermanos míos en esta congregación. Los que me precedieron en el cargo y Santa Sunniva sin duda me ayudarán desde el cielo.

Hay toda una historia de por qué se dedicó esta capilla a esta legendaria santa princesa irlandesa del siglo X. La tradición sobre la santa, sobre su vida en una cueva noruega, sobre su viaje en un barco sin remos, ni vela, el hallazgo de su cuerpo en una isla por dos campesinos... ¿por qué habiendo tantos santos, dedicaron justamente a una santa así esta capilla? Los Grandes Maestros descansan para siempre en la capilla de una santa de leyenda.

Qué pena que sean muchos los cristianos que consideran a estos difuntos hombres armados como cristianos bienintencionados, pero profundamente equivocados. Miré la faz de esos rostros esculpidos, inmóviles, y pensé que sólo ellos habían sabido a cuántos habían ayudado. Cuántos hombres habían vivido mejor porque ellos hicieron entrega de su vida a aquella forma de vida incomprendida y admirada a la vez, quizá a partes iguales. La cripta era un lugar óptimo para recogerse y pensar las cosas de nuevo. Allí se veían las cosas más claras. A la luz de la eternidad todos los problemas se volvían cristalinos. Mirad los problemas

*sub specie aeternitatis*², repetía incansable el tercer Gran Maestro de la Orden. Regresé subiendo primero los desgastados peldaños de la escalinata de piedra caliza, y después internándome en la consecución de salas y galerías, hasta llegar a la última escalera.

Si uno paseaba por ahí durante el día, siempre podía hallar a algún que otro monje haciendo un rato de oración en la cripta. Por todos los moradores del monasterio-castillo era tenido como un lugar propicio para meditar.

Sin embargo, por esas galerías, me vino a la mente el versículo que reza *mi Reino no es de este mundo*. Esas palabras también eran un recuerdo de que ellos eran tan sólo una medida de emergencia, un remedio excepcional, aunque la Orden durase ya un siglo.

Me marché a mi celda. Al día siguiente, tenía dispuesto dedicar todo el día a la lectura de la Biblia y a meditar la ya comenzada obra de Santo Tomás de Aquino. Esos días de retiro espiritual me eran muy necesarios. La gente piensa que los monjes sólo oran. Pero ocho horas diarias de trabajo dejan sólo una parte de la jornada para la contemplación de las verdades divinas. Por eso una vez al mes, sabiamente la Regla reservaba un día entero para leer las Sagradas Escrituras, orar y revisar la vida. Había mucho trabajo, y más para mí, pero la Regla recordaba que nadie debía conquistar un reino si antes no conquistaba su propia alma. Teóricamente, cada templario debía antes conquistar su alma para Dios. La estancia en la Orden suponía una guerra personal contra el mundo, el demonio y la carne. Sólo hombres con paz en su alma podían ser guerreros. Si las pasiones habitaban en nuestros corazones, iríamos a la guerra acompañados de nuestras pasiones. Pero si

² Bajo la visión de la eternidad.

lográbamos convertirnos en seres espirituales, si nos veíamos forzados a entrar en combate, lo haríamos con el escudo con la sombra del Altísimo sobre nuestras filas.

Desde mi investidura, una de las tareas a las que me dediqué con gran gusto fue a visitar, durante al menos un mes cada año, los distintos castillos que poseía la Orden. Un superior como yo tiene siempre variadas razones para visitar tal o cual región de la Orden. Si bien es verdad que todas esas visitas pueden ser delegadas en maestros, visitantes o legados, que se encarguen de esos asuntos. Pero si durante ciertas temporadas he viajado mucho, ha sido más que nada para conocer las posesiones de la congregación. También es verdad que en los últimos años apenas me he movido de la Casa Madre y quizá de un par más de castillos principales.

Siempre que bajaba por la escalerilla de mi aeronave para visitar los castillos-monasterios de un otro país, el condestable me informaba enseguida de las *casas asociadas* que había en esa zona. ¿Qué son las casas asociadas?, pregunté la primera vez que oí mencionarlas.

La primera vez que perplejo formulé esa pregunta, como respuesta el condestable bastante obeso (cosa infrecuente en la Orden), se limitó a sacar enseguida un mapa de la ciudad y mostrarme las veinte casas que poseía la congregación allí en Nairobi. En aquella ciudad, capital de Kenia, nuestro monasterio tenía esos pisos que el condestable me señalaba sobre el plano, mientras respondía a mis preguntas. Cada casa asociada era en realidad dos o tres pisos unidos, donde varios laicos vivían bajo la supervisión de un templario que hacía las veces de superior. Ese personal civil era en parte la cantera de nuevas vocaciones. Esas

casas, no pocas veces, eran moradas para catequizar a los no bautizados, que habían venido a ellas atraídos por nuestra forma de vida. ¿Cómo se mantenía esa red de casas? A través de los beneficios que nos proporcionaban nuestras empresas de seguridad privada. La Orden era la propietaria de un cierto número de pequeñas empresas de protección y vigilancia. Y los laicos que vivían comunitariamente en las casas asociadas, trabajaban en nuestras firmas dedicadas a este sector.

Los beneficios de esas empresas repercutían en la Orden. Son nuestras vacas, me explicó el maestro de aquella región, las vacas que ordeñamos. Cada castillo normalmente solía tener unos cuantas de esas casas asociadas. Suponían una fuente de financiación y un modo de entrar en contacto con mucha gente que después visitaba nuestros monasterios. Un pequeño tanto por ciento de esos visitantes después llamaban a las puertas de nuestros noviciados pidiendo ingresar.

El sistema me pareció muy bueno, en cierto modo perfecto. En aquel entonces, llevaba menos de un mes en el cargo. Claro que después de la explicación que acababa de escuchar, me senté en mi sillón un poco abrumado: alrededor de cada castillo templario que veía en el mapamundi había que colocar cinco, diez, veinte casas asociadas. El poder y la influencia de la Orden en realidad era mucho mayor de lo que me había imaginado.

-Normalmente las casas asociadas -me explicó el maestro de la Región VI- están inscritas no a nombre de la congregación, sino de empresas privadas cuyos dueños reales somos nosotros. Así, si algún día surge algún problema entre el Gobierno y la Iglesia en ese país, esas casas asociadas, así como las empresas de seguridad, son propiedad de

particulares. Ninguna expropiación de bienes eclesiásticos debería afectarnos.

-Los benedictinos vendimian los campos anejos a sus abadías -añadió el regordete condestable-, nosotros vendimiamos este otro tipo de viñas, que por otro lado nos toca cultivar con bastante trabajo. Mantener esta red de empresas de seguridad nos lleva nuestro esfuerzo.

Tres meses después, en diciembre, les dije a mis contables: bien, repasemos las cuentas de toda la Orden, así me haré mejor idea del tamaño de todo esto.

-Los balances se llevan meticulosamente -añadió el pulcro y anciano condestable para tranquilizarme. Pero para mí no acababan allí las sorpresas.

El examen en detalle de las partidas de ingresos fue causa de no pocos asombros. Los templarios gozaban de una bien merecida fama de honestidad e insobornabilidad. De forma que se habían convertido en la guardia pretoriana de cuatro presidentes africanos. En medio de funcionarios y militares corruptos, aquellos presidentes sabían muy bien que esta guardia de corps no les traicionaría. Eso sí, existía un código de honor en nuestros hombres, por el que si considerábamos que el régimen de nuestro protegido se había vuelto inicuo, podíamos exigir el cumplimiento de la famosa cláusula sexta. Aquella cláusula le concedía a nuestro protegido, el derecho de conocer con tres meses de antelación la decisión de que habíamos tomado la decisión de rescindir nuestro contrato de protección. Hasta la fecha sólo nos habíamos retirado de dos países. En honor a la verdad, me alegra decir que los templarios se retiraron con gran pena de nuestros protegidos, porque la confianza ni se compra ni se vende, se tiene o no se tiene. Por eso, en medio de esta generación corrupta y depravada, la seguridad

que ofrecían cuatro o cinco compañías de insobornables, ajenos a las intrigas de poder, era un bien tan supremo que no había dinero que lo pagara suficientemente. Aunque, de hecho, pagaban; y mucho. Este apartado de beneficios siempre era pingüe.

Estas compañías nunca entraban en combate, no nos daban ningún problema y nos otorgaban un gran prestigio. Prestigio para nosotros y prestigio para el presidente protegido. Pocas cosas ofrecían una sonrisa de mayor orgullo a un Jefe de Estado que el mostrar a sus impresionadas visitas aquellas compañías de templarios. No dejaba de ser curioso observar que la virtud de la fidelidad era un valor que cotizaba al alza año tras año. Ciertamente, las variadas fuentes de financiación de la Orden suponían un flujo de ganancias bastante continuo y saneado.

Todos estos asuntos acerca de la financiación se llevaban con mucha discreción. Nada en ellos había que nos hiciera avergonzar. Pero la discreción no estaba de más. Un informe (no muy detallado, sino general) era enviado anualmente a la Congregación de Religiosos en Roma. El monto total de nuestros beneficios fue un tema que siempre preocupó a los monseñores de la citada congregación romana. La pujanza económica de la Orden suponía una razón más para que se hubieran tomado en las constituciones tantas precauciones en el nombramiento del Gran Maestro así como en la determinación de las funciones de los tres comendadores. Ninguna otra orden en la Iglesia tenía observadores fijos dentro de ella, participando siempre en su Gran Capítulo, sin voto, pero observándolo todo.

Pero, honestamente, no había nada en todo este asunto de las finanzas que nos hiciera avergonzar. ¿En tiempos pasados no había sido igualmente poderosa la orden benedictina y después la cisterciense? Los

cistercienses en sus mejores tiempos llegaron a tener negocios y barcos propiedad de la Orden. ¿Deberemos recordar el poder de los jesuitas en el siglo XVI y XVII con sus propias compañías comerciales, con sus *reducciones*? No hacía era preciso ser un lince para percatarse de que la orden templaria sufría ahora de los recelos y vigilancias que había sufrido la orden jesuítica en sus tiempos de mayor apogeo. De los mismos recelos y de la misma animadversión. Pues en la barca eclesiástica nada crea más animadversión que el éxito. Son muchos los monseñores que si las cosas van mal, te dan un sermón sobre la paciencia. Pero si las cosas van bien, ellos se encargan de repetir una y otra vez que las cosas no pueden seguir así.

De todas maneras, para quedarnos con la conciencia tranquila, el trigésimo quinto capítulo general de la Orden decretó dedicar cada año el 5% de los beneficios anuales a obras de caridad. Desde ese año, sin interrupción, el administrador general entrega una parte de ese dinero a las Misioneras de la Caridad. Otra parte de ese 5% lo gestionamos nosotros mismos ayudando a personas desfavorecidas en regiones donde nuestra Orden trabaja.

Interesante función la de las casas asociadas que también ejercieron la función práctica de constituir un exilio para alejar de nuestros monasterios a aquellos miembros problemáticos. Allí también enviábamos a los miembros que precisaran de vivir en un lugar cercano a un hospital. Los mutilados y los muy enfermos también solían acabar sus días en ese tipo de casas. Por otro lado, los castillos que habían quedado en lugares completamente pacificados y que, por tanto, carecían ya del sentido defensivo por el que se los erigió, se convirtieron en destino para los miembros más ancianos o para aquellos que

en el desarrollo de su vida espiritual sintiesen inclinación a una vida más contemplativa.

Así que la Orden, como se ve, examinada de cerca, desde dentro, era una realidad mucho más compleja de lo que pudieran pensar aquellos que conocieran de ella un par de simplificaciones. La Orden poseía entre sus destinos de lugares más propicios para los orantes, de pisos en pleno centro de las ciudades que parecían más que nada empresas, de emplazamientos adecuados para enfermos, etc, etc. Creía saberlo ya todo sobre casas y destinos, cuando me enteré que poseíamos también una prisión.

-No me explique nada -le dije al secretario del coronel de intendencia de la Casa Madre-, mañana quiero un informe detallado y exhaustivo sobre esa prisión y los que están en ella.

Hice aquello porque en un tema tan delicado, que me escandalizó y me enfadó, no quería una explicación superficial, sino un informe extenso. La idea de que la Orden tuviera prisioneros me parecía tan escandalosa que lo que me dijeran sobre ella quería verlo por escrito sobre mi mesa de un modo detallado. Cuando lo pedí, estaba convencido de que solicitaba tal informe para decidir acto seguido la desaparición de tal cárcel. Pero al día siguiente, después de leer el informe me convencí de que la creación de tal prisión había sido algo justo. En la prisión había sólo dos miembros de la Orden y un civil que había trabajado para nosotros. La primera vez que se planteó la necesidad de encarcelar a alguien supuso un episodio muy traumático para los que tuvieron que tomar la decisión, pero incluso yo, después de escuchar las razones, admití que habían tomado una decisión correcta.

El primer recluso había sido un miembro profeso del que se empezó a sospechar que pasaba información a un

determinado servicio de inteligencia. Aquel pobre hombre de cuarenta años hizo aquello por amor a sus padres y hermanos, en esos momentos viviendo en una situación paupérrima. La necesidad de ayudar a una madre enferma le torturó noche tras noche en la soledad de su celda hasta conducirlo a la decisión de vender información.

Los datos que transfirió no fueron muy importantes, pero le fueron agradecidos por los agentes secretos en forma de ayudas monetarias nunca recibidas por él mismo, sino desviadas hacia sus familiares. Aquel miembro profeso que había dejado marchitar su vocación a la vida religiosa, y que quizá incluso había perdido la fe, fue pasando datos a razón de una vez al mes. El nombre de este primer Judas peruano fue Andrés Nelson Uriarte.

Sin embargo, en un ambiente cerrado, no es difícil pasar de la sospecha a la certeza. Y una vez que se llega a la certeza ya sólo queda poner unas cuantas trampas. Los pocos casos de traidores de este tipo siempre acaban cayendo de bruces en el agujero. Pillados in fraganti siempre lo niegan todo, al principio. Después acaban confesándolo todo. En una tercera fase, se rebelan y gritan una y otra vez que les dejen marchar, que desean abandonar la Orden. La segunda fase de la confesión se debe a que equivocadamente piensan que les vamos a dar una palmadita en la espalda y a recordar que tienen que ser buenos. La fase de la rebelión viene cuando pasan los días y ven que no salen del confinamiento.

En este primer caso, el primero que sufrió la congregación, el prior no le permitió salir de su encierro, porque por su trabajo había tenido acceso a datos muy reservados acerca de la lucha del gobierno de aquel país contra un grupo disidente armado.

¿Qué debíamos hacer con tal persona? Si lo dejábamos marchar contaría todo, nos

constaba que todavía no había contado todo lo que sabía. Este tipo de traidores dosifican muy bien la información que poseen para que no se les agote la fuente de beneficios. Además, no se trataba sólo del mal que nos pudiera hacer en adelante, era lo que ya había hecho.

Había cometido un delito que en cualquier lugar del mundo se castiga con la máxima severidad. Su información, incluso, podía haber servido para llevar a la muerte a varios miembros del servicio de seguridad de aquel país en el que nos encontrábamos prestando nuestro servicio. Aquel país, en su confianza en nosotros, había compartido información muy reservada. El escándalo que podía formarse en los medios de comunicación sería apoteósico. Después de deliberarlo mucho, el Gran Capítulo decidió que se le concediera un juicio y que se le condenase a los mismos años de prisión a los que se le hubiera condenado razonablemente por un tribunal civil de ese país si hubiera sido entregado a sus autoridades. El Gran Capítulo constituyó a tres coroneles de nuestro servicio jurídico en tribunal. El juicio militar tendría lugar en Georgeland, en nuestra plataforma del Mar de Tasmania, en el Índico, pues jurídicamente, según Derecho Internacional, estaba considerado como territorio soberano. Si lo hubiéramos encerrado en alguna celda de otro castillo podríamos haber sido acusados de secuestro.

Se le concedieron todas las garantías procesales, pero las pruebas eran irrefutables. La condena de aquel Judas y que ni en esa situación dejaba de amenazarnos con el daño que nos iba a hacer en cuanto saliera, quedó en treinta y seis años. Situaron su confinamiento en la fortaleza de esa plataforma. El honor de la Orden quedó a salvo, nadie se enteró de nada.

Una vez más comprobamos las ventajas de habernos constituido como nación independiente, aunque fuera en una extensión tan pequeña, en aquellos mares lejanos. Fuera del perímetro que delimitaba aquellos treinta mil metros cuadrados, jurídicamente nosotros no podíamos ni juzgar a nadie, ni menos encarcelar a ciudadano alguno en ninguno de los castillos que poseíamos en los distintos países. Esta limitación jurisdiccional, en los tres casos que hasta ahora hemos tenido, se ha solucionado con un sencillo procedimiento. Se sube al acusado a una de nuestras aeronaves con la excusa de participar en alguna misión. Una vez en el aire, fuera del espacio aéreo del país, se le esposa y se le comunican los cargos que hay contra él. Una aeronave, como un barco, sobrevolando aguas internacionales pertenece a la soberanía de su bandera de matriculación. De manera que tal acto nuestro sobre uno de nuestros tripulantes no constituye una retención ilegal.

El segundo caso de juicio fue por un homicidio. Un caso de monje que incubó un odio oculto a nuestra congregación durante años, que se acabó materializando en el asesinato del subprior al ser llamado, una vez más, al orden. El asesinato se produjo a la vista de todos. De inmediato fue reducido por los presentes y encerrado en una sala especial. En los días siguientes se mantuvo en sus amenazas de hundir a la congregación en cuanto saliera. Finalmente, se optó por

instruirle un juicio y hacerle expiar su pena antes de dejarle abandonar la Orden.

El tercer caso, un civil, fue sobre todo un caso de sustracción de material. Podíamos haberle entregado a las autoridades del país, pero no queríamos vernos involucrados en un juicio que por sus particularidades hubiera atraído mucha atención mediática, pues dos bombas de vacío probablemente habían acabado en manos de terroristas. Aunque este sujeto vivía fuera de una casa asociada, e incluso estaba casado, se le embarcó en una aeronave con la excusa de una misión rutinaria y en vuelo se le comunicó la acusación. Cuando se emitió sentencia, se le comunicaron los hechos a su esposa y los años que iba a estar preso en Georgeland.

Ha habido otros casos (técnicos foráneos, visitantes de nuestros monasterios...) cuyos actos delictivos los hemos puesto en comunicación de las autoridades de cada país. Pero en algunos pocos, esos tres, hemos preferido encargarnos nosotros del asunto para resolverlo todo de un modo interno, sin que trascendiese. En algunos conflictos armados hemos hecho prisioneros, pero siempre han sido remitidos a los tribunales ordinarios de cada país.

Pesar (*3), siempre hay que pesar y sopesar todo. La guerra en el frente de Chad, el vernos involucrados en el conflicto, decisiones como la de mantener a alguien confinado, decisiones acerca de si proteger o no a un presidente de una nación... miles de asuntos. Duermo bien. Doy gracias a Dios de que mi trabajo no me afecta personalmente, creo. Quizá es la sensación que tengo de que si al final toda esta congregación se hunde, muchos en la Curia Romana respirarán aliviados. Se espera que yo administre bien, pero si no es así y todo este entramado naufraga nadie me lo va a echar en cara. Alguien en un despacho romano me dirá que no pasa nada, que no me preocupe y que son cosas que pasan. Pero la Orden sigue con una terca salud de hierro. Nuestra guerra en Chad sigue su curso y, jamás lo hubiéramos pensado, avanzamos posiciones.

Pero en medio de todo esto, de todas estas turbulencias, me acuerdo mucho de los acantilados de mi tierra, de aquellas costas irlandesas cercanas a Kenmare, no lejanas a Carrantuohill, abruptas, roqueñas, cubiertas de musgo, aquellos paisajes de suaves colinas tan queridos para mí. Nunca se me ocurrió imaginar que pasaría buena parte de mi vida en latitudes tropicales. Aquellos acantilados de pueblo vienen con mayor frecuencia a mi mente conforme los años pasan.

Qué lejos siento mi tierra natal. La Orden es fundamentalmente africana. Sus casas, su dominio está asentado en este continente, sobre todo en su centro. Jamás se les hubiera pasado por la cabeza a los antiguos templarios medievales, que la Orden sería esencialmente negra. Y si no es

totalmente negra, se debe a la gran colonización blanca de finales del XXI. África supone el eje donde gravita el poder e influencia de los templarios. Aunque, en los últimos decenios, el mar ha sido el campo donde más nos hemos expandido, ofreciendo servicios de protección a plataformas comerciales independientes.

Ayer me visitaron mis ancianos padres, dada su edad, será la última vez que les vea. Pasarán conmigo, en la hospedería, una semana. Vinieron con mi hermana Glenda y su joven pareja sentimental, Jiang. Este chino educado en Australia, de religión sólo sabía lo visto en las películas. Aunque antes de venir aquí, se debió leer apresuradamente cuatro libros sobre la Iglesia Católica. Por lo cual no debió sorprenderse de que les diéramos habitaciones separadas. Jiang estaba dotado de una curiosidad insaciable y vivaz. Durante la cena, me hizo muchas preguntas. La primera de todas, por supuesto, fue preguntar mi opinión acerca de por qué se había derrumbado la primera orden templaria.

Después de un gran suspiro, le dije: *buena pregunta*. Buena pregunta porque sobre ese tema ya está escrito todo lo que se puede escribir. Es una interesante pregunta, además, porque la respuesta se puede enfocar desde todos los ángulos posibles. Querido Jiang, le expliqué al joven ingeniero, los *pobres caballeros de Cristo* (como se llamaban los primitivos templarios) llegaron a Francia con ciento cincuenta mil florines de oro y diez mulos cargados de plata. Habían perdido ya todas sus plazas fuertes en Tierra Santa, pero sobre todo habían perdido la ilusión. Se afincaron fundamentalmente en la bella y placentera Francia, y abandonaron el propósito para el que fue creada su milicia. La decadencia espiritual de la primitiva orden de los templarios avanzó como una enfermedad

³ *No penséis que he venido a traer paz a la tierra, no he venido a traer, paz, sino espada.*
Evangelio de San mateo, capítulo 10, versículo 34

año tras año. Finalmente la Orden fue barrida de Europa.

En cierto modo, Cristo abandonó la Orden a su suerte; pero ellos antes habían abandonado a Cristo. Dios sabía que una fuerza con tantas plazas fuertes, con tanto capital, emparentada con todas las familias nobles de Francia y constituidos en París como custodios del tesoro real, lejos de convertirse en un instrumento para la gloria de El, se iba a convertir en una fuente de conflictos inacabable. Antes o después, en una generación o en dos, hubiera habido alguna guerra civil, por cuestiones dinásticas o por lo que fuera, y los templarios hubieran tenido que posicionarse.

Lo cierto, es que al final los templarios hubieran sido una fuerza secular más en Francia. Ellos mismos hubieran podido acabar por ser causa de esos conflictos dentro del complicado y dividido reino francés. Dios no fundó a los Caballeros de Cristo para eso. Y si en medio de esos conflictos intestinos entre nobles de Francia hubieran tenido éxito, lo que hubieran logrado hubiera sido constituirse como un reino dentro del reino de Francia. Por eso el Altísimo entregó la Orden a la codicia de Felipe el Hermoso. Dejó que aquel inmenso barco se hundiera. En su sabiduría, no hizo nada por impedir que se hundiera, antes de que incendiara el corazón de Europa. Castigó a la orden primitiva con la misma pena con que había castigado al antiguo Israel. La historia volvía a repetirse. Por eso es tan importante el que en nuestra orden se mantenga la disciplina espiritual. Mientras mantengamos el favor divino nada debemos temer.

Ésta fue, en esencia, mi respuesta a lo largo de las distintas preguntas y comentarios que hizo mientras comíamos el asado de ciervo del segundo plato. Pero Jiang, educado,

discreto y sonriente conversador, me siguió preguntando:

-Fray Alain, he oído hablar de los *beliorantes*, ¿quiénes son?

-Vaya, vaya, veo que mi hermana te ha provisto bien de libros sobre nosotros -ella pícaramente sonrió a mis palabras. Deseaba que él me causara buena impresión. Era contraria a la institución matrimonial, pero ante la posibilidad de una ceremonia oficiada por el Gran Maestre de la Orden Templaria, se lo estaba pensando-. Pues la *belioratio* es una oración, más bien un ritual que se hace durante cada batalla. Se trata de una costumbre que proviene de los primeros tiempos de la refundación de la Orden, y que ha quedado ordenada en nuestras constituciones.

Cuando vamos a emprender una batalla, el capellán del monasterio acompañado de un acólito y un lector, cabalgan a una colina y se quedan orando por la victoria. Allí, alejados de la confrontación, bien protegidos, sin descabalar estarán en silencio pidiendo a Dios que vencamos, que proteja a nuestros hombres, que envíe su asistencia espiritual a los enemigos. Los tres oran silenciosos mientras el capellán mantiene en alto el varal que sostiene una cruz de acero. Si no hay colinas, se quedan en un rincón del interior de un bosque, o donde sea. Cada soldado que lucha, sabe que en ese mismo momento están orando por él.

-Debe ser una escena preciosa – comentó la sobrina-, muy pictórica.

-Lo es. Podrían orar en la capilla del monasterio, pero los símbolos son muy importantes. Somos conscientes de que buena parte de los que llaman a nuestra puerta, diciendo que creen tener vocación a nuestro modo de vida, lo hacen movidos por nuestra estética, por nuestros rituales. Incluso la sobria grandiosidad de la Fortaleza de San

Miguel y la belleza de unas cuantas más, no son realidades ajenas al hecho de que muchos se sientan atraídos a nuestros monasterios.

-Es cierto –comentó mi hermana-, no te lo había dicho, Jiang. No me acordaba que suelen cultivar el arte de la equitación.

-Sí, nos cuesta mantener las cuadras, tampoco cada monasterio suele contar con más de tres o cuatro caballos, pero vale la pena. Los hombres se distraen con ese ejercicio. Supone un esparcimiento y lo que te he dicho antes: los símbolos.

-Vi un grabado en un libro que representaba la *belioratio* de la batalla de Gwandara –comentó mi padre.

-Sí, también hay un gran lienzo de varios metros de largo que la representa con todo lujo de detalles –le expliqué-. Fue una de las grandes batallas de la Orden. Eran tantos los hombres que fueron al campo de batalla que la *belioratio* se hizo con abundancia de lectores y acólitos bajo la presidencia de tres capellanes. Aquellos jinetes, en aquel amanecer tan ventoso, con sus capas negras, sus cascos, contemplando la batalla en silencio, en un alto, con los estandartes detrás, formaban una formidable estampa wagneriana. Todas estas cosas no sólo no suponen una pérdida de fuerzas en actividades no fructíferas, sino que por el contrario están dotadas de una sutil utilidad, sutil pero real. Los símbolos, los emblemas, las ceremonias, constituyen una construcción etérea, impalpable. Pero Jiang, nunca menosprecies el poder de los símbolos.

Mi hermana de treinta y ocho años escuchó atentísima mi respuesta. Aquella pelirroja con las que tantas veces había jugado, ahora era una apuesta mujer que, acabada la cena, caminaba junto a un anciano vestido con un habito monacal acompañado de su madre de ochenta y seis años que

ayudaba a su padre casi nonagenario. Se debía sentir muy orgullosa de mí, de tener un tío en un puesto de ese tipo. Cuánto me hubiera gustado sentir las alegrías familiares de ver crecer a mis sobrinos, de visitar con asiduidad la casa de mis padres.

Pero encerré mi vida en estos monasterios, entregué mi vida a la defensa del indefenso. No me arrepiento. Al menos, de vez en cuando, se deja caer algún tío mío acompañado de sus hijos.

Son mis familiares los que me visitan, yo cada vez salgo menos de las casas de la congregación. El mundo me cansa. La paz, el recogimiento que hallo aquí es un don de Dios más que una renuncia. El mundo exterior cada vez aparece más lejano para mí. Mi espíritu se ha vuelto verdaderamente monástico. Una clausura es como una burbuja. Aquí tengo mis amigos, mis aficiones, mi vida metódica y regular. Quizá todo esto es fruto de la vejez. Los años han ido pasando y cada vez busco más la serenidad. Los años hacen que cada vez te vuelvas más sereno, más apacible, aunque también los años hacen que no te tiemble la mano a la hora de tomar crueles decisiones. Pero, ciertamente, los años hacen que sopesemos todo cada vez más.

La guerra siempre es una decisión cruel. Hubo un tiempo, ya lejano, en que creí en los aspectos estéticos de la guerra. La confrontación bélica da lugar a escenas muy pictóricas. Pero cada vez me confirmo más en el carácter sucio y vulgar de ésta. La guerra es muy pictórica, sobre todo en los cuadros. Mis padres, en su visita, podían disfrutar del aspecto más bello de todo esto.

Mi sobrina estaba excitadísima con todo el tema de las batallas. En plan de broma, casi estuvo a punto de pedirme que si en el futuro había alguna, le avisara para ir

como espectadora. Dulce ingenuidad. Primero, jamás invitaría a alguien a venir a presenciar el espectáculo del ser humano matando al ser humano. Segundo, la Orden ha tenido muy pocas batallas a lo largo de su historia. Y cuando digo pocas, quizá debería decir cuatro. Y aun éstas de tamaño más limitado de lo que los muchos cuadros que las representan dan a entender a la imaginación. Si la Orden tuviera muchas batallas, quebraríamos financieramente. Luchamos en pequeños enfrentamientos con guerrillas. Pero las batallas son una ruina para nosotros. Sólo quien tenga un Estado detrás puede permitirse semejante desgaste económico. Pero los cuadros repartidos por la casa, los murales, dan a entender un pasado glorioso de choques entre grandes ejércitos. Las pinturas no mienten, suelen ser realistas. Pero el espectador suele ir más allá de lo que muestra el lienzo. También esas obras de arte cumplen su tarea: elevan el orgullo, enfervorizan a los novicios, son una medicina contra la cobardía. Pero para el que conoce toda esa realidad bélica únicamente por las pinturas y las películas, todo este mundo estético resulta engañoso.

Mi sobrina sólo conoce de mí, la faceta glamurosa. No tiene ni idea y no pienso sacarla de su visión ideal. También yo conozco de ella lo que veo en las pocas visitas que me ha hecho: una mujer encantadora, bella, siempre alegre, aparentemente siempre alegre. Tampoco tengo interés en conocer de ella otras facetas. Les estrecho entre mis brazos. Dada la edad, pienso que será la última vez que vea a mi padre.

Les despedí al pie de la aeronave que les llevó al aeropuerto internacional. Se marcharon contentos a su pacífica casa de la costa irlandesa. Yo proseguí ese mismo día con mis tareas administrativas.

Las visitas de mis familiares cada vez escasean más. Los parientes más directos van falleciendo, los más jóvenes son cada vez más lejanos. La última visita fue hace dos años. La recuerdo con una ligera nostalgia. Pero poco a poco mi familia va siendo la Orden. Vuelvo a la lectura que tengo delante, aquí, en mi celda. Mis ojos azules, cansados, vuelven a leer el libro que tengo sobre la mesa, sobre mi atril. Cada día dedico una hora a la lectura reposada y tranquila justo antes del almuerzo. La lectura forma parte de mi trabajo, al fin y al cabo soy un monje.

Sin la idea de la Redención, la Historia se convierte en una arena en la que los vencedores amontonan constantemente los cuerpos de los vencidos. Sin el concepto de Redención, la vida de los seres humanos no es muy diferente de la de los excursionistas sorprendidos por la niebla. ¿Cuál es el camino por el que hemos venido? ¿Por dónde vamos caminando ahora? Nadie tiene una brújula, andamos a ciegas. El mal no se puede combatir con el mal, pero tampoco con la retórica del bien y la demagogia de los buenos sentimientos. «¡Tenemos que amarlos!», «tenemos que querer la paz».

Medito estas líneas de Tamaro. Qué gran verdad. La idea de la Redención... Sin una visión del universo como orden, como equilibrio, no tendría sentido la vida de los templarios. Si en el cosmos no existe el orden objetivo, nuestra empresa sería vana, no lograríamos más que remiendos en medio del caos. Si todo fuera relativo, no tendría sentido sacrificar nuestra vida en pos de la instauración de un orden que sólo sería una construcción cultural. Los conceptos de orden-caos, equilibrio-desequilibrio, bien-mal, no son meros conceptos mentales, son realidades, en ellos hallamos los fundamentos

de nuestra orden. Y en medio de todo... la Redención.

Una y otra vez se suscita, por parte de los que nos rodean, la gran cuestión de si Dios puede tener un ejército en la tierra que sea su ejército: el ejército de Dios. Una y otra vez se suscita la cuestión de si Jesús pobre, humilde y desarmado puede ser el Rey de una milicia de soldados de Cristo. Son pensamientos que sobrevienen en mi mente, a pesar de que hace ya mucho tiempo que la lucha de estos conceptos alcanzó su paz y equilibrio dentro de mi espíritu. Y lo aparentemente contradictorio encontró su armonía en mis esquemas mentales.

El Cordero Pascual es, al mismo tiempo, el León de Judá. Por eso hago lo que hago y estoy donde estoy. Por eso dirigí en persona la campaña de Chad. Por eso me duermo por la noche sin remordimientos, en paz conmigo mismo. En medio de estos pensamientos, oigo ya las campanas. Es la hora del almuerzo. Recorro dos largas galerías de piedra, camino del refectorio: arcos, capiteles labrados representando profetas y sacerdotes del Antiguo Testamento, un jardín cuadrado de césped húmedo tras la arcada de piedra caliza.

Me duermo sin remordimientos y sin tardar, y eso a pesar de que mi preocupación está en Europa. Las campañas de descrédito, las instituciones gubernamentales interviniendo sectariamente, el odio que se genera contra el cristianismo, las generaciones que vamos a necesitar para atenuarlo, corregirlo y arrancarlo, todo este panorama europeo sí que me preocupa. Allí, las cosas se están poniendo feas, cada vez más feas.

Los templarios iban entrando en la sala del refectorio. En aquella sala, iban colocándose delante de sus asientos, cuatrocientos monjes silenciosos, con sus

manos tras el escapulario negro. Después de la bendición, el murmullo de casi medio centenar de hombres sentándose. Los servidores del comedor comenzaban la distribución de la comida por las mesas. En la parte delantera de aquella sala, en el centro me sentaba yo, a mis lados mis dos senescales. A ambos lados de los senescales, otros oficiales. El silencio fue agradablemente interrumpido por la voz pausada del monje lector. No hace falta decir, que a lo largo del año recorreremos varias veces toda la Sagrada Escritura y que para nosotros tienen especial significación todos los relatos de batallas bíblicas, las historias del libro de Reyes, del victorioso Josué, del profeta Samuel aconsejando al rey Saul, de los dos libros de Macabeos, dos libros de batallas. Por aquel refectorio iban desfilando a lo largo del año las batallas del Pueblo Elegido, las de los filisteos, los asirios, las invasiones de los infieles, las victorias dadas por la mano del Todopoderoso, el abandono de Dios y la consiguiente derrota por la infidelidad de sus siervos. Todos aquellos textos estaban vivos para nosotros. Sin embargo, hoy el monje lector recitaba un texto del exilio de Israel. Su voz, leyendo el libro de Daniel, resonaba bajo la alta bóveda de medio cañón.

Y ésta es la escritura que ha trazado:
Mené, Mené, Tekel, Ufarsín. Y ésta es la interpretación de tales palabras: Mené: Dios ha contado los días de tu reinado y le ha puesto fin. Tekel: has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso. Perés: tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas.

El gran maestro comía y escuchaba en silencio las palabras del profeta Daniel al rey Baltasar de Babilonia. Comía y meditaba.

En mi largo mandato he visto ser elevados al solio pontificio a cinco Papas: Urbano XXXIV, Juan Pablo VIII, Pablo VII, Gregorio XXXVII y Lino II. Mi relación con casi todos ha sido muy buena, aunque *correcta* sería la palabra más adecuada para definir esa relación. Soy un fiel hijo de la Iglesia. Pero mi relación con el tercer pontífice fue tormentosa, es más, progresivamente más tormentosa. Sólo la intervención del buen Dios, llevándose a su seno, dispuso unas nubes cargadas de aguas torrenciales. Yo me encontraba en mi despacho el 3 de noviembre de 2193, preparando mi sermón de Navidad para la Región II. Cuando se me anunció que acababa de llegar el legado de Su Santidad, lo esperaba y me dirigí a recibirlo con ánimo sereno. El cardenal Amantini era un hombre alto, delgado, refinado, el típico diplomático eclesiástico que ha pasado toda su vida en la Curia. Mi sotana, mi capucha, de tela basta, muy usada, contrastaba con la púrpura roja de su solideo y su fajín. Mientras se llevaba la mano al solideo de su cabeza, hacía viento, me extendió la mano. Le extendí la mía, yo no era su subordinado. Jerárquicamente ninguno debía obediencia al otro, así que nos dimos la mano y ninguno besó el anillo de nadie. Fue por mi parte un recibimiento franco, pero ya allí, en el mismo recibimiento bajo el inmenso portón del gran muro de entrada de la Casa Madre, fue donde noté en su mirada dureza y en su sonrisa un algo de forzado, de obligación. Era evidente que Su Santidad no enviaba a un legado hasta allí para desearme los buenos días o interesarse por cómo iban mis digestiones.

Aquella misma mañana, después que se hubo refrescado, descansado e instalado en sus aposentos, tuvimos la primera conversación sentados uno frente al otro, con una desnuda mesa de roble en medio, donde

el legado colocó ciertos papeles que sacó de su maletín. El legado venía con una delicada misión encomendada. Nada más escuchar lo de que le traía *una delicada labor*, apreté con mis puños las dos bolas en que acababan mis reposabrazos. El cardenal Amantini fue directo al grano sin perderse por las ramas.

-Fray Alain -me dijo-, el Santo Padre desearía ver cumplidas las expectativas que tiene en la Orden y en su reverencia, y que ya le ha manifestado por varios conductos... varias veces.

Mi cara debió evidenciar tensión y malestar nada más ver confirmadas mis sospechas acerca de lo que le había traído aquí.

-El Santo Padre no ve con buenos ojos -continuó el legado- la intervención de la Orden en Chad. Su Santidad lleva comunicándole su parecer desde hace varias semanas, pero... reverendísimo padre... en fin, dígame, ¿por qué no acaba de haber... un, digamos, entendimiento entre ambos?

Me quedé en silencio, mirándole a la cara, una cara cardenalicia que se mostraba incómoda y que ya, del todo, había perdido la sonrisa. Aquella misión no le era una carga cómoda de llevar. Mi mirada era férrea, como las palabras con las que le iba a contestar.

-Mire, eminencia, le he hecho llegar muchas veces a Su Santidad mi respuesta. Muchas veces. Y siempre he tenido la gentileza de hacerle llegar mi contestación de un modo oral, para que no constara en ninguna parte que había recibido presiones en el sentido de que él quiere que abandonemos el frente de Nang-Ton.

-Pero...

-¡No, escúcheme! Desde el punto de vista de la moral y la justicia, no hay ninguna duda de que debemos ayudar al bando de Nigeria. Voy a hablarle con total franqueza, es más que evidente que él no puede

sustraerse al hecho de haber nacido en una de las partes en conflicto. Pero por más que le pese, su país fue el agresor y el país que defendemos fue el agredido. Ésa y otras muchas razones, razones que le he hecho llegar repetidas veces, justifican nuestra presencia. Además, nosotros nos hemos comprometido con el gobierno nigeriano. Ahora no podemos dejarles en la estacada. Seguiremos apoyando con nuestros hombres a los que han sido atacados. Si él quiere que abandonemos a su suerte a los nigerianos que nos lo ordene.

-Un buen hijo no necesita órdenes expresas para obedecer. Su manera de pensar está muy clara y usted debería simplemente actuar en consecuencia. No hubiera tenido que ser necesario, ni siquiera, el que me hayan tenido que mandar hasta aquí.

-Conozco muy bien lo que él piensa. Pero yo pienso de forma justamente contraria.

-¿Desobedecerá una orden expresa de Su Santidad?

-¡Por supuesto que no! Pero él sabe muy bien que una orden de ese tipo sería escandalosa hasta para la misma Curia Romana. Si él quiere ordenar algo, sólo tiene que hacerlo. Nosotros no le vamos a desobedecer. Pero sólo le pido que no me envíe, de modo oculto, consignas acerca de lo que ni él mismo se atreve a ordenar a la luz del día. Si nos retiramos, les diré claramente a mis hombres que lo hacemos por pura obediencia a un mandato pontificio. Y si me ordena no decirlo, no será necesario, todos adivinarán la verdad.

El legado me miró mientras su mano hacía girar ligeramente en el dedo, su grueso anillo dorado. Ya había previsto una respuesta de este tipo. Ya habían intentado con amabilidad que yo cambiara de opinión. Ahora sólo les quedaba intentar las cosas por las malas. El legado había recibido

instrucciones de ser duro conmigo. Así que continuó:

-Fray Alain, si van a recibir ese mandato pontificio, ¿por qué no adelantarse a él y ahorrarse problemas? Todos nos ahorráramos problemas, ambas partes. Todo son ventajas si hace las cosas como se espera que las haga.

-Debo hacer las cosas como Cristo espera que las haga.

-¿No ha pensado que el cargo le ha podido volver muy soberbio, fray Alain? El Santo Padre siempre creyó que esta milicia era algo con lo que podía contar. Usted sabe muy bien que antes de llegar al Solio Pontificio, siempre les fue favorable, fue su gran defensor en la Curia. Por eso ahora todo este desagradable asunto le ha dolido de un modo tan íntimo. ¿Tan difícil le resulta entender que él no pueda quedarse de brazos cruzados mientras una orden militar está ayudando a los nigerianos a invadir su propio país? Y encima, para acabar de rematar las cosas, usted no se aviene a entender que él, como persona de esa tierra, conoce mejor que nadie la situación. Y que si él dice que Nigeria no tiene razón, pues punto final. Recuerde que le envió una larga carta explicándole detalladamente las causas de este conflicto y dándole la versión verdadera del Caso Agha. ¡Es usted el que está sacando las cosas de quicio! La postura de él, francamente, me parece razonable.

-Mire, nos ha costado mucho tener amigos en la Curia, si hemos decidido hacer lo que hemos hecho, es porque estamos seguros, ¿entiende? El Gran Capítulo decidió la intervención por unanimidad. Todos los templarios, tras ser atacados, sabían que no nos habían dejado otra posibilidad. Por mucho que se esfuerce en enviarme una carta sobre este conflicto u otro informe más sobre el Caso Agha, mi opinión es la opuesta. Y al fin

y al cabo... ¿quién invadió a quien? ¿Eh? Porque, al final, siempre son los soldados de un bando los que atraviesan la frontera del otro. Por mal que se lleven dos países, siempre es uno el que ataca. A pesar de la invasión de las fronteras, nosotros no nos involucramos en el conflicto. Pero cuando atacó todos nuestros monasterios en su país, ya no nos dejó otra posibilidad. ¿Qué razón podíamos dar al país que nos acogía, y que era atacado, para seguir manteniéndonos al margen?

-Mire, podemos estar hablando hasta el anochecer, pero al final esto es una cuestión de obediencia. El Santo Padre no necesita, ni siquiera, enviarle una carta con la orden puesta por escrito y sellada. Basta con que me otorgue la potestad de legado con plenos poderes para que en este viaje yo pueda disponer con total libertad. Se está empeñando en algo que no tiene ningún sentido. Además, me es triste recordarle que usted ha enviado, en años pasados, dos cartas pidiendo la dimisión. ¿No se le pasado por la imaginación que en mi maletín puedo tener la carta del Santo Padre con la aceptación de su renuncia?

-Mire, si quiere darnos una orden, directamente o a través de alguien, que nos la dé. Yo no necesito escudarme detrás de nadie, para decir con toda claridad lo que pienso. Pero si él ordena algo, no importa el modo en que lo haga, todos sabrán lo que ha pasado, tanto en la Orden como en Roma.

-Puede limitarse a aceptar su dimisión.

-Quizá él hubiera deseado aceptar mi dimisión hace cuatro meses. Pero entonces no lo hizo. Y sabe que si la acepta justamente ahora, todo el mundo va a sacar las conclusiones lógicas.

-¿Pero en qué quedamos? ¿Quiere usted dimitir sí o no?

-¡Ahora menos que nunca!

-¡Es usted un soberbio, señor mío!

-Nunca me ha importado aparecer como un miserable, sólo me importa hacer lo que pienso que, en conciencia, debo hacer.

-Vamos a ver...

-Perdone –le interrumpí-, antes de nada quiero preguntarle si se le ha investido de esa potestad de la que me hablaba antes. ¿Viene aquí como legado con plenos poderes?

El cardenal se llevó la mano a la barbilla, se la acarició. Pensó la respuesta.

-Tal vez sí –fue la contestación acompañada de una mirada desafiante. El rostro del cardenal sí que mostró auténtica y verdadera soberbia al decir eso.

-Mire eso no me vale, ¿sí o no?

-Tal vez sí –dijo remarcando cada sílaba.

-Muy bien. Pero mientras usted no me muestre un documento que pruebe lo contrario, yo sólo respondo ante el Sumo Pontífice.

-Por supuesto, por supuesto. Sólo trato de hacerle ver, que toda su jactancia puede verse por los suelos con un simple papel que se halle en el maletín que tengo junto a mis pies. Bien sea una bula otorgándome poderes, bien una carta aceptando su dimisión, bien una orden directa.

-De nuevo le agradezco que me recuerde mi, vamos a llamarla, *debilidad*. También me imagino la posibilidad de que se le hayan concedido esos plenos poderes, pero que también quizá le hayan dicho, que no muestre esa potestad salvo que lo vea conveniente. Muy posiblemente hayan dejado a su discreción el cómo llevar esta *negociación* y cómo usar sus armas. Así que concluyamos: ¿me va a transmitir una orden pontificia? ¿Sí o no?

-Mire, no es una orden, pero... es la manifestación de un deseo. Me misión aquí es

manifestar un anhelo muy profundo del Pontífice.

-Entonces transmítale a Su Santidad que sus deseos serán examinados con el mayor de los intereses y que si el resultado es positivo, se lo comunicaré de inmediato.

Un silencio pesado, inaguantable, se impuso sobre la mesa en la que estaban sentados los dos clérigos. El reloj de sobremesa de aquella salita tocó solemne la hora con unas inacabables campanadas. El cardenal estuvo pensando en poner, en ese momento, punto final a la conversación. Quizá convenía levantar esa sesión y proponerle otro encuentro a media tarde, con los ánimos más calmados. Finalmente, el cardenal optó por intentarlo un poco más y añadió:

-Su Santidad y yo no deseamos más que servir a Nuestro Señor. ¿Pero me puede decir su reverencia qué tiene que ver el servicio a Nuestro Señor con la campaña del Chad?

-Pues si no tiene nada que ver a qué se debe tanto interés de Su Santidad en lo concerniente al frente de Nog-Akhar?

-Digamos... que se trata de... un deseo.

-¡Jamás, jamás, ni una sola vez nuestros guerreros han arriesgado sus vidas por satisfacer deseos personales! No se arriesgan a perder una pierna, un brazo, a quedar ciegos, por obedecer a antojos de los superiores. El deber de defender al desvalido que es atacado es para nosotros un deber sagrado. Tampoco ahora abandonaremos a los que tienen la razón de su parte, por meros deseos tan vergonzantes que él no se atreve a ponerlos por escrito en forma de una simple y sencilla orden.

El cardenal reposó su cabeza en el alto respaldo de terciopelo. Era un gesto de cansancio. Estaba acostumbrado a

conversaciones más diplomáticas. Este tipo de tozudez, unida a aquella franqueza frailona, le dejaban nulo espacio para la negociación, que era su campo.

-Muy bien, no me deja otra elección -me dijo a mí, que en mi silla me hallaba muy erguido y derecho-, debo comunicarle que soy un legado con poderes especiales.

El purpurado sin alterarse lo más mínimo abrió el maletín, sacó un estuche cilíndrico, lo abrió y extrajo de él el grueso y blanco papel de una bula. El papel con su gran inicial, con su cordón del que colgaba el Sello de Plomo del Pescador quedó sobre la mesa, desplegado ante los ojos del gran maestre que lo miró sin inmutarse y que ni siquiera levantó sus manos de su regazo para ponerlas sobre la mesa y tomar el papel que se ponía delante. El cardenal tenía una mente negociadora, detestaba sacar la maza, su estilo no era utilizar la fuerza. Pero el gesto de cansancio al reposar la cabeza en el respaldo dejaba bien claro que ya no esperaba ningún pacto con él.

-Puede quedársela -añadió el legado-, traigo otra para el gran capítulo... si hiciera falta. Esta bula me confiere poderes especiales. Así que parlamentemos -y añadió en tono chulesco-... pero en otro tono.

El Gran Maestre, aunque inmóvil, había acusado el golpe.

-Cuando se tienen estos poderes especiales -repuso el religioso-, no hay nada que parlamentar. Se parlamenta cuando hay alguien a quien convencer para hacer algo. Con esta bula, usted no tiene que convencerme de nada, no tiene más que actuar. Si quiere, incluso, disuelva la Orden. Pero si quiere convencerme de algo, es que no tiene todo el poder en sus manos. Parlamentar sería admitir su propia debilidad, sería una contradicción, la prueba de que diga lo que

diga este papel, no sostiene con su derecha una omnímota autoridad.

-La bula es clara, no necesito parlamentar –dijo el cardenal con lentitud, de un modo tajante-. Puedo hacer cambios en las personas, en las constituciones, e incluso suspender el Gran Capítulo al completo.

Fue entonces cuando le miré como lo que soy: un general. Y como buen general se dispuso a mostrar sus fuerzas. El purpurado había hecho gala de sus fuerzas, ahora le tocaba a él.

-Usted tiene la bula. Pero no quiere utilizarla. Quiere llegar a un acuerdo para no tener que utilizarla. Yo no tengo nada. Sólo tengo el apoyo de varios pesos pesados del Colegio Cardenalicio, con su eminencia Antonio Bennetto a la cabeza, el apoyo de parte de la Curia, el apoyo de cinco presidentes de cinco pequeños países y el prestigio que nos hemos creado allí donde hemos estado. Usted ha venido dudando si utilizar el poder de la bula, yo no dudaré en llamar a Roma, a todos mis conocidos, a todas nuestras influencias, para que a su vez llamen al secretario del Papa o al Papa directamente, y si no les atiende que pidan la convocatoria de un consistorio cardenalicio. Después de una movilización curial de este tipo, estoy seguro de que el Papa al cabo de pocos días seguro que comentaría a sus colaboradores: *Todo ha sido un malentendido, un gran malentendido. Tenemos plena confianza en nuestra benemérita Orden Templaria y sus superiores.*

-¿Luego me amenaza con no someterse a los poderes que me confiere esta bula?

-No ha entendido nada. No sólo no le amenazo con eso, sino que le aseguro que le obedeceré. ¡Escrupulosamente! Pero también le aseguro que mi obediencia total será un clamor que va a resonar tan fuerte en la Curia

Romana y en el episcopado mundial que no creo que se atreva a pasear entre ellos con la cabeza alta en mucho tiempo.

-¿Está amenazando al Santo Padre!?

-Sí, le amenazo con la ignominia de su propia acción.

-Por última vez, ¿obedecerá o no obedecerá?

-Está tan nervioso que no presta atención a mis palabras, ¿va a necesitar que le diga por séptima vez que sí?

-¿Obedecerán sus monjes?

-Sin duda.

-Muy bien, no necesito saber más.

El legado se levantó, se despidió ariscamente y se retiró. Durante los dos días siguientes se pasó todo el tiempo parlamentando uno a uno con todos los miembros del Gran Capítulo. Nunca llegó a convocarlo el Capítulo. En las conversaciones privadas, nadie le apoyó. Ni siquiera los tres comendadores le apoyaron, a pesar de ser los observadores nombrados por el Vaticano dentro de la congregación. Cada uno de los perplejos comendadores le preguntó al legado si sabía el Papa lo que estaba haciendo. Lo cual le enfadó sobremanera. Creían que todo era iniciativa del legado. Cada uno de ellos le advirtió con toda confianza, ellos tres con más confianza que nadie, que aquello era una locura y una injusticia para con los agredidos. Y que las consecuencias, incluso civiles, sería desastrosas. Pues era impensable que varias cancillerías africanas asistieran a un espectáculo tan bochornoso sin tomar ninguna medida. Al oír la palabra *bochornoso*, el cardenal-legado dio un puñetazo contra la mesa. *¡Aquí, reverencia, no hay nada bochornoso, salvo la impúdica acumulación de poder en esta orden!*

Una semana después, el legado abandonó la Casa Madre. Yo, rodeado de

cinco maestros y delante de una compañía en formación presentando armas, despedí con cara seria al cardenal que me estrechó la mano con la misma sonrisa diplomática con la que había llegado. Cuando la aeronave despegó, el me volví y miré a mis maestros, una leve sonrisa se dibujó en mi serio rostro. Me metí hacia dentro, hacia la fortaleza.

El discreto y diplomático legado se marchaba sin haber hecho uso de sus poderes. Nadie se había doblegado. Todos los superiores se sometían a la bula, pero nadie compartía aquel deseo pontificio, todos habían hablado abiertamente. El legado después de darle muchas vueltas al asunto, se dio cuenta de que había hecho todo lo que humanamente había podido, no se podía luchar contra un monolito. Ahora debía volver a Roma y convencer al Papa de que sus deseos papales debían cambiarse.

El legado, durante las conversaciones en la Casa Madre que duraron varios días, me amenazó con su voz baja y sibilina con una amenaza no muy canónica: la ira papal. ¿Estaba yo dispuesto, estaba el Capítulo dispuesto, a afrontar la posibilidad de la disolución de la Orden? Esa pregunta en unas circunstancias en las que poderosas fuerzas romanas se movían en contra de nuestra congregación, en que grandes cabezas teológicas habían pedido la extinción de nuestro modo de vida, constituía no una pregunta, sino una amenaza real y temible. Aquella negativa de la cúpula de la congregación podía ser la gota que colmara el vaso. Nunca una negativa a hacer lo que considerábamos que era deshonesto, le iba a costar tanto a la Orden como esta vez. La Orden que tantas batallas había ganado, finalmente parecía que no iba a sobrevivir a la batalla de la supervivencia en Roma. ¿Con qué ejércitos, con qué castillos, contábamos

en la Curia? Quizá nuestras huestes habían descuidado ese flanco. Tuvimos la tentación de pensar que tuviera razón el desagradable maestro Kamanda que, hace quince años, nos insistió en que la necesidad de emplear recursos y esfuerzos, en hacernos más presentes en los pasillos vaticanos.

Pero contábamos con un arma tan fuerte como la amenaza que habíamos recibido. Nosotros contamos con la que consideramos la mejor de nuestras armas, le había dicho durante aquellos días al legado: la oración.

La fuerza secreta que mantenía en pie nuestros castillos-monasterio, no era una buena estrategia bélica, ni una buena administración, sino las plegarias que se elevaban desde ellos cada día. Siempre habíamos recordado a nuestros hombres, que el día que el incienso de la oración dejara de subir a los Cielos desde nuestras casas, los castillos templarios se desmoronarían. Siempre les habíamos dicho que los muros de nuestros baluartes podían ser gruesos, pero que el corazón de cada una de nuestras casas era su iglesia. En muchas de ellas, el templo estaba situado en el centro. Así que pusimos a todos nuestros monjes a rezar. La intención era grave, pero secreta. Nunca supieron que estaban rezando por supervivencia del Temple.

Lejos de mí afirmar que lo que ocurrió después, se debió a que el Señor escuchó nuestras oraciones. Lo cierto es que el Papa fue llevado a mejor vida tres semanas después, por una apoplejía. No dudo en afirmar que el Señor oyó nuestras oraciones: es decir, preservó la Orden. Lo que pongo en duda es que el fallecimiento de aquel noble varón eminente, fuera la respuesta a nuestras oraciones. Aunque tratándose de Dios nunca se sabe.

I gran maestro

9 maestros- 3 comendadores- 2 vicarios generales

60 condestables

204 priores

331 subpriores – 458 vicarios

50.000 templarios

30.000 auxiliares

Conforme pasan más años, más viene a mi memoria la nostálgica imagen de los acantilados de mi Irlanda natal, de la bella costa suroccidental de verdes praderas junto a un mar norteño y frío. En esta tierra tropical, mi bella Eire regresa a mis recuerdos como una tierra de hadas. Cuanto uno se hace más viejo, más asiduo se hace uno al entrañable territorio de los recuerdos. Por eso las memorias son siempre tan personales, tan poco objetivas, afortunadamente. Reconozco que mis recuerdos de los años como Gran Maestro vienen a mi memoria como el repaso de un inventario, el inventario de las posesiones de la Orden. En cierto modo, ésa fue mi tarea: ir conociendo ese inventario, y una vez conocidas las posesiones encargarme de mantenerlas, tratar de que no sufrieran merma.

Ninguna posesión más bella que la del monasterio central del Temple. El esplendor de la arquitectura de la Casa Madre salta a la vista. Se trata de un atractivo sobrio que refleja muy bien la austeridad y disciplina de la Orden. Todos sus muros, torreones y defensas son de duro hormigón gris. Lo cual hace que el castillo entero visto de lejos, o visto de cerca, muestre una apariencia pétreo sumamente agradable a la vista.

La Casa Madre es un castillo que se ha ido ampliando con el paso de las generaciones y el florecimiento de nuestra congregación.

Presenta un aspecto estrictamente geométrico, aunque al mismo tiempo con la dulcificación de los irregulares añadidos arquitectónicos que la vida impone. Frente a la original figura geométrica perfecta, la vida va añadiendo la edificación de unos nuevos almacenes, de otra ala de dormitorios. Y así, poco a poco, la idea primitiva va presentando un encantador aspecto progresivamente irregular.

Aun así, la vigorosa idea original que fue trazada sobre el papel en un estudio de arquitectos, persiste en toda su grandeza: su perímetro cuadrado consta de una triple muralla concéntrica. Cada muralla cuanto más interior, más alta. La tercera y última sobresale altiva sobre las dos primeras. Cada muralla es, en realidad, una edificación en cuyo interior se sitúan distintas dependencias, son murallas-edificio. Lo que más admira de la Casa Madre o Castillo de San Miguel es la belleza de sus torres erigidas a distancias regulares a lo largo de las murallas. Unas torres son bajas y pesadas, otras esbeltas, erguidas, coronadas con los pendones azules de la Orden. En las alturas del baluarte ondean centenares de pendones azules con el león rampante dorado. Y por encima de todos los torreones, muros y pendones, se eleva imponente la Gran Torre. En realidad es como un rascacielos de hormigón, sólido y bien fortificado. Tan inmensa es esta atalaya que en su plana azotea pueden formar cientos de hombres mientras realizan la instrucción. Esta esplendorosa torre-rascacielos simboliza la robustez, la firmeza, de nuestra Orden. La Torre de David, así la llamamos. Es nuestro orgullo que se eleva en medio de nuestro Nuevo Sión en que se ha convertido este emplazamiento africano.

Nuestra Casa Madre, como ya dije, está situada en la isla de Madagascar. Ya teníamos en esa nación un par de castillos en 2150 cuando vimos la necesidad de

centralizar una serie de funciones. Compramos en aquellas baratas tierras una gran extensión de terreno despoblado. Una vez que aquello fue de nuestra propiedad, iniciamos la construcción del castillo de San Miguel. Habíamos elegido a propósito una nación pequeña. Había que ser realistas, una minúscula nación pobre como aquella, nos daría la posibilidad en el futuro de ejercer presión sobre su gobierno si fuera preciso. Cualquier Estado con el pasar de los años por muy bien que nos hubiera recibido al principio, podía cambiar de gobernantes, o simplemente cambiar de idea.

Por eso había que elegir un país que nos recibiera bien como huéspedes, pero que no sospechara que con el tiempo el huésped podía ser inmenso. Por otro lado tampoco nos interesaba crearnos la fama internacional de ser unos huéspedes cuya entrada en el país era fácil, pero su salida era difícil. Así que cuando nuestro ejército acantonado en Madagascar fue lo suficientemente grande como para preocupar al gobierno, el cuarto Gran Maestro firmó con el presidente del país un acuerdo que rigiera las relaciones entre el Estado y la Orden.

Aquel documento se resumía en que nosotros nos comprometimos a no influir lo más mínimo en la política interna de Madagascar, y ellos se comprometían a no interferir para nada en la Orden. Nuestros miles de hombres acantonados no salían casi nunca fuera de los límites de nuestras posesiones en la isla, posesiones que afortunadamente eran muy extensas. También nos comprometimos a que en el escenario político de aquella nación no habría ningún grupo de presión que tuviese nuestro respaldo.

Es más, aunque no apareciera en la letra del acuerdo, nos comprometimos a no hacer proselitismo. Es el único lugar del mundo donde nos hemos comprometido a no

hacerlo. Se trata de un compromiso verbal, no quedaría bien que una congregación religiosa se obligue por escrito a no hacer apostolado en un país concreto. A cambio de autoimponernos una serie de restricciones, gozamos de ciertos beneficios. Nuestras posesiones y personas en la isla están exentas de impuestos. Si bien nosotros, en signo de buena voluntad, pagamos una tasa voluntaria cada año a las arcas de su Hacienda. Tasa que calculamos de acuerdo al número de personas de nuestra Orden que habitan en la isla.

El monasterio de Cluny en el reino de Francia llegó a tener más prerrogativas que nosotros. Pero no quisimos pedir más. Pedir más allá de lo razonable, supone tener que desandar el camino en algún momento. Cuando firmamos el acuerdo, nos parecía mucho lo que habíamos conseguido. Lejos estábamos de imaginar que cuarenta años después, el florecimiento económico de la Orden sería tal, que edificaríamos nuestra propia plataforma marítima para poseer un territorio completamente soberano. El castillo de San Jorge, en Georgeland, sigue siendo ampliado año tras año. Algún día puede que llegue a ser más grande que el castillo de San Miguel. Muchos piensan que ese castillo se acabará convirtiendo en la Casa Madre. Pero de momento estamos bien como estamos. El *statu quo* que hemos alcanzado laboriosamente en Madagascar, no nos anima a hacer más mudanzas. Y menos, después de haber construido la más bella de nuestras iglesias en el centro de la Casa Madre. Una iglesia que es como una catedral. En cierto modo el castillo parece una fortaleza que abraza una catedral. Todas las murallas y torres parecen como el engarce de nuestro templo dedicado al Inmaculado Corazón de María, la *turris davidica, ebúrnea, intacta et inviolata*⁴.

⁴ Torre de David, de marfil, intacta e inviolada.

Voy camino del Ala Este del Castillo, entraré un instante en la Iglesia; me cae de paso. Necesito orar un instante. Las cartas que llevo en la mano son alarmantes, aunque para nada afecten a mi congregación. Desde nunciatura, desde Secretaría de Estado, desde todas las instancias de la Santa Sede, se nos suplica que de ningún modo demos motivo de queja a la República Europea. Ya que el gobierno de la república está buscando motivos de enfrentamiento con el Vaticano. La Santa Sede no tiene nada que temer de nosotros. Deliberadamente hemos evitado que nuestro pequeño campo de influencia entre en colisión con los intereses de ese gigante. Casi podríamos decir que no existe ni contacto entre nosotros y esa gran república que cada día era menos cristiana y que ahora paulatinamente se vuelve más anticristiana. Estas cartas que llevo en la mano me apenan muchísimo, Roma está muy nerviosa. Se nota que se están preparando para lo peor.

Cuando hice mi primera visita al castillo de San Jorge en el Mar de Tasmania, ya me admiré de él nada más verlo en la ventanilla de mi aeronave. Era más grande de lo que me imaginaba. La plataforma cuadrada estaba situada a quince metros sobre el nivel del mar sobre grandes pilares. A esa altura no había que temer las olas de ninguna tempestad. Curiosamente, éste debe ser el único castillo de nuestra orden, cuyas murallas circulares forman cuatro anillos concéntricos alrededor de la iglesia central que es su centro perfecto. El castillo de planta circular deja libres de edificaciones los cuatro vértices de la plataforma, unas esquinas completamente cubiertas por el verdor de la vegetación tropical, lo que le confiere, visto desde el aire, un aspecto de verdadera isla.

Cuando mi nave aterrizó, tres compañías aguardaban alineadas para rendir honores. Mientras penetraba hacia el interior del baluarte, el maestro de la región VI me explicó que el futuro económico de la congregación se hallaba en los estados marítimos.

Eran muchos los pequeños estados que se habían levantado en aguas internacionales. Minúsculos pero con gran vitalidad económica al convertirse en zonas francas de impuestos. Esos puntos en medio del océano, esa especie de ciudades-estado, tenían la ventaja de una gran libertad financiera, pero la desventaja de estar desprotegidas. De ahí que, aunque cada una dispusiera de su propia policía y servicios de seguridad interna, la mayoría firmara convenios de protección con algún otro estado marítimo que tuviera ejército y que estuviese dispuesto a ofrecer esa protección. La proliferación de estos estados fue un verdadero chorro de ingresos para la Orden. De hecho la Orden no pudo dar abasto a todas las peticiones. De forma que se dedicó a financiar y organizar nuevas empresas de seguridad asociadas a la Orden que supusieron una segunda y nada despreciable fuente de ingresos adicional. Así sus miembros profesos eran enviados a los destinos donde había que proteger a los verdaderamente desvalidos e indefensos que no podían pagar nada. Ya he dicho antes que si la Orden podía enviar a sus monjes a proteger a los menesterosos, era porque poseía muchas de estas empresas privadas.

El castillo de San Jorge estaba situado a veinte kilómetros del gran conglomerado de plataformas que formaban el mayor conjunto de Estados independientes de todos aquellos mares cercanos al archipiélago de Cook, en el Índico. La protección militar de esa confederación que sumaba una población de

doscientos mil habitantes estaba bajo la protección de ese castillo.

-Si desea aproximarse a alguna de esas plataformas será recibido con honores de jefe de Estado -me comentó el condestable del castillo.

-Nada más lejos de mis deseos. No me pienso mover de esta plataforma.

Cansado como estaba del viaje, lo último que me apetecía era oír hablar de más recepciones oficiales. Pasar lo más desapercibido posible, dedicar el mayor tiempo que pudiera a leer en mi celda, era mi mayor anhelo.. Los honores humanos... no nos hemos hecho religiosos para anhelar esas

pompas. Mi afán y el de todos mis predecesores, por pasar desapercibidos, esa separación del mundo, hacía de la persona del Gran Maestre una figura envuelta en el misterio a los ojos de los foráneos. La vida de los templarios, al llevar una vida tan apartada, estaba rodeada de una aureola de enigma y secreto, en la imaginación de la gente. Toda esa aureola, aunque no deseada, favorecía todavía más a nuestros fines, ya que la superstición popular nos consideraba como investidos de poderes especiales. Nunca favorecimos tal idea, pero nos beneficiamos de ella. A ningún combatiente le hacía mucha gracia tenernos como adversarios.

Dividir ⁽⁵⁾, el Enemigo siempre busca dividir. En la naturaleza, sólo las presas débiles pueden ser divididas. La fortaleza de espíritu mantiene la unidad. Así nuestra Orden mantendrá su *unitas firma*⁶ mientras preserve inquebrantable su vigor espiritual. En el momento en que la soberbia, la relajación, los placeres de este mundo se introduzcan en nuestros monasterios, se engendrarán las disensiones, el desacuerdo y la murmuración interior. Y de la murmuración interna se pasará a la externa, y de ella nacerá la obediencia exterior pero no interior.

Estos pensamientos ocupaban mi mente mientras mi estilográfica acababa de redactar las últimas líneas de los avisos para la Orden que el Gran Maestro escribe cada año. Yo no sólo era el Comandante en Jefe de la Orden, también, y sobre todo, debía ser su maestro espiritual, su pastor, un pastor de soldados. Mentalmente releí el texto de este año.

Hermanos, os escribo como cada año los *admonitia*⁷. De sobra sabéis que éstas tratan de cosas pequeñas, más no las despreciéis. Si en lo pequeño comenzamos a caer, daremos con el tiempo por caer en lo grande. Tened estas advertencias en estima, pues los volúmenes de admoniciones que obran en poder del archivo de la Casa Madre suponen una detallada crónica del esfuerzo realizado por nuestra orden para preservar su disciplina. Sin más preámbulos, os expongo, hermanos, puntos que os quiero exponer este año:

⁵ *Así dice el Señor Yahveh:
La espada, la espada ha sido aguzada
y también bruñida.
A fin de hacer un degüello ha sido aguzada.*
Ezequiel, capítulo 21, versículo 14-15

⁶ Unidad firme.

⁷ Advertencias, en latín.

1. Seguirá vigente la costumbre de tomar como postre fruta y no dulces, salvo los domingos y días de fiesta litúrgica.

2. Ningún miembro andará solo por ninguna calle de ninguna ciudad ocupado en ningún encargo. Esos encargos se llevarán a cabo yendo de dos en dos.

3. El fallecimiento de los progenitores no conllevará una estancia fuera del monasterio mayor de una semana.

4. En algunas casas, se ha de corregir la costumbre por la que en cuaresma y adviento no se nota una mayor austeridad en las comidas. En esos tiempos litúrgicos ha de haber más pescado o pasta de segundo plato, y menos carne. Las casas que han relajado nuestras costumbres deben retornar al camino de la exigencia.

Aclaraciones varias sobre puntos sobre los que han surgido dudas:

1. El ejército templario no posee ningún tipo de arma atómica.

2. El Capítulo General recuerda que si en el curso de algún conflicto armado, algún miembro de la Orden cometiera algún delito contra la humanidad, Dios no lo quiera, existe una obligación de conciencia de que ese hombre sea juzgado por la misma Orden y encarcelado por ella o, incluso (si así se decidiera), entregado a autoridades judiciales ajenas a la Orden. Pero que en ningún caso se dejará impune tal crimen.

3. Dentro del recinto del monasterio, los priores y subpriors deben ir vestidos con hábito clerical y no militar, para así recordar que antes son clérigos que guerreros.

Acabadas de revisar las *Admonitia* introduje el folio en el cajón derecho de mi escritorio. Se las daría a leer, como es mi costumbre, a mis colaboradores de mayor confianza, mis dos senescales. Mientras bajaba por la monumental escalera de mármol alfombrada, dirigiéndome hacia la biblioteca a

echar un vistazo a la nueva colección de escritos de patología que habíamos adquirido, más de cuatrocientos volúmenes, reflexioné sobre el último punto de los avisos, el tercero.

Los superiores de la Orden eran clérigos. Los arquitectos juristas ajenos a la Orden que colaboraron, muchos años ha, en el diseño definitivo de los pilares canónicos de la congregación, insistieron en un principio en que la Orden fuera una congregación de miembros laicos. Pero la Orden se resistió, opuso toda la resistencia de la que fue capaz, argumentando que tal disposición supondría la bicefalia de la Orden. Por un lado estaría el ejército y por otro sus capellanes. La Orden debía poseer una sola cabeza, y esta cabeza debía estar ordenada *in sacris*. No podía haber una cabeza espiritual y otra militar.

Debo reconocer que esta situación jurídica no les fue concedida ni a los primitivos templarios medievales. La primera orden templaria fue una orden de miembros laicos. Dentro de la Orden medieval había dos ramas, la de los soldados y la de los capellanes, bajo el mando del abad de Jerusalén. Unos eran laicos, los otros sacerdotes. Esa división fue abolida en la orden restablecida. La jerarquía de la Orden debía ser una jerarquía sacerdotal. La Orden no sería un ejército con capellanes, sino un verdadero ejército monástico. En nuestros monasterios, cada sargento, capitán o teniente, por decir algunos rangos, tiene a su vez un grado de la jerarquía eclesial siendo lector, acólito, diácono o presbítero. Y desde luego, por encima del grado de prior todos son sacerdotes.

Todo este mundo peculiar ofrecía razones de preocupación a los Sucesores de los Apóstoles. Una y otra vez se nos recordaba que el rey David quiso construir el Templo de Jerusalén, pero que Yahvéh le

había contestado que sus manos habían derramado demasiada sangre. Dios estaba contento con su ungido, pero le fue vedado levantar el lugar sagrado. Eso no deja de ser un punto que hay que tener en cuenta.

Los miembros de la orden medieval primitiva vestían siempre como caballeros, con una túnica blanca con una cruz roja en el pecho. En nuestra congregación, mientras están en el recinto de los monasterios todos visten como verdaderos monjes, con túnica negra y capucha. Hacemos ofrenda de nuestra vida de un modo sacerdotal. Si los sacerdotes visten de negro, nosotros, soldados de Cristo, queremos recordar con ese color nuestro sacerdocio bautismal.

El pavoroso espectáculo de unos hombres matando a otros hombres, es horrible. Reconozco que nosotros nos santificamos, justo con lo mismo que a otros envilece. Entiendo las reticencias de tantos miembros eclesiásticos hacia nosotros, ejercemos nuestra comprensión hacia ellos. Hasta para los no cristianos, el nombre de templario ejerce una inexplicable atracción. Nuestros monasterios-castillos están situada justo en el límite entre este mundo y el más allá. Nuestra orden asienta sus baluartes en la frontera entre los ejércitos de esta tierra y las huestes del Altísimo, luchamos en esa tierra que hay entre la *Civitas Hominis* y la *Civitas Dei*⁸.

En mi camino, se me acerca un fraile, mi fiel secretario, y me susurra una noticia en voz baja, acercándose un poco, incluso, a mi oído. No hice ningún comentario. Seguí mi camino. No hay semana en que no lleguen más y más tristes noticias de Europa. En esas frías latitudes, la oposición a la Iglesia hace tiempo que ha degenerado en abierta persecución. Trato de pensar en otra cosa, no

⁸ La Ciudad del Hombre y la Ciudad de Dios.

debo permitir que las noticias me llenen de tristeza.

Ya he llegado a la biblioteca, toco la encuadernación de los nuevos tomos adquiridos, buenos libros, sólidos, buena piel. Deben durar. Pienso en otros monjes, los que con su trabajo han hecho que estos volúmenes estén hoy en sus anaqueles. Ellos se han dedicado a otra guerra, con otras armas, otras han sido sus batallas. Esta biblioteca supone otro tipo de alcázar. La biblioteca de la Casa Madre con sus 9.000 volúmenes no es grande. Pero sí me esforcé, durante mi mandato, en que fuera bella. La disposición que tenía ya era geoméricamente hermosa: cuatro cuadrados concéntricos, que se elevaban más hacia el exterior. De forma que desde el centro del primer cuadrado interior, se podían ver los otros tres pisos escalonados. Pero yo añadí, en ese cuadrado central, bellos armarios adornados con marquetería, no meros anaqueles donde apilar libros, sino verdaderos armarios con su propia entidad. Asimismo, levanté en las esquinas de cada cuadrado, pilares de granito adornados con escudos de mármol. Dada la belleza de los armarios del primer nivel, hice encuadernar en piel los libros para que estuvieran a juego con el continente. Ésta sigue sin ser una gran biblioteca por su número, pero es realmente preciosa en sus dimensiones y en los elementos que la integran.

Todas estas mejoras me han costado menos que comprar tres cazas nuevos. Sin embargo, la biblioteca permanecerá, y los aviones no. Un buen general debe saber hacer dispendidos de vez en cuando.

Cuando en algún momento de ocio, camino por mi despacho y observo en la pared el extenso mapamundi de la Orden, con su red de fortalezas y su constelación de casas asociadas, ha habido

veces en que me ha entrado la duda de si el monto real de nuestros ingresos no será mayor de lo que se me presenta cada año en la reunión con mis ecónomos. La pregunta misma es ya una tentación por mi parte, una tentación de desconfianza. En tantos años, nada he apreciado en mis hermanos que justificase esa suspicacia por mi parte. Absolutamente nada.

No obstante, en ocasiones, me da por pensar que puesto que parte de esa red de empresas de seguridad está en manos privadas, podrían encontrarse ciertas argucias para omitir de nuestra contabilidad oficial algún tipo de empresas. Siempre se pueden encontrar argumentos para hacer restricciones mentales sin tener la sensación de estar mintiendo. Los ecónomos podrían alegar que tienen la obligación de rendir cuentas de lo que es propiedad de la Orden, pero no de aquello cuya titularidad no es nuestra.

Se trata de una suspicacia injustificada, pero ahí está. Ronda por mi cabeza el fantasma de que quizá hay una contabilidad oficial de la Orden y otras cuentas paralelas relativas a las casas asociadas y cuyo cómputo queda en la oscuridad. Quizá esas cuentas totales son sólo conocidas por los nueve maestros. Ellos, que desde jóvenes han profesado en la Orden y morirán en ella, que la sienten como algo propio, como su casa y hogar. Tal estratagema, si la hubiere, no sería propiamente una falsedad. Sería ceñir la verdad a los estrictos moldes de lo obligatorio, dejando fuera aquello que pertenece al espíritu de la verdad, pero que no se halla en lo propiamente a lo imperado por ella. Sería ceñir las cuentas a aquello cuya titularidad pertenece a la Orden, pero omitir todos aquellos capitales en los que influimos pero que no son nuestros. Debo arrojar de mí tales sospechas. Me deshonran.

La Historia nos enseña que hasta en los más santos recintos, si los caudales son abundantes se tornan en nido y lecho de suspicacias. El dinero siempre da pábulo a la sospecha, hace sospechar del virtuoso, vuelve desconfiado al virtuoso. Al Vaticano siempre le ha dado miedo esta mezcla de poder y religión. A menudo, me indigno contra esos injustificados temores de la Curia Romana, en momentos excepcionales participo de sus injustificadas desconfianzas.

Nuestros ingresos son muy estables. En el mundo civil cada vez hay menos virtud, porque cada vez yace más corrupto. Y la confianza en alguien no se compra. Por eso el emperador Tiberio o los Papas se rodearon de germanos y suizos, respectivamente, como guardias de corps. A menor virtud, la confianza es menor. Y es entonces, curiosa situación, cuando la virtud comienza a cotizarse. A la postre se podría afirmar que nosotros vendemos fidelidad a los que pueden pagarla, para poder defender con esas ganancias al indefenso. Vender fidelidad puede parecer execrable. Podríamos quedarnos nuestra fidelidad para nosotros, muros adentro, pero entonces el desvalido quedaría abandonado a su suerte.

La madre Teresa de Calcuta fundó su congregación sobre el voto de ocuparse de los más pobres de entre los pobres. Otras congregaciones se encargan de los enfermos, otras de los ancianos. Nosotros defendemos a los que ya no tienen a nadie que les defienda porque a nadie ya le interesan. Ésas son nuestras ovejas. De esos desdichados rebaños nos convertimos en pastores. En pastores en el sentido más propio y literal de la palabra. El pastor defiende la vida de las ovejas. En nuestro caso esto no es un símbolo, sino una realidad. El problema es que de nuestra obra

de misericordia nace hacia nosotros la gratitud, la confianza y, finalmente, un creciente prestigio. Y esas virtudes invisibles, comienzan a generar caudales visibles de riquezas. Las fortalezas-monasterio florecen, nuestro ejército se fortifica y Roma se intranquiliza, con razón. Y envía a hombres como yo para que el río no se salga de su cauce, para que se desborde fuera del rígido curso que los Príncipes de la Iglesia han impuesto a estas legiones de hombres sencillos, que viven en pobreza y que han entregado su vida por la defensa de los más nobles ideales. Puede parecer chocante que esos hombres de los lejanos despachos de Roma hayan tenido que ser los encargados de delinear los diques al curso de nuestra congregación. Pero reconozco que sin esos diques, los torrentes de nuestro ímpetu se volverían incontrolables y la Orden se arrojaría hacia su autodestrucción (por un exceso de nobleza) o hacia su corrupción (por una falta de ésta).

Había reflexionado andando por mi despacho, desde hacía un par de minutos me había quedado parado con las manos a la espalda a un metro del artístico mapamundi de la pared, extenso, de tonos grises y azules, con un grueso marco dorado de hojas de acanto y angelillos. Mis ojos se quedaron mirando al punto que representaba la Ciudad Eterna en el mapamundi que tenía delante, mientras mi mente se hallaba serenamente inmersa en estos pensamientos. Cuatro sirenas de aspecto renacentista se bañaban en una esquina del mapa de varios metros de largo, junto a una rosa de los vientos erizada de puntas doradas y escarlatas.

Salgo poco del ambiente de mi Orden. Pero alguna que otra vez salgo, y en medio de alguna cena, en el transcurso de algún canapé, he hallado a alguien cerca de mí que decide dárseles de consumado teólogo. Normalmente en este tipo de reuniones sociales reina la más exquisita cortesía, o una fría cortesía, pero no faltan días en que alguno, que se cree ilustrado en la materia, quiere darme lecciones de cristianismo. El último, un ministro, durante un cóctel en la embajada de Sudáfrica en Madagascar, me comentó con una sonrisa irónica:

-Fray Alain, observo que en el sello de la Orden aparece un león.

-Efectivamente.

Nuestros pendones y estandartes tienen un león dorado sobre fondo azul que simboliza al León de Judá. Amablemente le expliqué la historia de la formación de ese sello, pero en seguida el Ministro de Obras Públicas y teólogo amateur, con aire entendido arremetió contra mí con comentarios tales como:

-Eso del león... Cristo fue el flagelado, el perseguido –se detuvo para hacer un gesto de superioridad intelectual. Y prosiguió con su lección-. Él era la bondad, la mansedumbre.

-Sí -respondo humildemente-, pero los profetas también afirman que es león poderoso. Es el León de Judá y el Cordero Pascual, las dos cosas al mismo tiempo. Nosotros somos mansos y bondadosos, no veo contradicción en nuestra forma de vida. Somos seguidores del Evangelio.

-Mal se casan ambas cosas -repuso guiñando un ojo aquel hombre vestido de frac y con una banda azul cruzándole el pecho-. Con todo respeto, prefiero a los mártires. ¡Los mártires se dejaban matar! Quizá se sintieran avergonzados de ustedes.

-Nosotros somos también mártires.

-No, no, perdone, pero ustedes están dispuestos a matar, se entrenan para ello. La vida es de Dios, la vida es un don demasiado precioso... -concluyó tomando su copa de champán y dando la sensación de que con aquella afirmación había puesto un digno punto final a la conversación sobre ese tema. Le miré. Dudé si callarme. Pero dado que estábamos en un corro de ocho personas, opté por exponer con sencillez mi punto de vista, sin ninguna prepotencia.

-La vida es un don demasiado precioso, sí. Y la vida sólo es de Dios. Nosotros estamos tan imbuidos de la convicción de esta propiedad divina sobre la vida humana, que nos vemos obligados, por nuestra conciencia, a acabar con aquellos que profanan esta propiedad celestial. El amor a la vida nos impele a poner punto final a los profanadores de la vida... si fuere necesario.

-Creo en la no-violencia, creo en la paz. Poner la otra mejilla siempre es mejor. Gandhi les hubiera reprobado.

-Quizá Gandhi sí, afortunadamente mi guía es la Biblia.

-¿Cree que el manso San Juan, el Apóstol del amor, les hubiera permitido existir?

-Yo sólo trato con sus sucesores.

-Ja, ja, no se escabulla. Mi pregunta continúa en pie.

-Tengo mi fe puesta en Dios que es Señor de los Ejércitos.

-Mire -me interrumpió-, la violencia sólo engendra violencia.

-Si algún día alguien ante sus ojos mata a su madre y viola a su hermana, si algún día se encuentra ante un Hitler construyendo campos de concentración e invadiendo nación tras nación, hablaremos de la bondad del no hacer nada.

-¿Y es que ustedes van a acabar con todo eso?

-Por lo menos haremos algo, pondremos nuestro granito de arena.

El improvisado teólogo, que después me enteré que era un cristiano que se había salido de la Iglesia, decidió pasar la conversación a un nivel más felino comentando:

-Si todo está tan claro, cómo es que ningún Papa ha visitado ninguno de sus monasterios. Es más, nunca les ha enviado un saludo, ni les ha recibido en audiencia. ¿O acaso me equivoco?

Le miré comprendiendo que aquel ministro sabía más de lo que yo pensaba al principio. Además de ser un hombre leído, debía tener amistades que le habían contado cosas. Ante tal comentario sólo pude decir:

-Nosotros servimos a Cristo, de Él y sólo de Él esperamos los elogios. Ciertamente rendimos cuentas al Santo Padre, pero somos soldados de Cristo, no somos la Guardia Suiza.

-Ya veo que usted como sus predecesores acaban padeciendo el síndrome de Estocolmo. Y aunque elegidos entre clérigos de fuera de la Orden, acaban convirtiéndose en abogados de la Orden.

Me había quedado claro que ese sujeto tenía algo visceral contra la congregación. Había leído sobre ella, se había interesado, había preguntado. Era el típico hombre con una relación amor-odio hacia nosotros. Me defendí sin ningún tipo de ardor. Había vivido esa situación ya muchas veces en mi vida.

-Defiendo a mi congregación, porque mis monjes han decidido tomar sobre sus espaldas una obra de caridad fácilmente criticable. Hacer el bien y saber que van a ser criticados, supone una admirable obra por el prójimo. Es fácil hacer reproches a mis religiosos con una copa de champán en la mano, mientras a esta hora alguno de mis religiosos está con el agua hasta las rodillas

en alguna selva. Vigilando para proteger una aldea, horas y horas, también por la noche. Sí, aquí es fácil no ver claras las cosas. La Orden ha decidido tomar sobre sus anchas y sufridas espaldas una labor que sabía que atraería sobre sí la sospecha, la suspicacia de todos los demás. Pero aquí sobre la tierra no estamos para labrarnos buena fama, no es esa nuestra labor.

-Ve, lo que le decía, se ha convertido en un convencido defensor de la Orden. Nada, nada, defiéndala –el irónico ministro ni se inmutaba ante las palabras de fray Alain.

-Si la Orden defiende a los demás, ¿no será justo que se defienda a ella misma?

El resto de comensales en aquella larga mesa vieron con claridad que aquella conversación tomaba una creciente acritud. Las últimas palabras del Gran Maestro habían sido pronunciadas con amargura. Las estocadas del interlocutor, aunque escondían una envenenada inquina, habían sido lanzadas con desenvoltura, con ironía, con la desenfadada alegría de una conversación informal en medio de pastelillos de salmón y trufa.

Para desviar la conversación hacia temas más apacibles, la mujer del gobernador de Maine preguntó amablemente:

-Fray Alain, ¿qué significa el color azul del escudo? -la delicada mujer sostenía la tarjeta de presentación del Gran Maestro, que le había pasado el ministro. Escudo con el que había dado comienzo a aquella civilizada pero odiosa confrontación dialéctica entre el político profesional y el superior religioso.

-Pues el color azul del fondo representa a la Virgen María, fortaleza invencible de la virtud, custodio de la Segunda Persona Encarnada de la Santísima Trinidad y Reina de hombres y ángeles. El color dorado del león representa la gloria de la Orden, la gloria que hemos alcanzado en

tantos combates, pero sobre todo la gloria del espíritu.

-Observo que el león está representado al modo de los tres leones de la casa real inglesa -comentó otra señora.

-Sí.

El azul del escudo mostraba un fondo de aguas muy tenues, casi imperceptibles, que representaban un tapizado de rosas y flores de lis. En el fondo sólo aparecía eso, pero el señor que estaba junto al ministro, comentó sin malicia y con alegre picardía:

-Detrás de ese león que mira de frente al que lo observa, y con su garra derecha en alto, hay toda una cadena de fortalezas marítimas frente a la costa del África Occidental, hay una flota...

El comentario no era vano, pues el que lo hacía era el Ministro de Defensa de Canadá. Todos me miraron con sorpresa y una de las señoras se atrevió a preguntarme:

-¿Es cierto? ¿Existe una flota templaria?

-Me temo que sí -contesté con timidez.

-He oído que cuentan con cinco destructores -dijo el mismo Ministro de Defensa.

-Las cosas se magnifican mucho cuando van de boca en boca -fue toda la respuesta que ofrecí, mientras mi vista se perdía premeditadamente en las burbujas del vaso que tenía enfrente.

Seguí conversando, pero más recogido en sus pensamientos. Más callado, pero sintiendo la admiración e interés de los comensales que le rodeaban. Yo, como el resto de miembros de la Orden, salía poco de mis monasterios. Y cada vez que salía por condescender a invitaciones verdaderamente importantes, regresaba a mi celda con la convicción de que todavía tenía que restringir más mis salidas a ese tipo de recepciones y

cenas. Para alguien que lleva años y más años tratando casi exclusivamente con miembros de una congregación religiosa, el mundo exterior resulta vano y pretencioso, el escenario donde reinan las pasiones en todo su esplendor. Reconozco que son treinta años ya en una burbuja... pero, francamente, cada vez tengo menos ganas de salir de esta burbuja, de este invernadero de la virtud. Toda orden religiosa cultiva la virtud, los valores nobles, el avance espiritual. Sí, el trato con el mundo exterior cada vez me resulta más fatigoso. Por eso trato de delegar los negocios necesarios con personas del mundo exterior en manos de mis maestros y condestables. Si la presencia de la Orden resulta muy conveniente en un acto social, prefiero que vaya un enviado mío. Me imagino que el Gran Abad de la orden benedictina, los dos superiores de las dos grandes congregaciones cistercienses, o el Prior de la Gran Cartuja hacen como yo, delegar el trato con el mundo en subordinados.

Los conventuales, los que vivimos replegados en nuestros monasterios, comprobamos bruscamente cómo era el mundo que hemos dejado, cuando volvemos a entrar en contacto con él. Los corazones de los hombres están enfermos de pecado. Su enfermedad es infecciosa, por lo cual si salgo, trato de regresar cuanto antes a mi comunidad. La mentira, el egoísmo, la infidelidad, la gula, la incontinencia, la agresividad reinan en esos corazones humanos llamados a llevar la más espiritual de las vidas aunque vivan fuera, en el mundo, casados, construyendo la Ciudad Humana. En cierto modo, siempre ha sido así. Es curioso que haya dicho *la agresividad*. ¿Es que mis soldados no son agresivos?, se preguntará alguno. Pues no. Nosotros si se hace necesario matar, matamos. Pero sin odio, sin cólera, con

la serena tranquilidad del que está ejecutando un acto de virtud.

Nuestros detractores nos echarán en cara precisamente eso. Se puede esperar algún arrepentimiento del homicida, del carnicero que alberga algún remordimiento. Mas pierdes toda esperanza si comprendes que el que te mata no tiene la menor duda de estar practicando un acto de virtud al quitarte de este mundo.

S algo de mi bañera. Una bañera blanca, muy limpia, de aspecto tradicional, incluso trasnochado. Una de esas elevadas del suelo sobre cuatro pies, de forma oblonga, sin ningún aditamento moderno. No hace frío en un país como éste, mi aseo no precisa de calefacción. El cuarto de baño no está dentro de mis aposentos. Curiosamente está situado al final del pequeño pasillo que lleva a la puerta de mi celda.

Hay toda una historia de por qué el aseo está fuera de mi celda. En la época en que se hicieron reformas y se distribuyó los interiores del ala oeste, el viejo Evreux dijo que no quería disponer de baño propio mientras la tropa en los largos dormitorios comunitarios, tenía que dirigirse a unos aseos que eran de todo menos privados. Los arquitectos le trataron de convencer de las ventajas de situarlo contiguo a su celda. Además en este piso del ala oeste, sólo él lo iba a usar porque nadie pasaba por aquí. Pero el viejo testarudo se mantuvo irreductible. Su sucesor no se atrevió a cambiarlo de sitio. Y para los demás ya ha sido como una tradición el mantener este pequeño e incómodo signo de mortificación. Nadie quiere ser el primero en dismantelar el baño, tirar tabiques y cambiar la configuración de esta planta.

Encima este baño me produce depresión: todas las paredes en blanco mate, suelo ajedrezado, sin ventanas al exterior,

sólo dos armarios de baño (pintados en blanco también), un taburete que parece sacado del año de la nana y todo ello bajo una luz mortecina. Este aseo solitario, mal iluminado y donde cada ruido resuena como si estuviéramos en una gruta, parece más un lugar para la reflexionar sobre la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, que para estar cantando mientras uno se frota la espalda en esta bañera anticuada.

Por otro lado, mi ánimo al salir ese día de la bañera, era más sombrío que el mismo cuarto. De pronto, con una pierna húmeda sobre el suelo, sentí que me debilitaba. Era como si no me pudiera sostener. Se me adormeció la cara, se me comenzó a nublar la vista. Era como si el vaho del cuarto de baño se hiciera más denso, más blanco y me impidiera ver todo, incluidos mis pies. No veía ni mis piernas, las cuales sentía más débiles, como si fueran incapaces de sostenerme. Ya no recuerdo más.

Tardaron una hora en encontrarme. Y eso porque tenía un compromiso en mi agenda, sino hubieran tardado más. Un pequeño derrame cerebral, un mes en el hospital, la constatación de que la historia de mi vida iba llegando a su final. No llegué a perder nunca el habla. Un mes después de mi alta médica, no quedaba secuela alguna. Tal vez un rostro más avejentado, tal vez menos agilidad. Uno mismo no es buen juez para juzgar estas cosas. Me siento igual, pero probablemente no es así.

Mi derrame había tenido lugar un día después de conocer la violación de las fronteras del Estado Vaticano por parte de la Policía Metropolitana de Roma. La detención del Santo Padre había supuesto un duro golpe para mí. Aunque no era consciente de ello, la tensión se debió acumular en mí. Dos meses después, mi horario de trabajo, mis compromisos, siguen igual, la Iglesia no. La

interrupción del cónclave por parte de la República Europea, la detención de los cardenales, fueron el inicio del tormento y la oscuridad. Tormento, oscuridad, sufrimiento, desconsuelo, todo se abatió sobre la Iglesia.

Yo mismo me consideraba un hombre derrotado. Cada vez delegaba más funciones, cada vez dedicaba más tiempo a pasear, a mirar viejos libros de fotos, a sentarme en el porche a mirar al campo. Me dedico a hojear las hojas de las viejas colecciones que hay en la sala Winter de esta Casa Madre: una colección de sellos, otra de monedas, una tercera de mariposas. En la sala, los armarios muestran más cajones que todavía no he explorado. Ahora tengo tiempo y la sensación de que ya nada importa tanto. Hoy tendré cuatro visitas y unos diez minutos firmando documentos. Sí, ya todo lo veo a la distancia, ya nada me incomoda, todo lo veo desde la tranquilidad de saber que todo está hecho.

Mi aeronave aterrizó en un helipuerto de una zona del humilde extrarradio de Koala Lumpur. Descendí por la rampa de aquella pequeña y discreta nave que no tenía ningún tipo de identificación que permitiera sospechar quién iba dentro. Desde una pequeña casa cercana, salieron hacia la rampa, a saludarme, tres prelados vestidos con sotana y solideo.

Un secretario vestido de clérigan y americana negra hizo las presentaciones.

-El arzobispo de Tokio.

-Encantado.

Nos dimos la mano.

-El arzobispo de Sidney.

-Encantado.

-Igualmente.

-El arzobispo de Buenos Aires.

Sonreí con cordialidad al último prelado y entramos en la pequeña casa de paredes mal pintadas y aspecto anodino, frente a la cual había aterrizado la nave. En una sala bastante anodina pronto se acomodaron para dar inicio a la conversación. Parecía que lo que habían buscado en aquella residencia era simplemente un lugar de encuentro ajeno a la observación de cualquiera.

-¿Sigue la sede de Pedro vacante? - pregunté.

-Sí, sigue.

-Habíamos convocado secretamente un concilio universal en un lugar de Asia, hace cosa de un mes -añadió otro prelado-. Pero tuvimos que desconvocarlo. Los servicios de inteligencia de Europa y Estados Unidos interceptaron nuestros correos, nos arriesgábamos a una detención masiva de obispos si manteníamos la convocatoria.

-En los próximos meses se convocará de nuevo un concilio de arzobispos -añadió el prelado australiano-. Se llamará a un reducido número de arzobispos, los cuales han de traer por escrito la delegación de los obispos a los que representen. No queremos que sea un grupo mayor de veinte o treinta prelados. Ese grupo procederá a elegir un Sumo Pontífice.

La Iglesia llevaba ya más de un año de sede vacante. El Vaticano había sido ocupado militarmente y los cardenales encarcelados. La Iglesia en Estados Unidos y, sobre todo, en Europa padecía la mayor persecución desde los tiempos del Imperio Romano.

-Aunque nunca se hicieron públicos sus temores, el difunto Papa Gregorio ya preveía la supresión del status de soberanía del territorio vaticano -me explicó el arzobispo de Buenos Aires -. Daba por supuesto que en una generación o dos, las posesiones papales serían nacionalizadas. Así que de un modo secreto fue colocando a buen recaudo en varios lugares del mundo las piezas más valiosas de los tesoros vaticanos. Uno de esos lugares fue una cámara acorazada a cincuenta metros de profundidad en Andorra. Allí se guardan miles de reliquias. Desde los clavos de la Crucifixión hasta los más preciosos cálices renacentistas, pasando por infinidad de relicarios. La Sábana Santa, la ampolla de sangre de San Genaro. También lienzos, estatuas y epistolarios completos de santos y reyes. La correspondencia de Pío XII con Hitler, la de los diplomáticos del Papa Clemente VII con los del rey Enrique VIII de Inglaterra. Todo eso está allí, en esa cámara.

-¿Andorra? ¿Dónde está Andorra? - pregunté.

-Andorra es un estado independiente, situado en la cordillera pirenaica, entre Francia y España. Se trata de una pequeña nación de doscientos mil habitantes. El

copríncipe de esta nación es el obispo de la Seu de Urgell.

-¿En serio?

-Sí, desde la Edad Media es así. Él es la máxima autoridad del país, si bien desde hace siglos es una democracia y funciona como tal. Hace cincuenta años el Papa Juan XXVIII inició una gran misión sobre ese territorio. Envío misioneros y abrió nuevos conventos recogiendo vocaciones de todas partes del orbe. Ahora sabemos que lo que tenía en mente era crear un enclave cristiano en medio de una Europa secularizada. Su idea era crear un espacio confesional cuyo marco jurídico... en fin, no me voy a extender en los proyectos del difunto Juan XXVIII, su proyecto fracasó. Pero al menos, fruto de todos esos esfuerzos, ese país hoy en día es el único lugar de Europa cuya población es mayoritariamente cristiana. Por esa razón se situó allí la cámara acorazada.

-El problema ha venido cuando nos hemos enterado de que la República Europea está considerando la posibilidad de suspender la independencia de esa nación --intervino otro arzobispo-. También nosotros disponemos de nuestras secretas fuentes de información. La decisión se tomará en dos o tres meses. Y allí es donde entra usted.

-¿Yo?

-Sí. Usted podría concentrar todas sus fuerzas en ese país. Europa se pensará dos veces invadir un territorio tan pequeño si está bien defendido.

Me eché a reír.

-Pero si nuestro ejército no podría resistir ni el primer embate de una maquinaria tan poderosa, tan masiva, como la del ejército europeo. Seríamos barridos, literalmente barridos.

-Somos conscientes de ello, perfectamente. Pero es una cuestión de balances. El invasor calibrará las pérdidas y

las ganancias. Cuánto le cuesta tomar ese territorio, cuánto va a ganar tomándolo. Se lo pensará dos veces si ustedes están allí.

-En mi opinión, están ustedes muy equivocados. Cuando se lleva a cabo una política de expansión tan visceral, no se repara en balances. El gobierno europeo no busca ya beneficios. Su proyecto de unión universal no se detendrá ante límite alguno. La ideología se ha adueñado de las masas. Eso lo saben los gobernantes.

-Es muy difícil que algo pueda evitar la invasión de Andorra, de Liechtenstein y de San Marino -intervino el arzobispo de Buenos Aires-. Es cierto. Pero en estos momentos críticos son muy pocas las cartas que podemos jugar, cada vez nos quedan menos movimientos sobre el tablero. Cada vez nos quedan menos fichas. Si no hacemos esto, sólo nos queda cruzarnos de brazos y ver como las fichas contrincantes van ocupando más y más cuadrados, como van retirando más y más fichas del tablero. Lo que le proponemos es difícil que resulte, pero poco más podemos hacer.

-Mis hombres hubieran defendido hasta la muerte al Estado Vaticano --comenté con rabia, mirando hacia el suelo, bajando la voz-. Pero la invasión nos tomó a todos desprevenidos. Tuvo lugar en tan solo unas horas. No se pudo hacer nada. Mis hombres no hubieran dudado en morir por el Sumo Pontífice. Pero Andorra... no es lo mismo. Mi Orden tiene más posibilidades de sobrevivir dispersa por el mundo que concentrando fuerzas en un solo punto.

-Lo sabemos muy bien, no nos cabe la menor duda. Pero ahora sólo nos queda Andorra. Allí están bajo tierra y a buen recaudo buena parte de los documentos y archivos que hemos logrado salvar hasta el día de hoy, después de tantos siglos. El papado resurgirá como un ave fénix en

cualquier parte del mundo. Nosotros en nombre de la Iglesia os pedimos que salvaguardéis el legado que con tanta dificultad hemos logrado custodiar hasta este siglo XXIII. Le pedimos a su reverencia que con sus regimientos refuerce la independencia de ese territorio.

-De verdad que no lo veo claro –dije, mientras pedía un mapa y observaba la situación del país.

-Además –añadió otro arzobispo-, si la Iglesia camina hacia el martirio total, no importa ya lo que hagan ustedes. Todos seremos barridos de la escena, como paja. Pero si esto es sólo una tormenta más en nuestro camino bimilenario, si esto no es el final, habrá valido la pena preservar un territorio con una comunidad eclesial de pequeñas dimensiones pero intacta.

-Me imagino –comenté ensimismado- que en la persecución de Diocleciano los cristianos también debieron pensar que ya era el final. Varias veces, miembros de la Iglesia ha podido pensar que ya no habría mañana. Pero lo ha habido.

-Sí, debemos pensar en el mañana –dijo el arzobispo de Sydney-Es nuestra obligación, pensar en un después. Por eso debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para preservar esa cámara acorazada de Andorra.

Dudaba qué hacer. La lucha interior se traslucía en el sudor de mi frente. Me senté en un sillón de aquel saloncito decorado sin mucho gusto. Aquellos prelados pensaban a largo plazo. Lo mismo que yo pensaba en pro de mi Orden, ellos hacían lo propio a favor de la Iglesia. En este momento, el bien de la Iglesia y el bien de la Orden discurrían por caminos distintos. Dispersando mis fuerzas por los continentes, la Orden tenía más posibilidades de sobrevivir. Si concentraba

mis fuerzas allí y el país era atacado, sería la ruina para nosotros.

Ellos y otros pocos cientos de obispos supervivientes eran los pastores. Los últimos sucesores de los Apóstoles me pedían un supremo esfuerzo. Pero al fin y al cabo se trataba de cosas, de objetos. Una subterránea cámara acorazada llena bulas, cálices, reliquias, archivos. ¿Valía el contenido de esa cámara el precio de tantos templarios, hombres de carne y hueso? El contenido de un búnker a cambio de hombres vivos. Los arzobispos presentes contemplaron mi lucha interna. Nosotros respondíamos sólo ante el Santo Padre, y ahora estábamos en situación de Sede Vacante. Todos los cardenales habían sido martirizados. Técnicamente hablando nadie podía ordenarme nada. Podía hacer lo que quisiera, aunque la petición proviniese de los sucesores de los Apóstoles. Pero sí, ellos eran los sucesores de los Doce. La duda y el ensimismamiento no duraron más allá de medio minuto, treinta segundos inacabables. La decisión final la tomé en seis segundos. Seis segundos en los que se decidía el destino de miles de soldados de Cristo.

-¡Está bien, mis hombres irán ahí! ¿Cuántos sería conveniente enviar? –eso fue lo que dije sin vacilación alguna, con energía, sintiendo el peso del Destino sobre mis hombros.

Los tres prelados dieron un suspiro de alegría. Sus rostros se relajaron. Después el arzobispo de Sydney contestó con dulzura a mi pregunta:

-Fray Alain, envíe a todos.

-¡¿A todos?! –exclamé.

Los tres arzobispos asintieron y aguardaron a que asimilase aquella petición.

-No saben lo que me piden. Cómo voy a dejar desprotegidos todos nuestros castillos. Eso, además, supondría abandonar las misiones que nos han sido encomendadas.

-Déjelo todo. Pronto no habrá nada que defender.

Un gran silencio se hizo en la salita. ¿Qué significaba eso? ¿Qué es lo que habían querido decir aquellos tres pesos pesados de lo poco que quedaba de la jerarquía de la Iglesia? Poco a poco, en silencio fui asimilando la situación. No necesité demasiado tiempo, amansado pregunté:

-¿Es esto el fin?

-Creemos que sí.

Otra vez ese silencio, otra vez los rostros serios de esos altos jerarcas. Flotando en el ambiente la impresión de que había que hacer algo, meramente por no quedarnos de brazos cruzados, mientras todo el edificio eclesiástico universal se desmoronaba. Hacer algo, aunque fuera sin esperanza. Desanimado pregunté:

-Si no hay esperanza, frente a una persecución planetaria, ¿entonces para qué vamos a defender ese principado perdido en medio de unas montañas? ¿Qué sentido tiene, pues?

-Si ya ninguna cosa tuviera sentido, no haríamos nada. Nos limitaríamos a la inactividad. Debemos trabajar como si esto no fuera el fin de los tiempos. Si lo es, Dios no nos echará en cara que hayamos tomado todas las providencias para que su Iglesia continúe otros dos milenios más.

-Pero ustedes creen que sí que lo es – mi mirada era de súplica. En cierto modo era una súplica para que me dijeran que no, para que aquellos doctos teólogos alejaran mis más íntimos temores.

Los arzobispos se tomaron su tiempo, un ambiente denso y opresivo reinaba en la sala.

-La sede está vacante desde hace un año -contestó uno de los arzobispos-, los cardenales eméritos encarcelados en varias prisiones estatales, los cristianos perseguidos

como los judíos del III Reich. La población de Europa fanatizada con una nueva ideología, el Viejo Continente embriagado en el sueño fascista de un nuevo expansionismo territorial. No sé, si esto no es el fin... se le parece mucho. No tenemos ya mucho que defender, al menos defienda esa minúscula parte del tablero que le hemos pedido. Defienda esa parte, por si hay un después.

Me sentí cansado: el largo viaje sin escalas hasta Koala Lumpur, el aire húmedo y caluroso de esa sala sin aire acondicionado, el desánimo de la petición de los arzobispos. Apoyé mi espalda totalmente sobre el respaldo de aquel mullido sillón, fijé mi mirada perdida en el techo de la sala. Ellos, en ese momento, para aligerar parte de mi tensión, sacaron otro tema. Aunque sin ganas, comenzaron a hablar de un tema insustancial. Pero yo no podía olvidarme de que lo que me habían pedido probablemente suponía el suicidio de la Orden. Concentrando en Andorra todas mis fuerzas, si finalmente se decidía la anexión de aquel principado, los templarios serían barridos del mapa. La Orden desaparecería en un solo embite. Traté de distraerme, al menos un instante, pero en cuestión de segundos pregunté con cierta vehemencia:

-¿Y si el Gran Capítulo no refrenda mi decisión? Un Gran Maestro no puede enviar templarios a un nuevo país sin permiso expreso del Capítulo.

-Nosotros tres acumulamos la delegación de más de cuatrocientos obispos para tomar decisiones en lo referente a la nueva elección pontificia. Eso de momento, en un mes tendremos la delegación de más obispos comunicados. Así que nuestra petición es la de cuatrocientos obispos. Le mostraremos los documentos firmados y sellados que dan fe de que somos poseedores

de esta delegación. Esto significa que nuestra petición es la petición del episcopado.

-De acuerdo, así presentaré su petición ante ellos. Yo no me echo atrás. Con la autorización del Capítulo haré lo que les he dicho.

-Gracias, de verdad.

-¿Cómo va la recogida de delegaciones? –pregunté tratando de animarme.

-No se puede imaginar lo difícil que nos está resultando acumular delegaciones para que el concilio de arzobispos reunidos en Asia de verdad represente a la Iglesia universal.

-Háganlo concienzudamente, tarden lo que tarden en lograr esas esos documentos por escrito y bien rubricados –les aconsejé-. Lo último que podría permitirse la Iglesia en esta situación sería un cisma.

-No se preocupe, conocemos bien nuestro trabajo.

-¿Si eligen un nuevo Papa, no habrá dudas sobre su legitimidad? –pregunté.

-En completa ausencia de cardenales-votantes, si no queda ni uno, el gobierno de la Iglesia pasa a manos del Colegio de Obispos. En una situación así, podemos disponer sin otra limitación que la que imponen los dogmas de la Iglesia. No es posible reunir, en plena persecución, a todos los obispos. Así que si logramos que, al menos, cuatro quintas partes de los obispos deleguen su voto, en un grupo reducido de arzobispos, el concilio futuro decidirá con plena autoridad.

Me disponía a hacer más preguntas y dar más consejos acerca de ese nuevo concilio. Pero en el fondo, aquello era un inconsciente mecanismo de huida ante el doloroso tema que seguía martilleando mi mente. De pronto, sentí como si algo apretara mi cuello, sentí que se me nublaba la vista,

todo lo iba viendo más blanco; perdí la consciencia.

Menos de un minuto después, comencé a abrir los ojos, sentía una gran placidez, por eso no dije nada a aquellos que me abanicaban y me llamaban por mi nombre. Me rehice, volví a sentarme derecho en el sillón. Aunque ya estuve más callado todo el rato. No había pasado nada. Se trataba de una lipotimia. La presión de las emociones, el no haber desayunado... Era ya un hombre de más de setenta años. Me había convertido en un anciano. Desde ese día, tuve miedo de dar un espectáculo parecido en alguna situación pública de importancia. Pero ahora sí que no podía dimitir. No había Papa ante el que presentar mi dimisión. Por primera vez, me sentí frágil. Aquella triste escena de gente preocupándose ante un anciano que ha perdido el conocimiento, se repitió varias veces más en los meses siguientes.

Me detuve en mitad del valle. Miré al fondo, hacia la garganta de la abertura entre aquellos montes completamente cubiertos de pinos: las cuatro grandes torres se levantaban a buena marcha. La construcción de las fortificaciones defensivas de Andorra iba de acuerdo al plan previsto. Las cúspides de aquellas torres rectangulares estaban cubiertas de nieve, al igual que aquellos boscosos parajes. Construcciones defensivas dotadas de una sensación de poderío, que contrastaba con la debilidad de mi cuerpo. Valoraba, con ojo experto, lo adecuado de la disposición de esas torres para asentar sobre sus cúspides los delicados sistemas antibalísticos. El cielo volvía a encapotarse con nubes grises, opacas. Unos tímidos copos de nieve pronto cayeron pacíficos en medio de aquel aire frío en el que rítmicamente aparecía el vaho de nuestra respiración. La ventisca hizo ondear la capa negra de mis espaldas del anciano gran maestro. Mechones de cabellos plateados comenzaron también a ondear. Mi mente y mis ojos calculaban alturas, estimaban la conveniencia de añadir alguna protección suplementaria, ponderaban el tiempo necesario para que todo el sistema defensivo estuviera acabado. Detrás de mí y mis oficiales, treinta soldados a caballo nos escoltaban a prudente distancia. Las capas de todos se movían en un aire donde la nevisca

arreciaba por momentos. Algunos de aquellos militares acababan de llegar de África y era la primera vez que experimentaban aquel frío pirenaico. Por fin, inspeccionado todo, dije con voz enérgica:

-Regresamos.

De cerca, todavía recorrí y revisé las construcciones que había mirado a lo lejos. Algunos de los que seguían mis pasos, como el mariscal Von Gottenborg, era uno de los recién llegados de Somalia. Acababa de llegar hacia unas horas. Y todavía no sabía qué hacían todos esos templarios, casi todas las fuerzas de la orden templaria, en uno de los más pequeños estados de Europa. Por la tarde daría satisfacción a sus preguntas. De momento, veíamos desplazarse más y más columnas de hombres hacia lo más profundo de aquellos valles. Cincuenta mil hombres instalados o instalándose en los grandes dormitorios de los búnkeres. Pero todo se lo explicaría a él y al resto de los recién llegados, más tarde, ahora quería descansar. Me interné por un pasillo de la fortificación y dije:

-Nos veremos a la hora de la refección.

EPÍLOGO



Me encuentro en este pobre escritorio de madera sin barnizar, escribiendo pacientemente mis memorias como un remedio contra el tedioso paso del tiempo. Como un remedio contra el olvido de tantas cosas como me ha tocado vivir en una vida que es la mía, que dio comienzo de un modo completamente normal y que ha acabado llena de cosas interesantes que no me gustaría que se perdieran para siempre.

Aquí, en esta galería subterránea de Jerusalén, acuartelado con los últimos templarios, puedo ya narrar el desastre del principado de Andorra... la batalla y nuestra caída. Hubiera deseado morir en esos verdes valles pirenaicos con las botas puestas, pero la plana mayor fue unánime. Un maestro me cogió del pecho y me gritó:

-¡Algunos deben salvarse de esta matanza, todos preferimos que usted esté entre ellos!

Le hice caso, y ahora vivo. Aquel oficial que con rostro crispado, rojo, me agarró por la pechera, tenía razón: convenía que algunos de la Orden se salvaran de la hecatombe. En ese caso no era oportuno que el capitán se hundiera con la embarcación. Eso hubiera sido muy poético, pero teníamos el deber de plantear las cosas con una visión práctica. En la guerra siempre debemos ser prácticos. Hubo que ordenar a varias aeronaves que salieran de ese lugar infernal cuanto antes, y orar para que el mayor número de ellas lograsen evadir el cerco sin ser abatidas en el aire. ¡Que la cabeza del Temple se salve!, fue la estentórea orden que recibí de mis subordinados. Asimismo, cuatro maestros embarcados en aeronaves diferentes

despegaron simultáneamente desde las distintas plataformas de los hangares. También yo partí.

Una vez en el aire, en medio de aquel pandemio de objetos volantes, misiles y explosiones, los pilotos aceleraron sus naves a la máxima velocidad a la menor altura posible. Fui testigo de como varias de nuestras naves que huían como nosotros, chocaban en sus vuelos rasantes con algún pico, con alguna fatal irregularidad del terreno, convertidas en bolas de fuego se estrellaban en medio de los bosques de aquellos valles nevados. Otras aeronaves simplemente eran alcanzadas. En medio de aquel caos, la estadística quiso que una cuarta parte de las aeronaves pudiéramos escapar de ese infierno.

No debo reprocharme nada, no debo insistir en nada que me lleve a sentimientos de culpabilidad, no hubiera tenido sentido no huir. Esos desfiladeros, esas gargantas de Andorra que defendíamos fueron la diana de un ataque masivo de misiles, al que siguió la irrupción de lo más sofisticado en materia de ingenios acorazados, verdaderos monstruos de centenares de toneladas, que se desplazaban con sus dos, cuatro o seis patas mecánicas y que arrasaron lo poco que quedó en pie de las defensas tras el bombardeo.

La orden de retirada de las pocas aeronaves ligeras capaces de salir de allí con una velocidad de match 3, se dio cuando el ataque terrestre había sobrepasado la primera línea defensiva, cuando cualquier esperanza ya era vana. Podíamos haber esperado en grupo nuestro destino como lo esperan las ovejas de un matadero, podíamos habernos quedado quietos, pero nuestra inteligencia nos dijo que nos moviéramos. Hubo algo de instintivo, algo de animal acorralado, en esa decisión fulminante, instantánea que se dio en todos los presentes en el Mando Central. Sólo

yo tuve que ser sacado de mi sopor, de mi estado de inconsciencia. Aunque no se trataba ni de sopor, ni inconsciencia, era yo un hombre que de pie contemplaba las pantallas que tenía delante con la mirada perdida pero con los ojos muy abiertos. Todos los presentes nos hallábamos en un estado similar. Menos mal que ese Maestre de rostro enrojecido me cogió del pecho y me gritó. Todas nuestras naves despegaron a la vez, recuerdo el estruendo de los motores puestos al máximo de su resistencia, ese máximo más allá del cual sus componentes internos se hubieran quebrado o fundido. Tras el estruendo del despegue, aunque cada nave partió en una dirección diferente, tenían un punto de reunión secreto: Jerusalén.

Aquí los restos de la Orden, 7000 hombres, dos maestros y cinco condestables, estamos encargados de defender la torre defensiva número 37 del extenso perímetro militar de Jerusalén. Nuestra torre 37 sobresale apenas diez metros por encima de las murallas. Aunque se le llame así, torre, se trata más bien de un búnker de forma achatada, de cuya protección nos han encargado. Han preferido congregarse a mis hombres en este sector, en vez de repartirnos por todas las regimientos del perímetro. La primera Orden de los Templarios nació en Jerusalén y por un capricho de la Historia aquí estamos de nuevo. Lo que queda de la Orden se halla en esta línea de puestos defensivos, haciendo guardia en esta torre 37 y en la de al lado.

Nuestros barracones se encuentran bajo tierra, situados justo detrás de ese conglomerado de hormigón que defenderemos hasta la muerte. Ni siquiera yo, el Gran Maestre, tengo habitación privada. Escribo en ese escritorio a la vista de todos los hombres que descansan en sus lechos, no muy limpios, bajo esta luz mortecina.

Siempre hay silencio, porque a cualquier hora del día siempre hay gente durmiendo. Los turnos de vigilancia no se interrumpen ni de noche ni de día.

Cerca de un año duró nuestro acantonamiento en Andorra. Once meses en los que sufrimos la desolación interna de ver como nuestros castillos repartidos por el mundo, fueron cayendo. Desplazar nuestras fuerzas a Andorra supuso dejar en cada uno de ellos una decena de personas. Desprotegidos, casi vacíos, fueron ocupados por los distintos Estados en los que estaban situados. Los pocos que nos iban quedando preferimos venderlos rápidamente y trasladar a nuestros hombres a Andorra. Al menos obtuvimos algún capital, un capital para invertirlo en más armas y provisiones con que defender una tierra que se iba a convertir en sinónimo de nuestro desastre.

Nigeria, Liberia, Mauritania, Senegal... hubo que abandonar en todas partes nuestros castillos. La Casa Madre y la plataforma soberana en medio del Mar Indico... los últimos reductos del orgullo del Temple. La plataforma... no tenía sentido concentrar los restos de la Orden en un punto en medio del mar. La congregación había nacido para defender. No había nada que defender en medio del Océano. Me emociono recordando lo bajo que habíamos llegado. Apenas puedo contener las lágrimas pensando que los que habíamos nacido para defender al prójimo, nos estábamos encargando a duras penas de defendernos a nosotros mismos.

En la plataforma del Índico no había nadie a quien defender, ésa fue una de las razones por las que habíamos trasladado allí a los miembros ancianos y enfermos de la congregación. Nunca imaginamos que el escenario de intereses geopolíticos iba a sufrir una abrupta transformación. Las hostilidades

entre la República Europea y la Liga Asiática cambiaron radicalmente el panorama en los mares cercanos a Asia. Para nosotros resultaba imposible defender una plataforma a tantos miles de kilómetros de distancia. No podíamos enfrentarnos a lo imposible. Recuerdo las caras desoladas de los miembros del Gran Capítulo. Todo aquello fue muy amargo, pero las decisiones fueron unánimes.

Logramos vender la plataforma a un pequeño país vecino, Nueva Caledonia. Una de las cláusulas del pacto incluía que ellos se encargarían de esos enfermos y ancianos. Dado que sabíamos que pronto nuestras comunicaciones entre nosotros y Georgeland se interrumpirían, consideramos que lo más prudente era hacer algo que asegurara el futuro de esos ancianos y enfermos, aunque sólo fuera un poco, aunque esa seguridad sólo consistiera en un papel. Al firmar ese papel, sabíamos que no podríamos comprobar el cumplimiento de esa cláusula, que no podríamos exigir nada, que pronto todos iban a luchar por su supervivencia, que la ley de la selva se aproximaba a pasos agigantados sobre toda esa zona. Cuando uno no puede hacer nada, se siente la tranquilidad de no tener remordimientos, sólo amargura. Sin duda esos templarios se debieron sentir abandonados. Pero traerlos con nosotros, a una ratonera peor, y tal como estábamos nosotros, a punto de comenzar una guerra, resultaba imposible. Puesto que todo tipo de contacto entre nosotros se iba a cortar, entiendo que hicimos lo correcto. Apenas conseguimos efectivo para pagar a la firma internacional de abogados que se encargó de todos los contactos entre ese Estado y nuestra Orden. No tuvimos que trasladarnos a Asia. En esos momentos, trasladar una nave hasta Oceanía y no visitar a nuestros hermanos, hubiera sido un gesto... ruin. ¿Pero como podíamos aterrizar, ser recibidos y

comunicarles que habíamos vendido esa plataforma? No, no podíamos. Tan sólo dimos orden de que un día antes de que se hiciera efectivo el traspaso, se trasladaran en las bodegas de cuatro barcos los registros de la Orden y los objetos de más valor. Los servicios de inteligencia, la creciente piratería o la guerra se ocuparon que las cuatro embarcaciones nunca llegaran a puerto.

La pérdida de nuestro pequeño Estado soberano, el orgullo de nuestra Orden, supuso un duro golpe psicológico para todos nosotros, pero no hubo remedio. Nos quedaba la soberbia Casa Madre. No obstante, las esperanzas humanas siempre resultan fútiles: un misil atómico acabó con ella de un sólo golpe, tres semanas antes de que se iniciara el ataque del Imperio contra Andorra. Es posible que fuera el mismo gobierno de Madagascar el que conviniera con alguna gran potencia aquel ataque para recuperar su *independencia*. Con nuestras fuerzas a punto de entrar en combate aquí en Europa, era el momento perfecto para liberarse de aquel huésped demasiado grande; silencioso e inmóvil pero demasiado grande.

Cuando tuvimos noticia de la desaparición de la Casa Madre, no nos lo podíamos creer. ¿Será posible explicar la consternación, las caras de desaliento, de infinita aflicción, que embargaron a la plana mayor templaria en el centro de comunicaciones cuando llegó la noticia? Habíamos dejado 4.000 hombres acuartelados allí. Nunca habiéramos cedido la Casa Madre por nada. Era el último reducto. Nuestro último refugio si todo fallaba. Dudamos si comunicar o no a nuestras tropas la noticia.

La desolación que sentíamos había sido tan indescriptible, que nos preguntamos si debíamos exponer a todos y cada uno de nuestros soldados a sufrir ese mazazo que nos había sacudido desde la cabeza a la planta de

los pies. La Casa Madre con todos los archivos de la Orden desde su fundación, sus claustros, sus criptas, sus cálices, los mimados volúmenes de su biblioteca, todo... era ya un recuerdo, un lugar maldito por generaciones a causa de la radiación. S

e tomó la decisión de no decir nada a nuestras tropas. Mandamos hacer venir ante los maestros y yo a los cuatro soldados encargados de las comunicaciones. Les explicamos la situación y les hicimos arrodillar delante de un crucifijo: juraron no revelar nada de la noticia que había pasado por sus manos. Y fue así como en la mente de los templarios, la fortaleza de San Miguel seguía tan esplendorosa como siempre, seguía siendo un motivo de esperanza, aunque ya no existía. Para ellos era la retaguardia por la que todo soldado lucha, el lugar donde quizá se retirarían en su vejez.

Después de la progresiva caída de nuestros castillos, uno a uno, con torturante lentitud, después de la desaparición del Estado Templario del Pacífico, después de la pérdida de nuestra fortaleza de San Miguel en Madagascar, había quedado aquello, unos hombres completamente entregados, valerosos y nobles dispuestos a la defensa de aquel principado con su vida. 50.000 vidas de 50.000 idealistas. Pero Andorra se hundía, nada podía contener aquel ataque masivo de misiles. Sólo restaba un último afán: salvar algo de toda aquella quema, salvaguardar algo de aquel hundimiento.

En medio de aquella guerra mundial, el Estado de Israel también se preparaba para luchar por su supervivencia. Nos unimos a su destino. Éramos ya sólo siete mil hombres. Una gota en su ejército.

Hoy como ayer, día tras día, durante horas, leo y releo las líneas del Apocalipsis. Medito sus páginas aquí, en tierra hebrea, donde empezó todo. Las medito como lo

hacía también en el principado que defendíamos en la frontera hispano-gala. Medito esas páginas y me pregunto una y otra vez si esto es el fin, el fin no sólo de la Orden. Decir que la Iglesia se bate en franca retirada en todos los países, sería presentar un panorama demasiado optimista. La realidad es que la Iglesia está desapareciendo en todas las naciones. Las palabras de la profecía son claras, *las Puertas del Infierno no prevalecerán sobre ella*. Unas palabras griegas escritas con una frágil caña sobre un papiro.

La profecía resuena frente a una realidad que nos grita lo contrario. Únicamente nos queda esperar que los ejércitos de Gog y Magog se reúnan contra esta santa ciudad. Si el Libro del Apocalipsis fue escrito por la mano de Dios, combatimos en el lado de la Verdad, del Bien. Si el Apocalipsis fue mero fruto de la mente de los seres humanos, seremos recordados en las miles de generaciones que están por venir como se recuerdan ahora las Pirámides. Si hay un *después* tras la lucha por la defensa de esta ciudad, entonces nuestra obra, la de la Iglesia, se recordará como una obra faraónica. Y los templarios serán una parte más de esa obra colosal. Unas piedras más, integradas en sus muros más que bimilenarios. El Apocalipsis nos asegura que no habrá un después en la historia humana, el tiempo será interrumpido por un Juicio Final. Si hay un *después*, eso habrá significado que hemos luchado en el bando equivocado. Desde este escritorio de madera, escrito en las inmediaciones del punto final de la Historia. Si éste no es el punto final, entonces, como dice San Pablo, *somos los más desgraciados de los hombres*.

Creo que nadie puede evitar pensamientos... tentaciones, más bien, de este

tipo. Estamos al borde de comprobar la veracidad de miles de años de fe. Hasta hace dos meses, a Jerusalén seguían llegando más y más cristianos, más y más judíos. Esta ciudad se ha convertido en un odre, lleno hasta su justo límite, más allá de su límite, al menos una ciudad no puede reventar. El cerco de la misma ha resultado casi un alivio, ¿cuánto más hubiéramos podido resistir esta afluencia de refugiados? Aunque esta misma pregunta supone falta de fe. Este odre divino no puede reventar, la Ciudad Santa puede acoger a todos. Estoy decaído, eso es lo que me pasa.

A pesar del decaimiento, todos nos hacíamos en la confianza de que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob proteja a sus refugiados en medio de una persecución tal como no tenía lugar desde la época de los césares y de los soviets. Ayer, sea dicho de paso, en una de esas cámaras subterráneas se eligió a un nuevo Papa: Lino II.

Sea cual sea la respuesta que uno de a las preguntas anteriores, desde la fe o desde la falta de ella, humanamente hablando parece claro que ya no habrá más Papas, hemos sido testigos de la última elección papal. En fin, defenderemos esta torre 37 mientras sea posible. Si nos hemos equivocado, lo hemos hecho con la mejor de las intenciones. Que Dios se apiade de nosotros. Si no existe ese Todopoderoso, la Nada nos engullirá. Nuestro mundo, todo nuestro mundo de órdenes religiosas, de curias vaticanas y episcopales, de dogmas y todo eso resultará indescifrable para las generaciones futuras. Requerirá de tantas explicaciones que se volverá indescifrable, incomprensible. Ya no sólo no será creído, sino que ni siquiera comprendido.

Nosotros habremos sido los constructores de un mundo tan denso, oscuro e impenetrable que constituirá un misterio por los siglos de los siglos. Pero esto es una

tentación, otra, en medio de esta presión que sufrimos los hacinados aquí. La duda se plantea en mi mente, pero mi voluntad está firme. La última batalla parece que va a tener lugar entre mi mente y mi voluntad. Pero esperaré contra toda esperanza.

Junto al cajón superior de esta escribanía hay un pequeño equipo de música cubierto de polvo, lo miro ensimismado y aprieto una tecla. Comienza el primer coro de la *Pasión según San Mateo*. Descanso mi mano, levanto la vista. He escuchado esta música infinitas veces a lo largo de mi vida, he escuchado infinitas explicaciones. Dos coros, dos orquestas, dos órganos, cuatro solistas en cada grupo. Una coral en modo mayor, proclamando la inocencia de Cristo. Otra coral en modo menor, acentuando el sufrimiento de Jesús. Las voces comienzan su diálogo escuchado tantas veces a lo largo de los siglos:

-Venid, hijas, uníos a mi lamento. Mirad.

-¿A Quién?

-Al Amado.



-Miradle.

-¿Cómo?

-Cómo un Cordero.



Me acuerdo que aprendí alemán escuchando pacientemente esta obra durante un verano. Traduje, palabra a palabra, todas sus arias y recitativos. Quise unir mi afición a la música y mi necesidad de aprender alemán para mis estudios de licenciatura. A esta altura de mi vejez, ya no me acuerdo muy bien de mi alemán. Ahora, tras los coros iniciales de una tonalidad femenina, comienza el coro de niños con su maravilloso:

¡Oh, Cordero de Dios,

*sin pecado, sacrificado en la Cruz,
siempre paciente,
pese a ser despreciado;*



Dios y del Cordero, en medio de árboles que dan doce cosechas donde ya no hay noche, donde ya no tendremos necesidad de luz de lámpara, ni luz de sol, porque el Señor Dios lucirá sobre nosotros y reinará...

Quizá soy de los últimos en comprender esta música. La Redención... La Cruz, el papado, indulgencias, bulas, libros de ceremonias sacramentales, sillas gestatorias, tiaras, santo crisma, incienso, confesiones. Cuando Jerusalén sea tomada, cuando sea borrada, erradicada, del mapa, cuando sea ruinas, o una simple explanada sin ruinas, dentro de mil años cuando los estudiantes ignorantes y con la cabeza llena de pájaros, de acné y de chicas, pregunten qué era Jerusalén, quizá piensen que fue un género literario, un mito griego o una leyenda gótica.

Señor, aleja de mí todas estas tentaciones del Maligno. Me ronda el adversario invisible, me hostiga. Yo, tu Gran Maestro, me apresto a defender mi mente como esta torre. Los siglos de la Historia han tocado a su fin, lo creo firmemente, firmísimamente. Por eso defiende esta torre día y noche, la última muralla de tu Reino en la Tierra. Dentro de estos muros de la ciudad se protege el Reino de Dios. Fuera, alrededor de estos muros, la oscuridad del paganismo lo ha invadido todo. Fuera se ha hecho de noche, sólo hay luz aquí dentro. Guardianes de la Luz, la protegeremos a costa de nuestras vidas.

No habrá más siglos. El Tiempo llega a su fin. El único *después* que reconozco es la caída de todas tus plagas, de toda tu ira, justo antes de la Resurrección de vivos y muertos. En el borde del final del Tiempo sólo me queda esperar los siglos de los siglos. Espero gozar del Libro de la Vida, del río de agua brillante como el cristal brotando del trono de

Una plaza en el casco antiguo de Jerusalén. Una plazuela irregular rodeada de viejos edificios de piedra, ligeramente en cuesta, relativamente cerca de la Basílica de la Resurrección. Mil trescientos soldados formados aguardaban el discurso del Comandante en Jefe encargado de la defensa de la ciudad. La meteorología no se prestaba nada para un acto de ese tipo: frío, cielos nublados y a rachas un viento que todavía intensificaba más una sensación desahogada de incomodidad y de deseo de que la arena acabara cuanto antes. Ante la presión por la cercanía del enemigo, los preparativos para la guerra se habían realizado a un ritmo tan acelerado, que no se había dado ningún discurso a los soldados. Aquella arena era un deseo del general Safronov que era el que mandaba en el Cuartel General. El ataque era cuestión de días, no tenía ya sentido esperar a que el tiempo mejorara. O daba el discurso ahora o nunca.

Llegué a esa plaza por una callejuela, cuando ya todas las compañías estaban formadas. Por ser Gran Maestro de la Orden Templaria, todo el mundo tenía grandes honores hacia mí. Y por tanto podía haberme dirigido a la plataforma que ofrecía una parte de la plaza más elevada de forma natural, y desde allí haber escuchado la arena, junto a otros oficiales. Pero, francamente, ya no tenía ganas de nada. Me quedé junto a la esquina de la callejuela, esperando a que hiciera su aparición el general. La espera se hacía pesada por el tiempo tan desagradable. Detrás de mí, tenía a dos coroneles del Temple. Vestíamos con trajes de campaña, trajes normales con colores de camuflaje, ni una simple capa, nada sobresaliente, salvo mi rango y un emblema en nuestro hombro que pocos conocían. Pasamos desapercibidos,

como siempre en esa ciudad que bullía de soldados atareados.

En otras épocas hubiera explorado esta ciudad de arriba a abajo. Ahora, en la vejez, sólo deseaba volver al cómodo y mullido sillón de mi escritorio, sentarme, ponerme una manta encima, y meditar sobre mi vida. Quizá más que meditar, lo que hago es dar cabezadas. Quizá más que la vejez, es mi ánimo lo que pesa. En todas estas semanas, sólo he visitado dos o tres lugares emblemáticos de este monte Sión que durante toda mi vida he cantado en mis salmos. Hoy, de todas formas, deseaba estar presente en este discurso. Pero en una segunda fila, sólo como espectador. Además, aquí sólo soy el comandante de 7.000 soldados. El centro de todo esto son otros. Otros son los que determinan la estrategia. Sólo se nos ha encomendado defender un trocito de la muralla. Pensamientos lóbregos en medio de esta espera.

Allí en la plaza sólo había mil doscientos efectivos. Pero era suficiente, ellos simbolizaban al resto de los defensores. Tampoco había posibilidad de reunirlos a todos en un lugar. El general Safronov apareció de pronto por una callejuela, en un pequeño vehículo militar. Se bajó y a paso ligero subió a la extensa plataforma que le ofrecía una parte de la plaza algo más elevada. El general comenzó su discurso como si fuera un nuevo Patton, con ese mismo vigor, con esa seguridad. Aunque su uniforme de color marrón claro de camuflaje estaba bastante ajado. Él físicamente tampoco era un Patton, aunque así lo creyera: algo más entrado en kilos, algo más nervioso y gritando su discurso con tal entusiasmo que parecía que con sus palabras estaba golpeando al mismo enemigo allí delante de todos sus hombres. Eso sí, no leyó nada. Había

preparado su discurso, ciertamente, pero a pesar de que no improvisaba, respiraba convicción. Esa arenga, bien lo sabía él, se trataba de una arenga que sería mejor o peor, pero desde luego dada en un momento que era la culminación de otros muchos momentos precedentes. Todos esos momentos precedentes de muchos años atrás, habían llevado a esa escena y al infierno que iba a arrojarse sobre esa ciudad en los días por venir. Por eso quiso dar la arenga a toda costa. Se trataba de un deseo personal. Comenzó sin preámbulo, ni presentación, ni aviso. Simplemente se puso el micrófono inalámbrico en el bolsillo superior de su anorak y clamó:

-¡¡Soldados...!! ¡Luchad!, Dios está de nuestra parte. Muchas veces a lo largo de los siglos, se han enfrentado dos huestes en las que ha quedado nítida la separación entre el ejército de los creyentes frente a un ejército de los sin Dios. Pero quizá nunca los que nos precedieron tuvieron una percepción tan clara, como la tenemos nosotros, de que su batalla podía ser ya definitivamente la última batalla, la postrer batalla en la Historia entre los defensores de la religión y los increyentes. ¡Sí, soldados!, albergo la más profunda convicción de que ésta es el último combate en el que participará un ejército de Dios. Después de nosotros, si no logramos resistir, habrá más batallas sí, pero ya entre hombres sin Dios. Ya no habrá entonces un bando que defienda los derechos del Altísimo.

Soy consciente de que muchos en las centurias pasadas, desde que el mundo es mundo, han tenido esa misma percepción que albergamos nosotros, la percepción de que la suya era la última batalla religiosa, la última batalla entre la Fe y el odio a la Fe; aunque no hace falta decir que todos estuvieron equivocados. Y después de su derrota, hubo

un mañana. Sí, debemos valorar una vez más, la posibilidad de que ni siquiera después de esta batalla venga el fin del mundo. Pero si esto no es el Armagedón se le parece demasiado. Si no lo es, desde luego, no es una locura que hayamos llegado a la conclusión de que lo es.

¡Pero qué caramba!, sea lo que fuere... ¡vamos a luchar! -y golpeó con su grueso puño su palma izquierda abierta-. De eso sí que no hay duda. ¡Lucharemos! Tenemos un sagrado deber, un deber dado por Dios: ¡el de defendernos! Un deber que lo tienen hasta los animales. Vamos a matar, sí. Pero para defendernos. ¿Quién nos arrebatará ese derecho? Son ellos los que nos han sitiado, son ellos los que yerguen sus torres balísticas mientras ponen a punto sus máquinas de asalto, son ellos los que calibran sus misiles. Nosotros les esperamos.

Ellos pueden alegar más o menos razones para justificar su agresión. Pero nosotros tenemos una sola razón para defendernos: seguir viviendo. Y el que quiera entrar aquí para matarnos se arriesgará a perder su vida. Una vida por otra, vidas a cambio de vidas. Puede parecer un duro intercambio, pero no vamos a esperarles aquí con las manos cruzadas, a que vengan a arrebatararnos el don de la vida. Un don que ellos no nos dieron. El que quiera arrebatararnos ese don, deberá prepararse a pagar con su propia vida semejante acto.

El general hizo una pausa, se había enardecido demasiado. Recuperó el resuello, continuó más calmado:

-No defendemos un país, no, ni una dinastía, ni un mero trozo de tierra sobre este mundo, defendemos el último reducto del Reino de Dios en la tierra. Si hacemos recuento de fuerzas, es justo reconocer que no podremos vencer. Es triste luchar en un bando que sabe que no puede vencer. Pero aquél que

lucha por salvaguardar su propia vida no precisa de más razones para empuñar las armas. Sí, no podemos vencer. Pero si resistimos un poco, quien sabe si quizá la guerra global en la que se enmarca esta guerra seguirá su curso y tendrán que llamar a estas fuerzas hacia otros frentes –hizo una pausa de nuevo, se emocionó-. *Y las aguas retrocedieron.*

Pero mientras esperamos el final, sea cual sea éste, no podemos ceder, porque esta vez no hay nadie en otro lugar que volverá a comenzar, que volverá a extender nuestra sagrada Fe en Jesús, éste es el último lugar donde se conserva la llama de los dogmas. Esta vez la aniquilación ha sido perfecta, sistemática. Si cae esta ciudad sagrada, esta vez sí que la simiente sería extinguida. La toma de esta ciudad milenaria supondría el fin de la Iglesia sobre el mundo. Los muros materiales de esta ciudad, ahora defienden los muros inmateriales de un edificio espiritual colocado sobre la tierra hace 2210 años.

Unos finísimos copos de nieve comenzaron a caer sobre el anorak del general, sobre los soldados, sobre las calles estrechas del casco histórico. Las colosales columnas de humo de Siberia, en la Guerra de Asia, habían provocado un enfriamiento del clima a nivel planetario. En ese momento, el Santo Padre de sotana blanca con un grueso anorak, también blanco, apareció a pie rodeado de soldados por una calle del fondo. Llegó al final de la arenga del militar. No estaba claro si ése era exactamente el final de su discurso, pero el general no podía continuar con el Papa dirigiéndose por la plaza en dirección hacia la plataforma elevada. Venía, tal como se lo habían pedido, a exhortar brevemente a los soldados y a darles su bendición. Si hubiera escuchado el discurso no hubiera estado de acuerdo con

ciertas afirmaciones del general. No toda la semilla estaba recluida en la ciudad. Había cristianos dispersos en las zonas de persecución, y comunidades enteras en los países todavía no ocupados. Pero el general quería ofrecer un discurso contundente para animar.

El Papa tenía que haber estado desde el comienzo del discurso, pero había llamado al teléfono móvil del general para decirle que comenzara, que llegaría con unos minutos de retraso. Ese retraso no parecía signo de la existencia de ciertas divergencias entre el Comandante en Jefe y el Papa. El retraso parecía real y no fruto de que éste prefiriera llegar un poco más tarde.

El Santo Padre saludó a varios generales, entre ellos a Wierzbowski, un general estadounidense retirado, a una general australiana y a dos senadores cristianos que habían huido de Europa. Después se puso al lado de Safronov. Unos militares atentos y siguiendo el plan previsto, dieron orden de que se alzara la cruz. Allí, en el centro de esa plaza se levantó una gran cruz de madera. Con sus veinte metros de alta y tres metros de grosor en la base, se podía ver con prismáticos desde las posiciones de los sitiadores. Esa cruz tenía algo de medieval. Con una misteriosa inscripción en latín que significaba:

Entonces Asiria caerá a espada, pero no de hombre.

Lo consumirá la espada, pero no de ser humano.

El Santo Padre inclinó la cabeza y recitó una pequeña oración en inglés. Tras eso bendijo la cruz con una fórmula latina. Después se dirigió a los soldados sin más preámbulos.

-Queridos hijos. Ojalá que no tuviéramos que vernos en esta situación. Pero dado que nos hemos visto forzados a retirarnos a esta santa ciudad donde todo empezó, hemos decidido defendernos. Desearíamos no tener que hacer daño a nadie, pero aquí se concentran los creyentes de todo el Orbe. Los lobos rodean a las ovejas de la grey de Cristo. En esta terrible hora, la muralla de esta santa ciudad marca los límites del aprisco, fuera del cual campean seres humanos que buscan nuestra muerte. ¿Seremos nosotros de nuevo la semilla que se esparcirá por el mundo, si éste no es el punto conclusivo de la Historia? No lo creo. Más bien creo que nos encontramos justo en el límite del tiempo para la raza de los hijos de Adán. Si es así, aceptaremos la hora de Dios. Ya todo depende de su decisión, de la de Él. Su decisión de vida o de muerte, la acataremos sin resistencia.

Y ahora os doy la bendición. Sit nomem Domini, benedictum. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

El Santo Padre, tras despedirse y oyendo un formidable hurra a sus espaldas, se retiró por donde había venido. El general Safronov se marchó en otra dirección a revisar otra parte de las murallas. Un oficial se colocó donde había estado el general y gritó a voz en cuello: ¡rompan filas!

El general había hablado con rotunda seguridad, otros han hablado con rotundidad antes de nosotros, en muchos bandos –pensó el Gran Maestro, desde una esquina de la plaza-. Ése fue el malévolo pensamiento que involuntariamente vino a mi corazón alicaído. Al menos, la visión del Papa me había alegrado. Hice un gesto a uno de mis acompañantes, nos marchábamos de la plaza. No se podía entrar hasta ese lugar más que a pie, pero tenía una especie de *jeep* aparcado a

dos calles de allí. Uno de los pocos privilegios que tenía por ser quien soy, era contar con ese vehículo.

Reconozco que me puedo equivocar. Pero lo que es evidente es que esta vez la Humanidad no se podrá volver a levantar. Esta vez el enfrentamiento entre colosos, la guerra entre continentes enteros, supondrá la destrucción de toda la civilización, el envenenamiento de aguas y aire, una tierra sin bosques, sin vida en los océanos. Esta vez la Humanidad no volverá a resurgir. Se trata de una guerra en la que no habrá un después. La batalla que vamos a afrontar aquí en Jerusalén, supone un mero elemento más, pequeño, en este grandioso escenario de destrucción.

Esto pensaba sentado en mi jeep, sin decir ni una sola palabra para no desanimar a mis acompañantes que serios y marciales miraban al frente, a las calles por las que transitábamos y en las que los soldados tenían que echarse a un lado dada la estrechez del lugar.

Llegamos al lugar donde el general Safronov se hallaba embebido en su tarea de revisar las defensas de la parte norte. El mismo general, el día anterior, me había telefoneado para invitarme a que le acompañara en esta tarea tras el discurso. Al verme, dejó lo que estaba haciendo se acercó y me estrechó calurosamente la mano. La gloria de la Orden seguía ejerciendo un poder magnético. Aunque sabía muy bien que hasta el general estadounidense retirado participaba de las reuniones del Mando Central y yo no. Quizá la invitación a acompañarle en esta visita a las defensas era un modo de compensar.

El saludo que me dio Safronov fue sinceramente afectuoso y breve. En seguida, siguió revisando las explicaciones sobre la

disposición de las minas. Yo iba un poco detrás del general, junto a su secretario y un teniente general. Habían colocado decenas de miles de minas alrededor de la milenaria ciudad. En un pequeño mando de operaciones provisional, una general coreana de menor graduación le mostró en plena calle, sobre una enclenque mesa metálica, el amplio plano de la ciudad con las líneas esenciales de los sistemas defensivos dispuestos en aquel sector en el que se encontraban. No sólo había minas, sino también grandes explosivos enterrados que se accionaban a distancia y que podían hacer saltar por los aires una hectárea entera. A lo lejos se veían torres defensivas desde cuyas cúspides abundantes sistemas de rastreo vigilaban la tierra de nadie entre ellos y los enemigos. La oficial coreana, acompañado de dos técnicos ugandeses le mostraron a Safronov como cerca del casco viejo, en un sector más moderno, se habían abierto cinco entradas más al sistema de búnkers subterráneos.

-Lucharemos también bajo tierra – comentó sería la coreana.

-No se hace bien la guerra en el subsuelo –afirmó satisfecho el general-, ¿todos nos preguntamos si, finalmente, se meterán en la boca del lobo y descenderán al sistema subterráneo de galerías minadas?

-No tardaremos en saberlo. ¿Cuánto es el grosor del hormigón en este tramo del túnel? –preguntó señalando un plano.

-Cuatro metros.

-¿Cuatro metros? –repitió dudoso el general-. Ya que no está acabado, yo añadiría otros metros en esta zona. Y dejaría una capa de dos metros de tierra entre esta capa y la nueva para que amortigue cualquier impacto.

-Muy bien.

-¿Y de cuánto gas disponen en este silo?

-Aquí hay tres toneladas.

Los defensores disponían de veinte toneladas de gas sarín. Si no les quedaba otra opción, envolverían la ciudad durante días con gas venenoso. Cuando se trata de defender la propia vida no hay ninguna convención que prohíba que nos defendamos por todos los medios. Ántrax, gas nervioso, radiación nuclear, armas biológicas, lo que sea. Que la muerte caiga sobre esta ciudad para que nosotros vivamos –exclamó el general al mirar en el plano la ubicación del silo de armas de destrucción total- .

Escuché las determinadas palabras del Comandante en Jefe: que la muerte caiga sobre esta ciudad. Levanté mi cara del plano, la miré con mis ojos muy abiertos, estaba sorprendido. Se trataba de una ciudad santa. Que la muerte caiga sobre esta ciudad. Aunque tardé poco en darme cuenta de que tenían razón. Todos esos planes debían haberlos meditado y parlamentado largamente, entre los generales. A mí todo eso me había cogido por sorpresa. Pero sí, tenían razón. La Ciudad es santa, pero es el hombre el que es la imagen de Dios, no la ciudad. La ciudad está para el hombre y no el hombre para la ciudad.

Las fuerzas que nos asedian no saben hasta qué punto estamos dispuestos a morir luchando –añadió el general satisfecho-. Muy bien, adelante, estoy muy contento de cómo va la construcción de las defensas.

Entonces tomó unos prismáticos, miró hacia el frente y murmuró:

-Bien, hoy todo está tranquilo –bajó los prismáticos-. Mejor, hoy me hacía ilusión ir a ver al Santo Padre entrando en el Templo para Sexta.

Ya que había salido de mi sector, también a mí me apetecía asistir a esa ceremonia, así que le dije que todavía no nos despedíamos, que le íbamos a seguir en nuestro jeep. El general se montó en un

vehículo y le indicó al chofer que condujera con celeridad. En veinte minutos, el general se bajaba del todoterreno descapotable y entraba en el atrio del Templo. Sobre la explanada del Templo, se había reconstruido una réplica exacta del Templo de Salomón. Un Templo pequeño, en madera, sin otros ornatos adicionales que los que aparecían en el texto sagrado. El edificio lo habían levantado los judíos hacía no demasiados años. Después, con la conversión en masa del pueblo al cristianismo, en el Arca de la Alianza se había colocado la Eucaristía. El Arca se había transformado en un sagrario con el consentimiento y entusiasmo de todos los judíos cristianos que en ese momento ya eran el 95% de la población y creciendo. El general se sentó en el atrio, allí siempre había, a cualquier hora del día o de la noche, más de doscientas personas orando en silencio. Justo a las 12.00 apareció el Papa seguido de cuatro cardenales y dieciséis obispos con sus mitras y capas pluviales.

Los prelados atravesaron el atrio por su centro, como cada día a la hora de sexta, y dejando a un lado el ancho altar de las ofrendas donde continuamente ardía una hoguera de fuego, entraron en procesión al santuario. Los obispos se quedaron junto al candelabro de las siete llamas que ahora simbolizaba a las iglesias del mundo. Allí el Papa incensó en dirección hacia el Arca, oculta tras el alto velo. Después, sólo el Santo Padre, pasó al Sancta Sanctorum, hizo genuflexión y recitó allí una sencilla oración por la supervivencia de la Iglesia y la conversión del mundo.

Sólo vi al Papa en el atrio, junto al gran Altar de las Ofrendas, después se metió en el santuario y, aunque el portón estaba abierto, la penumbra del lugar santo le envolvió. El rostro del sucesor de Pedro manifestaba sufrimiento. Tanto él, como el

sonriente general a mi lado, como yo, sabíamos que estábamos en los últimos días de calma antes de la tempestad. Era hora de sexta, la hora en la que los rezos litúrgicos se elevaban puntualmente hacia el Cielo, pero la que se aproximaba era la Hora de las Tinieblas. En dos días a lo sumo, según mi opinión, el infierno se abatiría sobre la ciudad. Y tras una defensa denodada, todos deberían retirarse a los refugios subterráneos. Las murallas serían rasgadas. Se lucharía calle por calle, pero la marea de la infantería invasora, sus artefactos y su fuego arrollador no dejarían lugar a la esperanza. El mismo templo del que ahora salía Lino II sería completamente arrasado como toda la ciudad. Era un tan triste contemplar esa escena de incienso y plegarias en latín con la seguridad de que esto sucedería en esa misma semana.

Llebadme a casa, les dije a mis acompañantes en cuanto la ceremonia acabó. Mi jeep se dirigió a nuestra torre. Fue un trayecto silencioso. Un día frío, gris.

Las dos jornadas que siguieron al discurso del general Safronov fueron de una quietud absoluta. Nada sucedió. Dentro de la ciudad, seguían las obras. Las tropas se movían de un lado a otro: ¿instrucción, entrenamientos o simplemente actividad para no caer en el desánimo? Yo ya no salgo del dormitorio, más que para ir a la capilla. En el exacto centro geométrico de nuestro búnker hay una capilla octogonal de estilo románico, donde estoy caliente y de la que me cuesta moverme. Celebro misa, cada día más torpe. Cada día, al hacer la genuflexión tras la transustanciación, me da la sensación de que el suelo está más lejos, de que mi cuerpo se ha vuelto más pesado.

Ahora estoy en mi escritorio, escribo mis memorias. Aunque hace dos horas que no he escrito más que estas diez líneas de caligrafía temblorosa.

En ese momento, se acerca a mí mi jovencísimo secretario casi adolescente, mi querido Wilhelm, con su pelo tan lacio, tan claro, y sus ojos dulces. No había notado que se acercaba, hay demasiada penumbra alrededor de esta lámpara que alumbra mi arrugada mano apoyada sobre mis escritos. Mi tímido secretario tiene que darme unos golpecitos en la manga de mi hábito para llamar mi atención. Mis setenta y tres años se van haciendo notar; quizá no hay demasiada penumbra, quizá no ha sido demasiado silencioso.

-Señor –me dice-, ya han comenzado los primeros ataques. La infantería acorazada adversaria avanza ya hacia la zona sur de la muralla. Nos advierten de que la torre 20 y 21 están en medio de un encarnizado combate.

-Vamos. Lo que haya de ser será.

Me levanto del escritorio con toda la prisa que mis setenta y tantos años me permiten. Una prisa carente de cualquier

excitación; ya tengo a mis espaldas muchos combates. Y éste, además, tiene un cierto carácter de inmolación, de sacrificio ritual. Me acerco al armario metálico situado junto a mi cama. Allí me voy colocando encima todas las corazas e insignias de mi uniforme. Me visto con la misma parsimonia con que un sacerdote se coloca encima sus ornamentos sacerdotales.

Mi ancho cinto, al ser ceñido a mi cintura, hace el usual clic en la parte de su broche. Después, me pongo una coraza ligera sobre el pecho, cerrando uno a uno los tres broches de cada costado. El sonido de estos es muy distinto al del cinturón. Cuelgo a mi cuello el Collar de Gran Maestre. El oscuro medallón con el sello templario cuelga de la pesada cadena del mismo metal. Como siempre, tras ello, me coloco el Collar de Soberano de Georgeland, más corto que el anterior, casi ceñido al reborde del cuello de mi peto. Mi secretario anuda los cordoncitos de los hombros, con los que se sujetan los dos collares para que no se muevan de su sitio.

-¿Sabes? –le digo al joven fraile-, hace veinte años, cuando en África me ponía mi uniforme de gala, tenía que usar ropas interiores refrigeradas. En Europa no, pero en África este uniforme suponía una penitencia. Pero cuando tienes más de setenta años, el frío se te mete en los huesos. No hace falta que haga frío, acabas siempre teniendo frío. Al final, siempre vas abrigado a todas partes. Ahora me siento a gusto dentro de él, además por dentro está muy acolchado.

-Sí, señor.

Quiero mucho a este secretario por su mirada tan dulce, aunque apenas lo conozco. Me lo han asignado hace poco, tres días lleva en el cargo. El destino de mi experimentado secretario de siempre, lo desconozco. Tenía

orden de seguirme, me consta que se montó en la aeronave Nabucodonosor. El Destino debió inscribir su nombre en la fatídica lista de los que se montaron en las naves equivocadas, las que fueron abatidas. Bajo la atenta mirada del joven, sigo yo acabando de ponerme todos los elementos de mi vestimenta. Paso la mano para limpiar un poco de polvo que hay cerca de uno de los dos relieves que tiene el metal de mi coraza. Y es que sobre la parte derecha e izquierda de mi pecho, la coraza muestra dos pequeños relieves ligeramente sobredorados. A un lado tres flores de lis, símbolo de mi condado de Artois. Al otro dos torres y una luna, símbolo de mi señorío de North-Wessex. La espada que se me entregó el lejano día de mi investidura, al ser colocada en su vaina, hace el sonido deslizante de siempre, un sonido muy característico. Mi brillante yelmo de acero negro lo llevaré en la mano hasta llegar al Puesto de Mando. Me enfundo las manos con estos guantes mullidos que me llegan a la mitad del antebrazo. La tela oscura no permite que se destacasen los varios símbolos que ornaban esas dos últimas prendas. Pero en la parte central de cada antebrazo de los guantes, una minúscula arcangélica figura aparece entrelazada: un espíritu glorioso con una espada, otro con un pez. Durante mi mandato como Gran Maestro, cada vez que tenía que vestirme con todas mis galas, recitaba una breve oración al ponerme cada prenda. Esta vez me limité a musitar entre dientes un solo versículo que me sé de memoria:

En todo, Señor, has engrandecido a tu pueblo,
lo has glorificado y no lo has desdénado,
permaneciendo a su lado en todo tiempo y lugar.

-¿Sabes que la Orden de la que yo soy su superior llegó a tener su propia flota? -le comento mientras me calzo a duras penas las

botas. Dudando varias veces si pedirle ayuda al joven secretario.

-No, no lo sabía.

-¿Pero, alma de cántaro, qué sabes de la Orden? -le pregunto al alma candorosa que tengo a mi lado sin mirarle, pues toda mi atención está puesta en la complicada operación de ponerme las botas.

-Poca cosa, señor, sólo soy un pobre novicio.

-Ven conmigo, hijo mío, te contaré más cosas de camino al centro de mando. Ya que vas a dar tu vida por la Orden más vale que sepas algo más.

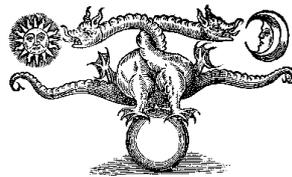
-Sí, señor.

Memorias del Último Gran Maestro Templario es una de las diez novelas que componen la Decalogía sobre el Apocalipsis. *Cyclus Apocalypticus* fue la primera de las diez obras en ser escrita. La Decalogía describe los acontecimientos de la generación que habrá de vivir las plagas bíblicas del fin del mundo.

Cada una de las novelas de la Decalogía (o Saga del Apocalipsis) es independiente. Cada una explica una historia completa que no requiere de la lectura de las anteriores. Fueron construidas esas historias como novelas que tienen sentido por sí mismas y que pueden ser leídas en cualquier orden.

Cada novela de la Saga describe el Apocalipsis visto desde la perspectiva desde un ángulo distinto, desde un personaje diverso o desde otra situación. Todas estas historias que componen la Decalogía fueron comenzadas a escribir en 1998 por el sacerdote J.A. Fortea cuando era párroco de un pequeño pueblo entre las provincias de Toledo, Cuenca y Madrid. Y ninguna de las obras fue publicada hasta que fueron acabadas las diez. La primera en ser publicada fue *Cyclus Apocalypticus* en el año 2004. En ese año, las diez novelas estaban ya escritas. Si bien en los años siguientes sufrirían un constante proceso de revisión y ampliación.

Cada novela de la Decalogía no debe ser leída como la continuación de la anterior novela, sino como una novela independiente. Sólo al leer las diez novelas se tiene una idea clara de los hechos que las conectan entre sí. Muchos han preguntado al autor qué orden debería ser el más adecuado para leer la Decalogía. Siempre ha dicho que cualquier orden es válido. Aunque él aconseja leer primero: *Cyclus Apocalypticus*, después *Historia de la II secesión* y en último lugar el *Libro Noveno* y el *Libro Décimo* ya que estos dos últimos libros que concluyen la saga están compuestos de retazos, imágenes y pequeñas crónicas de toda esta época.



www.fortea.ws





José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-eclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



www.fortea.ws